

ANNE ABAND

Una Boda por Contrato

Ganadora del concurso
Novela Romántica Juvenil
2018
BUBOK


bubok
EDITORIAL

ANNE ABAND

UNA BODA POR CONTRATO

ANNE ABAND

*Una Boda
por Contrato*



© Anne Aband

© Una boda por contrato

ISBN papel: 978-84-685-2365-1

ISBN epub: 978-84-685-2378-1

Depósito legal: M-20202-2018

Impreso en España

Editado por Bubok Publishing S.L.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Dedicado especialmente a Eva,
para asegurarle que el amor viene cuando menos te lo esperas.

ÍNDICE

- [1. La decisión](#)
 - [2. La solución adecuada](#)
 - [3. No, pero sí](#)
 - [4. De los nervios](#)
 - [5. Hablando de futuro \(imperfecto\)](#)
 - [6. La habitación con vistas](#)
 - [7. ¡Nos vamos de viaje!](#)
 - [8. Encuentro de dos desconocidos](#)
 - [9. Convivencia y ¿deseo?](#)
 - [10. Dame unos días](#)
 - [11. Compartiendo algo más que el piso](#)
 - [12. ¿Hay boda?](#)
 - [13. La familia y uno más](#)
 - [14. Soy fiel](#)
 - [15. Familia lejana](#)
 - [16. ¡Prepárate!](#)
 - [17. La masía](#)
 - [18. ¡Quiero noticias!](#)
 - [19. Examen y calabazas](#)
 - [20. Sigo aquí](#)
 - [21. La despedida](#)
 - [22. Amigos, siempre](#)
 - [23. Visita comercial](#)
 - [24. ¿Boda por fin?](#)
 - [25. ¡¡Allá voy!!](#)
 - [26. Te añoro](#)
 - [27. La fiesta del otoño](#)
 - [28. Adiós, me voy](#)
 - [29. Dolor de Corazón](#)
 - [30. Time goes by](#)
 - [31. Sólo llamaba para decirte que te quiero](#)
 - [32. El final](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Sobre mí](#)

1. LA DECISIÓN

—Andy, tienes que casarte ya, de lo contrario no podrás entrar en el equipo olímpico —insistió el hombre, sudando copiosamente bajo la luz del sol de justicia de la ciudad de Newcastle, en Australia.

—Geordie, me parece muy bien que hayas decidido que casarme con una chica española sea la única posibilidad de obtener la nacionalidad pronto —le contestó el joven, cansado ya del tema—, pero ¿quién se va a querer casar conmigo, así, de repente?

El representante del atleta le miró incrédulo. El joven estaba sentado en las escaleras del porche de la granja de sus padres, mirando hacia el infinito, mientras él caminaba nervioso detrás de él, recorriendo el porche de arriba abajo. Andrew Murray: un atleta de metro noventa, rubio y con los ojos de color del cielo en tormenta, como decían suspirando las jovencitas cuando lo veían. Un hombre que podría haber sido actor, como su compatriota Chris, el intérprete de un superhéroe del Valhalla y al que se parecía físicamente, hasta el punto de que le pedían fotos por la calle. Hijo único y heredero de una granja ganadera en Australia, de las mayores del país.

—¿Que quién se va a querer casar contigo? No me jodas, chico.

El sudoroso hombre bebió un trago de limonada que le había preparado la madre de Andy. Estaba muy fresca y ligeramente ácida, aunque en estos momentos hubiera preferido un whisky con hielo. Su esposa le había prohibido beber alcohol tras su infarto y de momento, le hacía caso. Pero este chico le sacaba de sus casillas.

Habían decidido intentar obtener la nacionalidad española, pues allí tendría bastantes oportunidades. De hecho, el capitán del equipo de atletismo estaba deseando ficharle; habían tenido una serie de lesiones infortunadas y se habían quedado sin equipo. Fue él quien le sugirió que se casara con alguna chica.

—Solo seis meses, a lo sumo un año —le había dicho Geordie. Tendrían que convivir y demostrar que se casaban por amor, pues de otro modo podrían revocarle la nacionalidad.

—Es fácil, Andy. Habrá muchas mujeres que querrán casarse contigo nada más te vean.

—¿Y qué vas a poner, un anuncio en el periódico local? «Se necesita mujer para casarse con un australiano, razón Geordie Adams» —resopló el joven. No le hacía mucha gracia tener que casarse con alguien desconocido.

Él siempre había pensado que el matrimonio era algo sagrado, algo especial; como para hacerlo solo una vez, como sus padres, que llevaban casados más de treinta y cinco años. Se casaron enamoradísimos a los dieciocho, aunque hasta que no llevaban diez años no consiguieron que ella se quedara embarazada y, una vez nació Andrew, ya no pudieron tener más hijos. Siempre se les veía tan felices... él quería algo así. Su madre se disgustaría mucho si supiera que se había casado solo por un papel.

—No, Andy. Jordi, el entrenador del equipo, conoce a varias muchachas que podrían ser candidatas para la boda. Nos enviará sus fotos y currículos antes de hablar con ellas y tú eliges.

Andy resopló, irónico. Se levantó y miró hacia el extenso horizonte. Su sueño de jugar en las Olimpiadas de Río podría irse al traste si no cedía en esto. Atardecía en Australia, refrescando el caluroso día, y las luces rosas y anaranjadas del sol jugaban a los lejos con los cuernos de las vacas que pastaban tranquilas, produciendo destellos de color.

—¿Quién se va a querer casar con un granjero? Además, la tendré que traer aquí. Seguro que odia esto. Siendo extranjera... quiero decir, que hay que elegir bien.

—Andy, eres un caso.

Geordie envió un mensaje a su contacto para que siguiera adelante. Que buscara chicas, pero que fueran chicas normales, buena gente. Nada de mujeres extravagantes, de ser posible altas y atractivas, había insistido. Si no, nadie se creería que un hombre como Andy estuviera saliendo con alguna de ellas.

Jordi recibió el mensaje con alivio. Quería fichar al australiano a toda costa. Le había visto en plena acción y, con veinticinco años, tenía un potencial increíble. Había intentado que le dieran la nacionalidad, pero no tenían ningún ascendente español, ni nada que se le pareciera. Su esposa se lo sugirió.

—¿Y si se casa con una chica española?

Jordi se quedó con la boca abierta. Fue una idea estupenda; algo que no había contemplado. Ahora tocaba encontrar a la candidata adecuada. Eso realmente era lo más complicado.

—Indagaré en el gimnasio. Supongo que el joven querrá una chica deportista que vaya con su estilo de vida.

Como siempre, su esposa tenía ideas brillantes. Era guapa, inteligente y le había dado dos pequeñas hijas a las que adoraba. Si no fuera porque su equipo

de atletismo se iba al traste, su vida sería estupenda.

Las niñas se habían acostado ya, dejándoles un pequeño momento de intimidad. Se sentaron en el confortable sofá, ahora lleno de cojines, lapiceros y juguetes. Linda recogió lo justo para sentarse y tomó la copa de vino que le ofrecía su esposo.

—Espera, Jordi, se me ocurre una cosa. ¿Tú recuerdas a mi amiga Laura, la hermana de Eli, la modelo? Se acaba de independizar y no va bien de dinero.

—Pero si sus padres tienen dinero sin conocimiento, dos masías y una industria de quesos, ¿cómo le va a faltar dinero? Además, ¿no era una chica demasiado delgada e incluso poco femenina?

—Qué va, es una chica guapísima. Sí, delgada, pero es atractiva y ahora no tiene trabajo. Es tan orgullosa que no quiere pedir dinero ni sus padres ni a su hermana. Es muy agradable, alta y aficionada al deporte. Sí, Jordi, creo que puede ser ella.

—¿No sería mejor su hermana que es modelo? Le pega más a un deportista.

—Las pocas veces que he coincidido con su hermana me ha parecido muy desagradable, bastante creída. Trataba a los demás como si fueran sus sirvientes. Incluso creo que tiene celos de su hermana pequeña —dijo Linda tomando otro sorbo del excelente vino tinto—. Ya sabes que es una belleza rubia de ojos claros, con tipazo de modelo.

—¿No tendrás una foto de las chicas?

—No, pero podemos buscarlas en internet, en Facebook. Te lo envío al móvil y se lo envías al australiano.

Jordi asintió. Confiaba en el criterio de su esposa, aunque seguramente el joven preferiría una modelo. Si, total, solo era para un compromiso, qué mejor que una chica espléndida como Eli, modelo internacional. Sería fácil explicar una boda rápida con el atleta.

Se acostaron sin dejar de pensar en si Laura sería la adecuada. Linda abrazó a Jordi y comenzó a besarle, hasta que una de las niñas comenzó a llorar. Jordi se levantó a ver qué pasaba y, cuando volvió, Linda ya dormía agotada. Tener dos gemelas de siete años y trabajar tantas horas era una dura prueba que ella ganaba todos los días.

Salió hacia su oficina tras un desayuno rápido, mientras su esposa se quedaba en casa, buscando fotos en el ordenador. Las niñas no se habían levantado todavía así que, con suerte, tendría la foto antes de una hora. El representante del joven le estaba insistiendo, tras conocer la idea de Linda,

que le mostrase varias candidatas. Como si fuera fácil.

Un mensaje sonó en el móvil. La había encontrado. Ahí estaba Laura, haciendo surf en bikini o escalando un roquero. No se veía muy claro cómo era su cara, llevaba gafas o gorra, pero sí se veía que era una chica alta y atlética, con las suficientes curvas para gustarle al australiano. Le envió todas las fotos a Geordie. Si le gustaba al chico, comenzarían las conversaciones.

2. LA SOLUCIÓN ADECUADA

Laura repasó de nuevo las cuentas. Debía poner el piso el mes que viene a la venta y, seguramente, malvenderlo. Su hermoso y céntrico loft, que había reformado con sudor, lágrimas ¡y sin ayuda! Era lo más importante para ella y tendría que deshacerse de él porque ya no le quedaba más dinero. Su trabajo temporal como monitora de colegios había acabado en junio y, aunque había intentado trabajar de camarera y de cajera, o era demasiado alta, o demasiado torpe para llevar una bandeja, o simplemente le pagaban un sueldo de mierda por trabajar doce horas.

«Para qué habré estudiado filología inglesa». Solía encontrar trabajos de traducción por internet que cubrían apenas sus gastos y los de sus dos perros. A veces, cuando visitaba a sus padres, se llevaba comida. Ellos insistían, pero con la hipoteca no había consentido que le ayudasen y ahora, por orgullosa, iba a perder su maravillosa casa.

Encontró por casualidad este almacén hace seis meses en el centro de Barcelona. Estaba casi en ruinas y no era el mejor barrio. Tuvo que ponerse alarma porque cuando empezó las obras de reforma, habían entrado a robar dos veces. Tenía un pequeño patio con una piscinita que era más bien un estanque, una rareza en el centro. Los techos altos, con molduras, y las amplias habitaciones habían hecho enamorarse a primera vista.

«Lo compré a buen precio», pensó. Claro que ella no había visto que algunas paredes se caían de la humedad y el moho, y que había que cambiar toda la instalación eléctrica antigua.

Aun así, tras cinco intensos meses de reforma, era un maravilloso piso de ochenta metros cuadrados con tres enormes habitaciones, un baño y un soleado salón, que daba a la calle, y que había unido con la cocina, en plan cocina americana, tirando el tabique. Las ventanas de la cocina, que daba al patio, y la ventana del salón, que daba a la transitada calle, producían una deliciosa corriente en verano que le había ahorrado poner aire acondicionado. Eso sí, a cambio de rejas en las ventanas, pues era un bajo. No importaba, con sus dos mastines nadie se atrevería a entrar en la casa.

«No puede ser, algo tengo que hacer para no perder la casa». Casi lloró al pensarlo. Tenía que dar diez mil euros al banco de los retrasos en el pago. Solo se lo habían permitido por ser hija de quien era, pero el director de la sucursal ya no podía aguantar más.

«Necesito un milagro lamó al cielo». No creía en los curas, pero sí en Dios, aunque pensaba que últimamente la tenía algo abandonada. Aun así, sabía que en momentos desesperados le había respondido.

Un mensaje sonó en el teléfono y Laura sonrió. «Qué rápido eres». Era Linda, una de sus mejores amigas.

—Necesito verte hoy mismo. Tengo un trabajo para ti que te va a sacar de apuro. A las diez, en la cafetería Zurich.

—¡Lo sabía! —exclamó. Las cosas se tenían que arreglar. Sus dos amigas, Linda y Elena, eran las únicas que sabían de sus apuros. De hecho, la cuota en el gimnasio de Linda hacía meses que no la pagaba, a cambio de ser la niñera oficial de las gemelas cuando su madre necesitaba «despejarse», es decir, irse de compras sola, o al cine, sin que su esposo supiera nada. No comprendía que quisiera perderlas de vista un rato. Sabía que su madre las adoraba, pero siempre había sido una chica muy inquieta y le gustaba hacer cosas, ir a exposiciones, al cine, lo que, desde que tuvo a las gemelas, hace siete años ya, le era imposible.

«Son demasiado intensas» decía su madre. De vez en cuando las dejaba en su casa, a pasar la tarde, o la mañana, y ellas disfrutaban con los perrazos y en la piscina. Laura las adoraba.

Le encantaba ver lo bien que se llevaban y la complicidad que tenían. Ojalá su hermana y ella hubieran continuado siendo así, pero cuando Eli se hizo famosa cambió muchísimo. No quería que fuera con ella a ninguna fiesta a la que la invitaban, ni siquiera iban a tomar café cuando venía a Barcelona a ver a sus padres. Decía que era para mantener su privacidad y, la verdad, le dolía. Eli no acabó la carrera porque a los diecisiete fue contratada por la agencia de modelos y siempre se había sentido mal por ello. Sin embargo, por mucha carrera o máster que tuviera Laura, ahí estaba, sin trabajo. Sin dinero, mientras su hermana se paseaba por Milán o New York con afamados futbolistas o actores.

Se vistió deportivamente, como siempre, y se fue hacia el café Zurich. Cerró bien su piso, aunque ahora que ya era conocida en el barrio y nadie había osado a entrar de nuevo. Ya era una vecina más y no había problema en ello. Más con los dos fieros perrazos que campaban a sus anchas por toda la casa.

Tomó el metro, tenía la bici estropeada desde su último batacazo. Barcelona estaba muy bien para ir en bicicleta, excepto por aquel salvaje conductor que la había empujado y roto la bici. Huyó y no pudo tomar la matrícula, se había

quedado sin transporte.

La mañana de agosto estaba fresca. El clima de Barcelona era tan delicioso aún en verano, que disfrutaba saliendo a la calle simplemente a pasear. Quería subir a hacer escalada este fin de semana al Montseny aunque dependía del trabajo que le iba a proponer Linda.

Ojalá fuera bien pagado, necesitaba una nómina para que el banco no le quitase la casa. Aunque fueran novecientos euros al mes, con las traducciones y alguna clase de inglés, se sacaría los quinientos que necesitaba para ella y sus perros. Lo tenía bien calculado. Con esto podría pagar un préstamo para los diez mil. Sonrió deslumbrando a un ejecutivo que se cruzó con ella en la salida del metro en plaza Cataluña, donde había quedado con Linda. Su cafetería preferida estaba llena de turistas, pero daban el mejor café de la zona.

Linda también vivía en el centro. Adoraba el bullicio de las ramblas y del mercado de la Boquería. Las niñas, aunque iban a un colegio muy caro, eran dos pequeñas salvajes a las que les encantaba salir de excursión. Un día se las tenía que llevar al teleférico.

Llegó al café Zurich, donde una sonriente Linda pedía un café con leche y unos chocolates acompañados de churros para sus hijas. Las niñas se levantaron corriendo nada más verla.

—¡¡Laura!!

Ambas la abrazaron. Laura las levantó una a cada lado. Linda la observaba asombrada. Las niñas eran delgadas, pero eran dos y pesaban lo suyo. Laura las había levantado como si nada.

La observó con ojos calculadores. Iba con unos pantalones sueltos y una camiseta ancha, escondiendo su figura, como siempre. Sin maquillar y con un moño flojo que recogía su abundante cabello castaño. Las eternas gafas de sol, que llevaba ahora en la cabeza, tapaban el verde brillante de sus ojos. Siempre pensó que Laura era más atractiva que su hermana, «rubia de bote» más exótica. «Sí, de hecho, es la candidata perfecta», resolvió Linda.

Se sentó descuidadamente tras dar dos besos a su amiga y pidió al camarero un café con hielo

—Bueno, cuéntame. Me tienes en ascuas —sonrió mientras le limpiaba a Patri, la gemela rubia, chocolate del pelo.

—No sé ni cómo explicarte, pero he encontrado un trabajo para ti que va a solucionar todos tus problemas. Todos —palmeó nerviosa Linda.

—Pues no sé cómo va a solucionarlos «todos» —Laura imitó la voz de la mujer —. Tengo muchos, ¿sabes?

—De verdad lo hará. Eso sí, no es un trabajo normal

—Me estás asustando, nena. Cuéntame ya

—Está bien. Escúchame atenta y no me interrumpas hasta el final.

Laura asintió. Aunque a veces era un poco locuela, confiaba en Linda. Era su mejor amiga aunque era diez años mayor que ella. No sabía por qué, pero desde el primer día que se conocieron en el gimnasio habían congeniado de maravilla. Era una chica franca, directa, y muy emprendedora. De hecho, estaba pensando en abrir su segundo gimnasio. Tal vez estaba pensando darle trabajo en él.

—Tú sabes que Jordi es el entrenador del equipo olímpico de atletismo, en el centro de alto rendimiento de San Cugat del Vallés. Han tenido un percance, el autobús que trasladaba a varios atletas tuvo un accidente.

—Sí, lo vi en la tele —dijo callándose rápido al ver que la había interrumpido.

—Varios de los atletas están enyesados, heridos, de baja por meses. El comité olímpico le ha encargado buscar atletas nacionales y extranjeros, para nacionalizarlos y que formen parte del equipo como último recurso. Ha conseguido ya unos cuantos, pero tú sabes que nacionalizarse español es difícil, hay unos requisitos.

Laura asintió, ¿qué tenía que ver con ella? No dijo nada, ante la severa mirada que no quería ser interrumpida.

—Bien, pues ahí está tu trabajo —sonrió finalmente Linda.

—¿Quieres que haga de intérprete?

—No, quiero que te cases con uno de ellos, con un australiano.

Laura se quedó callada, asimilando lo que le acababa de decir la mujer, ¿le había dicho que se casase con un desconocido?

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Te he dicho que te cases con uno de los atletas para facilitar que obtenga la nacionalidad española. Por supuesto, te pagarán. Diez mil euros ahora y diez mil dentro de seis meses, cuando te divorcies. También mil euros al mes para los gastos, porque tendrá que ir a vivir a tu casa un tiempo.

—Espera, espera, ¡¿qué me estás diciendo?! No lo asimilo.

—¡Que vamos de boda! El chico es un bombón, Jordi me ha enseñado las fotos y está como un queso. Si yo estuviera soltera, ahora mismo me casaba

con él.

—Pero, ¿él quiere?

—Claro, él quiere jugar en el equipo español. Tú ganas y él gana. Ya sabes win-win —contestó con su expresión favorita.

—No lo sé, tengo que pensarlo.

—Qué tienes que pensar, mujer —exclamó Linda, eufórica—. Solo son seis meses y vas a ganar lo suficiente para pagar la hipoteca y estar tranquila una buena temporada, mientras te sacas el título que necesitas para dar clases en colegios. Sabes que te podría meter en el colegio de las niñas cuando apruebes. Son seis meses, nena —insistió—. Se pasan volando.

—Lo tengo que pensar, Linda. Para mí el matrimonio no es un juego. Me gustaría casarme con alguien o ni siquiera casarme, pero vivir con alguien a quien ame.

—Y lo harás, pero luego. Primero arregla tus finanzas y luego te buscas un chico. Como Pol, el chico del gimnasio que te persigue. Está colado por ti.

—De hecho, habíamos empezado a quedar. Todavía no salimos formalmente, pero bueno, tendría que dejar de verlo.

—Solo durante seis u ocho meses. Luego, sin cargas económicas, haz lo que quieras.

—Está bien. Acepto. Creo. Pero quiero ver cómo es.

Linda abrió su móvil emocionada. Ella se merecía que las cosas le fueran bien, era una gran chica y aunque no se arreglaba mucho, muy atractiva. Le enseñó la foto del atleta. Era un tipo grande y guapo, ideal para ella. Sus ideas románticas le hicieron soñar que se enamorarían.

Laura miró la foto. La verdad era un buen ejemplar, un hombre muy atractivo. Aunque seguro que era un cretino, como todos los tíos guapos, amigos de su hermana, que se la habían intentado llevar a la cama.

Solo serán seis meses. Su mente divagó echando cuentas. Si le daban ahora diez mil euros, podría pagar la hipoteca y comprarse una lavadora, que se le había estropeado. Con un sueldo al mes de mil euros no tendría necesidad de buscar trabajos de mierda, sino que podría dedicarse a estudiar. Era un buen trabajo, si no fuera por el inconveniente de la boda.

Linda le dio más detalles.

—Por el momento, el joven solo vendrá unos días al mes para ir «preparando» el noviazgo y dejándose ver por aquí, pero la boda tiene que ser antes de octubre si no no da tiempo a ficharlo.

—¿Tan rápido? —dijo Laura abriendo mucho los ojos.

—Para la primavera ya estarás libre, Laura. ¿No te parece una gran idea? Enseguida me lo dijo Jordi, pensé en ti.

—Eres la candidata perfecta—siguió la mujer, mientras recogía la mesa que sus hijas habían desbaratado, llenándola de chocolate y trozos de churros masticados.

Laura acabó su café con hielo de un trago. Todavía lo pensaba. Había llegado a la conclusión que tendría que pedir dinero a sus padres antes de perder la casa pero esta era una buena solución. Seguramente tendría que presentar al hombre a su familia, en la masía. No les diría nada, solo que se había enamorado, un flechazo. Si su padre se enteraba o peor aún: si su hermana se enteraba, tendría su desprecio para toda la vida.

—Vale. Entonces, ¿cuándo empezamos?

—¡Ya! —exclamó Linda moviendo sus dedos rápidamente por el teclado del móvil. —Ya se lo estoy diciendo a Jordi. Avisará a su contacto en Australia y tomarán el primer vuelo a Barcelona.

Laura se estremeció. Demasiado rápido; los acontecimientos se le echaban encima como el alud que sufrió en Kirguistán, en junio pasado, sin que ella pudiera evitarlo. Entonces sobrevivió, como lo haría ahora.

Tomó las viscosas manos de las niñas mientras su madre pagaba la cuenta y las acompañó hasta su casa, a solo una calle de la plaza Cataluña. Andaba pensativa mientras las niñas trotaban contentas.

—Creo que has tomado una buena decisión —se despidió Linda ya en el portal de su casa—. Esto arreglará tus problemas y, quién sabe, lo mismo te das un buen revolcón con el chico. Está buenísimo.

—Alucinas. Nada de sexo. Una cosa es trabajar como esposa y otra ejercer. Eso no será así.

Tras besarlas a las tres y recibir un asfixiante abrazo de las niñas, se fue caminando hacia su casa.

La temperatura había subido, aunque se estaba bien. Cientos de turistas paseaban por las ramblas buscando recuerdos y haciendo fotos aquí y allá. Barcelona era un placer para vivir. Cosmopolita, culta, a veces demasiado radical, pero con gente muy amable y generosa. Nada que ver con las tonterías que siempre se decían de los catalanes. Ella no era catalana pura, sino charnega. Su madre era de Málaga y su padre había nacido en Zaragoza, aunque se trasladó con su familia a los dos años allí. Había heredado los

rasgos de su padre, pelo castaño y ojos verdes, mientras que su hermana, más clara, era igual que su madre.

¡Qué pensarían si lo supieran! Se estaba, de alguna forma, vendiendo. «No tienes que pensar eso —se reprendió a sí misma—. Es una transacción comercial, un trabajo que durará seis meses y punto».

3. NO, PERO SÍ

—Ha aceptado —le llamó por teléfono Geordie—. ¡La chica ha aceptado!
—Qué rápido —pensó Andy—. Está muy desesperada o loca. O ambas cosas.

No estaba emocionado por el tema, pero comprendía que era la solución más rápida. No la mejor, pero sí la que menos tardaría en hacerle conseguir sus sueños. En tres días tomarían el avión a Barcelona y la conocería. A ella, a su futura esposa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su primo Bill.

—Te tengo que contar una cosa, por favor, no se lo digas a nadie. Necesito tu opinión.

Su primo Bill, solo dos años mayor, era un tipo sencillo y sensato. Tan alto como él, pero casi el doble de ancho, trabajaba en el rancho de sus padres desde los dieciséis. Él dijo que no quería estudiar, sin embargo era un tipo resuelto que había ayudado a sus padres cuando él se fue con la beca deportiva a Melbourne. Jamás le había agradecido lo mucho que había cuidado de ellos mientras él no estaba.

Le contó todo, lo de la posibilidad del equipo olímpico, la nacionalidad... y la boda.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —se asombró el joven— Tú siempre has querido casarte con una chica de aquí y que fuera una boda por todo lo alto. ¿Qué pasará con Sue?

—Sue no es española y ahora necesito una chica que me dé la nacionalidad. Ella también es alta y guapa, es deportista y habla inglés.

—Pero ¿por qué lo hace?

—Creo que necesita dinero, ya sabes, y a mí me sobra. —Le enseñó la foto del móvil del mensaje de Geordie—. No se le ve bien la cara, pero tiene un bonito cuerpo.

De todas formas, no me voy a acostar con ella. No quiero tener hijos a los que tenga que pasar una pensión, no. Solo es un negocio.

—La chica no está mal. Cierto.

—¿Estoy cometiendo un error?

—¿Cuál es tu sueño? —dijo Bill sin contestarle.

—Ir a las Olimpiadas, por supuesto.

—Pues si esto te lleva a tu sueño, sea bienvenido.

Andrew abrazó a su primo. Siempre le había ayudado, como cuando pensó que había dejado embarazada a Stella o cuando se emborrachó el día antes de la competición. Estuvo haciéndole beber café hasta que vomitó todo lo que había bebido. Gracias a él ganó la carrera.

Siempre había estado para apoyarle como un hermano mayor. Siempre evitándoles disgustos a sus padres, pues la juventud de Andy fue complicada. Demasiado guapo y demasiado cretino. Aún lo era, según se lo recordaba a menudo, pero lo quería de verdad.

Bill tenía una hermana pequeña, discapacitada mentalmente, y gracias al trabajo podía llevarla a una estupenda residencia donde había un novedoso programa para su estimulación mental. Cuando murieron sus padres, Bill solo tenía dieciocho años y se quedó con una pequeña casa y una hermana que no podía hablar ni casi moverse. Gracias a su sueldo pudo mantenerla. Alquiló su casa y se fue a vivir al rancho, y la niña, a la mejor residencia de la ciudad. Todos los fines de semana la iba a ver, dedicándole todo su tiempo libre. Era un buen tipo, alguien en quien confiar.

Andy miró con detenimiento las fotos que le había enviado Geordie. La mujer era atractiva, y le habían contado que era alta y deportista; bien. No quería una chica bajita o que no le fuera afín. Ya que estaban en ello, prefería alguien parecida a él. Al parecer había sido la esposa de su futuro entrenador quien la había escogido. Tuvo la curiosidad de entrar en el Facebook de la mujer, aunque había pocas fotos de ella. Las que había visto en el teléfono de Geordie y pocas más. Eso sí, había muchas de sus perros o de escarpados paisajes. Parecía amante de la naturaleza y no se la veía con nadie. Le pidió amistad en la red social tal y como le había dicho Geordie.

«Será raro que si sois novios no seáis amigos en Facebook». Pocos minutos pasaron cuando recibió un aviso que había sido aceptado.

«Bueno ya estamos conectados —pensó—. Esto ya ha comenzado».

Se dirigió a su habitación a hacer las maletas. De momento no les diría nada a sus padres nada de la boda ni de su «relación», hasta que fuera inevitable.

4. DE LOS NERVIOS

Laura observó el perfil del chico. Foto de musculitos por aquí, musculitos por allá. Haciendo surf en la playa, pescando en los grandes lagos; con bonitas chicas en bikini y sonrisa de modelo. Tenía muchas amigas que le mandaban besitos y le hacían descarados comentarios, no importaba de qué país. Recibía de todo el mundo «ofertas tentadoras», no se quería imaginar los mensajes privados. Debían ser tipo película pornográfica, si seguían la línea de estos.

Tenía pinta de ser un cretino y eso que a ella no le gustaba prejuizar a la gente.

«Será un estúpido creído, sin duda, pero me reportará más de veinte mil euros en unos meses y te salvará la vida», le dijo su conciencia.

Elena llamó a la puerta. Los sábados por la tarde iba a tomar el sol para intentar broncearse, cosa que ella no conseguía pues era muy blanca de piel. Morena de cabello y con los ojos claros, envidaba el color sano de Laura, adquirido de excursiones y escaladas. Ella era de piel canela, como decían la canción y su antiguo novio, Pol, con el que acababa de cortar. No es que fuera un novio formal. Solo habían quedado tres o cuatro veces, se habían enrollado, pero nada más. No les dio tiempo. Ella cortó por lo sano cuando tuvo su nuevo «trabajo».

—Pero ¿por qué? ¿qué ha pasado? —le dijo disgustado cuando ella le comunicó su decisión.

—Mira, no es nada personal. Necesito un tiempo, ahora estoy muy ocupada con los estudios... —balbuceó intentando encontrar una excusa convincente, sin conseguirlo.

—No lo entiendo Laura, yo creí...

—Lo sé. Me caes muy bien, Pol, pero, por favor, no me hagas darte más explicaciones. Tal vez, en un tiempo, hablemos de esto.

Al final, casi se enfadó con ella; normal, pues no fue capaz de darle una contestación razonable. Intentó preparársela, pero no le salía mentir. Ya veríamos cómo les explicaba a sus padres que se iba a casar en unos meses, sin enrojecer o sin que notaran la mentira.

—¿Qué pasa, guapa? ¿qué es eso que me tenías que contar? —sonrió Elena mientras entraba en la casa.

—No te lo vas a creer. Vas a necesitar unas margaritas y yo también.

Elena dejó preocupada la cesta donde llevaba la toalla y saludó a Walter y

Ronin, los dos perrazos de su amiga que habían salido a recibirla. Sacó de su cesta dos chucherías y se las dio en la boca. Eran dos perros enormes, dos mastines de color canela, marrón oscuro, muy fieros con quien no conocían, pero amistosos con los demás.

Acompañó a Laura a la cocina, donde ya estaba preparando el tequila, la lima, el Cointreau... vaya, no era una margarita sin alcohol, así que lo que le tenía que decir era importante.

La dejó hacer, concentrada. Tres partes de tequila, el hielo... todo lo hacía de forma muy ordenada. Al final sacó dos copitas del congelador y echó el resultado de la coctelera junto con una rodaja de limón. Preparó también unos frutos secos y los puso en una bandeja.

En el jardín exterior había una pequeña mesita de forja con dos sillas y dos hamacas listas para sus sesiones de sol. Al fondo de jardín los juguetes de los perros se extendían desordenadamente, hasta unas casetas donde dormían en verano. La piscina, (si es que se le podía llamar así a dos metros cuadrados de agua fresca) y unas flores medio escarbadas por los perros que pedían agua a gritos ocupaban el resto del terreno. Definitivamente a Laura no se le daban bien las plantas.

Se sentaron en las sillas, debajo de una sombrilla de colorines y Laura dejó la bandeja. Repartió los dos cócteles.

Walter y Ronin se sentaron expectantes, mirándolas con lástima para hacer que algún cacahuete cayera en sus bocas.

—Estoy de los nervios, Laura. Cuéntame qué te pasa. ¿Estás bien?

—Sí —dijo con una risita—, no sé ni por dónde empezar. Solo tienes que prometerme que esto no saldrá de aquí. De los cuatro —bromeó mirando a sus compañeros de piso.

—Sabes que sé guardar un secreto. Vamos, dime, ¿estás bien? —repitió.

—Estoy perfectamente y todos mis problemas se van a acabar —contestó casi contenta.

Elena torció la cabeza. ¿Se había ido del bolo?

—Estás pensando que se me ha ido la cabeza, ¿verdad? No es así. En primer lugar, te diré que ya no salgo con Pol.

—Me alegro —interrumpió Elena—, siempre me había parecido un gilipollas.

—Vaya, no lo sabía —se sorprendió Laura—. No me lo habías dicho.

—Ah, bueno, parecías ilusionada. Seguro que con el tiempo te hubieras dado

cuenta.

Ambas jóvenes rieron.

—Lo siguiente es decirte que me voy a casar.

—¿Cómo?, ¿qué?, ¿cuándo?, y lo más importante, ¿con quién? —ametralló Elena.

Laura rió de nuevo, aunque más por lo que le iba a decir.

—Verás, Linda me ha propuesto una transacción comercial.

—¿Vas a ayudarle con el gimnasio? Qué tía más maja.

—Si no dejas de interrumpirme jamás acabaré de contarte todo —sonrió dando un trago a su margarita. Lanzó un cacahuete a Walter y otro a Ronin.

—Está bien. Lo juro. —Elena levantó la mano solemnemente.

—Bueno, sigo. Su marido, Jordi, es el director del Centro de Deportistas de San Cugat y quiere fichar a un atleta. Resulta que este atleta es australiano y necesita la nacionalidad española para poder competir. Ahí entro yo.

—Pero si tú no tienes contactos, ¿qué vas a hacer? No será nada ilegal... —Terminó la frase en bajito porque Laura le miraba fastidiada por la nueva interrupción.

—No. Bueno, no es ilegal del todo —consintió Laura. —Me voy a casar con él y a cambio me van a dar una cantidad que me permitirá quitarme la hipoteca y matricularme en el máster que necesito para poder dar clases de inglés en algún colegio. ¿No te parece maravilloso?

—¿Perdona, has dicho que te vas a casar por dinero? ¿Eso he entendido? ¿He entendido bien? —repitió Elena.

—Sí, cierto. Has entendido de maravilla. Lo coges todo a la primera —sonrió la joven.

—No lo entiendo, ¿tan desesperada estás? Yo puedo dejarte dos mil euros si lo necesitas.

—No. Tú tampoco vas demasiado sobrada de dinero, no digas más tonterías. Lo he decidido ya. Está hecho, vamos, pronto estará hecho, en unos meses.

Elena se bebió de un trago lo que le quedaba de margarita. No podía creer lo que le acababa de decir su mejor amiga. Se iba a casar por dinero, ¿en serio?

—¿Has pensado en las consecuencias? ¿en tus padres? Uy, si se entera tu hermana. Va a recordártelo para toda la vida, ya sabes cómo es.

—Por eso no quiero que salga de aquí, ¿entiendes? No quiero que mis padres se enteren. Se los presentaré, porque posiblemente no me quede otro remedio, como un flechazo o algo así. Dentro de unos meses, cuando consiga

la nacionalidad, nos divorciaremos. Yo seguiré con mi vida y él con la suya. La diferencia es que yo tendré veinte mil euros más en mi cuenta corriente, menos impuestos, claro —terminó bromeando Laura.

—No sé. De verdad, Laura, tengo un mal presentimiento. No lo veo.

—Será la margarita que te nubla la vista —dijo señalando la copa vacía.

—¿Al menos es guapo?

—Más que eso — dijo enseñándole las fotos de Facebook.

—Vaya, si es igualito que el actor ese, tan guapo, que hace de Thor. ¿Cómo se llama?

—Sí, ese mismo. Al parecer es un pariente lejano o algo así.

—Está buenísimo. Ya podías aprovechar la circunstancia para darte una alegría, chica —rió Elena.

—No pensaba en eso precisamente —aunque su sonrojo decía lo contrario —, ya veremos.

—Entonces, ¿estás convencida?

—Lo estoy. Ya les he dicho que sí y él viene de viaje a España. Estará aquí la semana que viene, el viernes llega su avión.

—Qué fuerte, no puedo creerlo. ¿Cuándo tienen previsto que os caséis?

—En noviembre o diciembre, creo. No lo sé todavía.

Elena se levantó para buscar la coctelera donde quedaba media copa para cada una. La repartió.

—Brindemos por ello. ¡Vivan los novios!

Rompieron a reír a carcajadas.

Laura estaba más tranquila. Valoraba mucho la opinión de Elena. Ahora solo tenía que dejar pasar el tiempo, como esa maravillosa tarde. Se echaron un poquito de crema y se tumbaron en las hamacas. Walter y Ronin se fueron, con la lengua de fuera, a echarse a la sombra de sus casetas. La tarde transcurrió apaciblemente entre risas y baños.

Elena salió de la casa a las diez de la noche, hacia su barrio. Con el pasar de las horas, iba asimilando el loco plan y no le parecía tan mal. Qué más le daría casarse con un tipo durante unos meses. Sería un gran alivio para ella también que se resolvieran los problemas económicos de su amiga, aunque había que reconocer que era demasiado orgullosa. Con la cantidad de dinero que tenían sus padres, o su hermana, y ella insistía en no pedirles nada, ni dado ni prestado. Prefería tener trabajos precarios y ganar dinero traduciendo novelas o páginas web, mal viviendo. Incluso ella, que trabajaba en un

despacho de abogados de pasante (un trabajo que no le gustaba demasiado pero le permitía vivir bien), le había ofrecido allí un puesto. Aunque fuera de administrativo o de recepcionista, cualquier cosa con tal de trabajar y tener un sueldo a fin de mes pero Laura era un espíritu libre, duraba poco en los trabajos que le aburrían. Solo cuando estuvo trabajando en el refugio de animales durante tres años fue feliz, pero ahí le pagaban menos todavía.

«Esta chica, con lo que vale, ¿por qué no encontrará algo que le llene? Aunque ahora tal vez había tenido suerte, en esta ocasión. Quién sabe».

Laura recogía la mesa. Habían cenado una ensalada y algo de fruta. Elena no era vegetariana como ella, pero se adaptaba cuando iba a su casa. Seguramente el futuro marido tampoco era vegetariano, ¿tendría que adaptarse a su comida o él a la de ella? La convivencia no sería fácil; ella no era una persona conformista. Se adaptaba pero le gustaba que su opinión fuera considerada. Aunque es cierto que él solo estaría unos días al mes, la convivencia sería importante. Además, él vendría a vivir a su casa. Tendrían que dejarse ver, que darse algún achuchón delante de la gente. No tenía importancia, lo aceptaba. Lo peor era el tema de las comidas ¡y de la ducha! Solo tenía un baño en su casa. Ya estaba calculando, habitaciones había tres. Decidió enseguida dónde ponerle pero compartirían baño. En su época de estudiante tuvo que compartir piso con dos chicas más. No sería peor. Se giró hacia Walter y Ronin «¿qué voy a hacer con vosotros?».

5. HABLANDO DE FUTURO (IMPERFECTO)

Andy continuaba con las flexiones, sin descanso. Su habitual rutina de ejercicios le estaba cansando, estaba impaciente por viajar, por casarse, por divorciarse y porque pasase todo. Se acercaba el jueves, cuando iban a salir de viaje hacia Barcelona. Había días que pensaba en qué locura se estaba embarcando. Otros lo veía claro. Estaba hecho un lío.

Se pasó al banco de pesas. Subió la apuesta a sesenta kilos. Le habían pasado un currículum de la chica. Había estudiado una carrera y hablaba inglés y francés. Era vegetariana, eso no le gustó tanto, y convivía en un loft con dos perrazos. Hasta le pasaron las medidas. Un metro setenta y ocho y unos sesenta kilos. Pelo castaño, ojos verdes. La foto de carnet seguramente no le hacía justicia. Habían intercambiado un saludo corto en el mensajero de la red social. No tenían mucho que decirse. Todavía.

Su entrenador habitual estaba un poco molesto. Había escuchado el rumor de que Andy se iba del equipo, aunque no había nada claro, y, sin embargo, seguía entrenando afanosamente. Sabía que viajaba a menudo a España, no tenía claros los motivos. Por otra parte, tenía a toda su familia aquí y era hijo único, ¿qué hijo querría abandonar a sus padres?

Andy terminó el entrenamiento sudoroso y se dirigió a las duchas. Sus compañeros envidiaban no su aspecto musculoso, sino el parecido con su compatriota Chris. Sin embargo, a Andrew le había causado muchas molestias y más de una situación embarazosa. De hecho, nunca sabía si las chicas con las que había estado estaban por él o por presumir en las redes sociales. Hasta que llegó Sue.

Sue era hija de los maestros de la comunidad donde vivía, en la parte norte de Newcastle, cerca del centro deportivo. Hacían fiestas en la iglesia y en el centro comunitario Alice Ferguson, que sus padres dirigían, en la calle Caldwell. Hacía unos meses la madre de Andrew insistió en contribuir a la fiesta con algunos dulces para recaudar fondos. Los tuvo que llevar él, por supuesto.

Allí fue cuando la vio. Estaba jugando con unos niños, riéndose, ajena al mundo que le rodeaba. Era tan delicada; una chica rubia con la cara sonrosada de la risa y del juego. Cuando levantó la cabeza para mirarlo, sus pálidos ojos azules le derritieron el cerebro, como decía Bill para burlarse de él.

La invitó a salir y fueron al cine, incluso a surfear, aunque a ella no se le

daba bien. Hacía un mes se había decidido a besarla y ahora, con esto de la boda, tenía que decirle que lo dejaban porque se iba a casar con otra chica. Se iba a enterar de todas maneras. Geordie le había prohibido absolutamente decir la verdad, había intereses ocultos y podían sancionarle para siempre.

Salió de la ducha preocupado, se visitó y se fue a buscar a Bill. Habían quedado en la ferretería para comprar unos herrajes y algunas cosas más para el rancho.

Bill podría ayudarle o aconsejarle cómo hacerlo. Dejó la bolsa de deporte y tomó la furgoneta hasta la plaza. La ferretería estaba a un solo paso, muy cerca del centro donde Sue pasaba las tardes cuidando niños, sin embargo, hoy no estaba de humor para hablar con ella.

Bill le esperaba en la puerta, hablando animadamente con Bobby, el hijo de Bob, el dueño de la ferretería.

Lamarlo «Bobby» era bastante irónico, pues era todavía más grande y alto que Bill, pero a él le encantaba que le siguieran llamando así. Bromeaba y daba palmadas a Bill, comentando acerca de la fiesta de la cosecha y de las chicas que se iban a ligar. Andy sonrió. Ambos tenían pocas posibilidades de que una chica se les acercase. Bobby era tan alto como malcarado y Bill era un buen chico, alto y fuerte, pero muy tímido, incapaz de dirigir una palabra a una mujer. Sin embargo, siempre estaba agobiado por todas las chicas, hasta llegar a molestarse porque no le permitían disfrutar del ambiente o de la compañía de sus amigos.

Bill nunca había tenido celos de él, afortunadamente. Era demasiado buena persona para pensar siquiera en lo atractivo que era su primo, pero otros atletas sí estaban celosos y por eso debían tener en secreto absoluto su falsa boda.

—¿Qué pasa, tío? —saludó Bill al recién llegado ofreciéndole su mano para chocarla.

—¿Qué pasa, todo bien?, ¿qué tal, pequeño Bobby? —saludó al compañero de charla.

—Bien, Andy. Hablando de cuántas chicas vamos a ligarnos este año —dijo convencido el grandullón.

Andy sonrió palmeando su espalda y empujándolos hacia el interior.

—Este año las tías te dejarán en paz, estás con Sue. Así lo tendremos más fácil, Bill —dijo Bobby.

Bill sonrió mientras que Andy se ponía serio. Lo más probable es que no

fuera este año. Con este lío sería complicado.

Después de comprar lo que necesitaban, Andy invitó a una cerveza a Bill.

—Me gustaría consultarte algo.

—¿Tiene que ver con la idea que me comentaste el otro día?

—Sí, se trata de Sue. No sé ni por donde comenzar —siguió comentando serio.

—Me estás preocupando, chico. Cuéntame de una vez qué pasa —dijo olvidándose de la cerveza que ya se empezaba a calentar.

—No sé cómo decírselo a Sue. Tendré que romper lo poco que había construido con ella. No me gusta porque es una buena chica. No sé si algún día lo comprenderá.

Bill miró atentamente al joven que bebía la cerveza de un trago, como si quisiera pasar de una vez todo este lío. Apuró también su cerveza, pensando en diferentes soluciones, pero nunca se le había dado bien pensar en cosas complejas. Seguramente el viejo Geordie y él habrían pensado en mil soluciones antes de aceptar esta.

Bill miraba por la ventana, absorto.

—Qué te parece, Bill, ¿estoy cometiendo la peor tontería de mi vida?

—No sé qué decirte, Andy. Supongo que habréis estudiado todas las posibilidades y que esa es la que mejor os encaja. Tu sueño ha sido siempre ir a las Olimpiadas y a veces hay que pagar un precio o jugársela a una carta. Es una apuesta por tu futuro.

—Lo sé. Si me descubren podrían sancionarme, pero es complicado si nadie lo sabe.

—Tendrás que decírselo a Sue, antes de empezar a prepararlo.

—Lo sé. ¿Cómo hacerlo?

—Primero una palabra y después otra. Así de sencillo.

Siempre era así, Bill simplificaba las cosas hasta dar con la solución indicada. Desenredaba el nudo hasta obtener los dos cabos y después los colocaba ordenadamente para que no se volvieran a anudar.

—Está decidido, esta misma tarde hablo con ella.

—¿Por qué no ahora? Mira, nos ha visto y viene hacia aquí.

Bill se levantó y se despidió con una sonrisa tranquilizadora.

—Hola, Sue —saludó a la joven mientras se iba—. Estás muy bonita hoy.

—Gracias Bill, tú siempre tan cariñoso.

—Siéntate, Sue. ¿Quieres tomar algo? —ofreció Andy.

—Gracias, tomaré un café. Hoy no he dormido bien. El gatito que acogimos ayer no ha parado de maullar toda la noche, hasta que me senté en el sofá y lo puse junto a mí.

—Mira Sue, quiero hablar contigo y ante todo quiero que sepas que eres una mujer maravillosa.

—¿Qué pasa Andy?, ¿qué me quieres decir?

—Pues, Sue...

No era tan fácil como decía Bill.

—Tengo que viajar a España y estudiar la posibilidad que me fichen en un futuro. Quizá tenga que quedarme a vivir allí.

—Oh, ya veo. Pero volverás, ¿no?

—Claro que volveré, pero no sé cuándo ni cuánto tiempo estaré allí o cuántas veces tengo que ir, además...

—No importa Andy, yo te esperaré. Siempre. —Terminó con convicción.

Andy resopló. Ahora no le podía decir que se iba a casar con otra. Al final tendría que ser tan cobarde de decírselo por teléfono o por mensaje. La miraba a los ojos y veía a un dulce corderito, ahora con los ojos casi llorosos por lo que le había dicho. Sus dulces labios, tantas veces besados, temblaban casi a punto del sollozo.

Cathy vino con el café y Sue se recompuso lo mejor posible.

Andy se pidió otra cerveza. Nunca bebía, y menos entrenando, pero esta vez, le hacía falta.

6. LA HABITACIÓN CON VISTAS

—Tengo que preparar la habitación, Elena. Deja de dar el coñazo.

—Le tienes que preguntar a tu novio si tiene un hermano gemelo —se reía la joven revolcándose en la cama que la enfadada Laura intentaba hacer sin éxito.

—Ya lo que te faltaba, otro deportista y encima del otro lado del mundo. ¿Estás loca o qué?

—Mira, Lau, estoy más que harta de los hombres de aquí. No me respetan —exclamó la joven levantándose por fin de la cama. —Solo les gusta que tengo grandes tetas y buen culo, nada más.

—Mujer, no todos los hombres son así. Mira a Pol. Es amable y no me ha intentado meter mano, no demasiado.

—Ni lo hará ya —rió Elena. —Si no ha intentado meterte mano es que le gustan los tíos, porque tú eres muy atractiva. Vamos, hasta yo te metería mano.

—No seas mala y ayúdame a hacer la cama. Es muy respetuoso.

—Es gay, ya te lo digo. ¿Cómo se ha tomado lo de cortar?

—Realmente no había mucho que cortar pues solo habíamos salido algunas veces, sin muchas consecuencias. Le dije que necesitaba un poco de tiempo, que estaba estudiando las oposiciones. Bueno, un par de cosas más.

—Luego veremos cómo se toma que te cases de repente con un australiano.

—No sé, Elena. Se lo tomará mal, supongo. Pero tampoco él era algo serio. Es un buen tipo, uno normal, con un trabajo normal. Creo que realmente no era para mí. A mí me gustan los que son salvajes, especiales, los que nada más verlos se te humedecen las bragas.

—Serás bruta —dijo Elena riéndose a carcajadas—. A ti lo que te pasa es que has estado viendo las fotos de tu futuro marido y como está tan bueno, pues sí, se te han humedecido. Confiésalo, guapa —terminó, tirándole un cojín.

Laura lo esquivó con elegancia y lo recogió del suelo.

—Tal vez le eche un polvo, aquí los dos solos. Si no es demasiado cretino, igual pasamos alguna noche feliz. De todas formas, como no lo use se me va a oxidar.

Las risas escandalosas de las dos mujeres atrajeron a Walter y Ronin a la habitación. Se sentaron mirándolas con la cabeza ladeada y sin comprender cómo dos adultas se morían de la risa tiradas en una cama deshecha.

—Está bien. Ahora, en serio. —Laura se levantó—. Vamos a hacer la cama y a organizar la habitación. No, realmente no pensaba en acostarme con él.

Aunque sí que está bueno, lo reconozco, no quiero más relación que la comercial. Ya mi vida es complicada, nena.

Elena asintió.

—Demasiado complicada. Y más que va a ser ahora.

—Lo sé, pero es mi única salida.

—Salvo pedirles el dinero a tus padres o a tu hermana, claro.

—Nunca, Elena. Eso no lo haré.

Laura se fue hacia el armario del pasillo para preparar el juego de toallas que dejaría en el armario del dormitorio. Tanto éste dormitorio como el suyo daban al patio trasero. Eran los más frescos pues las ventanas se abrían perpendicularmente a las del salón, creando una agradable corriente fresca que aliviaba el calor de agosto.

—Vamos a tomarnos un té frío, Elena. Además, luego viene Linda con las gemelas.

—¿A qué hora, para salir huyendo? —se escandalizó exageradamente Elena.

—¡¡Pero si son un encanto!! y vienen ya —contestó mirando el reloj—. Ya sabes que Linda es muy puntual.

Ni cinco minutos habían pasado cuando llamaron al timbre. Laura abrió dejando pasar a dos pequeños terremotos y a una madre sofocada por el calor o por la lucha con sus hijas.

—Necesito una cerveza bien fría —exclamó sin saludar. —¡Pero qué calor hace! Nunca habíamos tenido un agosto tan caluroso.

—Hola, Linda —dijo Elena—. Me alegro de verte. Estás fantástica.

Linda besó a las mujeres.

—Es el gimnasio, y claro, dos tsunamis de siete años lo que me mantiene en forma. Pásate cuando quieras y te hago un programa especial.

—No gracias, no quiero niñas.

—Pero yo no quería decir...

—Ya sabe lo que querías decir —bromeó Laura—. Elena odia los gimnasios, no son su estilo. Íbamos a tomar una limonada, pero tengo una copa fría en el congelador y puedo rellenarla con cerveza.

—No sabes cuánto te lo agradecería. Muero de sed. Aunque no debería, tiene muchas calorías.

—¡Que les den a las calorías! Ponme a mi otra cerveza, Laurita y ¡brindemos por la novia!

Linda miró horrorizada a Laura.

—¿Se lo has dicho?

—Es mi mejor amiga y no se lo va a decir a nadie, ¿verdad?, o le cortaré la cabeza, quizá la lengua —bromeó Laura.

—Está bien. Vamos a por esas cervezas.

Las niñas ya se habían desnudado en la habitación y puesto los bañadores. Estaban impacientes por que su madre les dejase bañar, esperando en el borde de la piscina hasta que ella diera el pistoletazo de salida. No había sitio para nadar, pero sí para remojarse y salpicar a las adultas.

—Aprovechad, que pronto iréis al colegio —se burló Elena.

Ellas no le hicieron ningún caso y cuando su madre lo permitió se tiraron a la piscina salpicando a los fastidiados mastines, que se retiraron dignamente a sus casetas.

Las chicas se sentaron en las sillas y Linda en la hamaca, tomando finalmente las tres una cerveza con limonada y unas patatas fritas.

—¿Ya has preparado la habitación de tu futuro marido? —preguntó Linda.

—Sí, casi la tengo —dijo Laura y reprendió con la mirada a Elena quien hizo un mohín declarando su inocencia.

—El viernes viene. Si os caéis bien firmaremos el contrato y te entregará el cheque por diez mil euros. Ya sabes, el resto, poco a poco. Ya he hablado con mi asesor y vamos a arreglar ese pago de alguna forma, no te preocupes. Él tendrá algunas ideas.

—De acuerdo, agradezco mucho tu ayuda, Linda. De todas formas, va a ir directo a mi hipoteca.

—Al final te voy a contratar como monitora y te daré un «sueldo» aunque no pises el gimnasio. Si quieres, puedes trabajar —dijo, cortando sus protestas— pero no es necesario. Es un pago de gastos.

—¿No es mucho dinero? Me da un poco de vergüenza.

—Laura, él tiene dinero. Gana como unos ocho mil al mes y cuando participe en las Olimpiadas, más. Con la planta que tiene, le van a salir contratos para anuncios sin conocimiento, o sea que le vas a hacer un favor impagable.

—No tengas remordimientos, tontuna —exclamó Elena—, y disfruta del momento. Ya sabes, carpe diem.

Linda miró de reojo a Laura mientras no perdía de vista a las niñas que chapoteaban y se tiraban a bomba en la piscina, que ya había perdido por lo menos veinte litros en el jardín.

Laura era una mujer muy atractiva e inteligente,

no sabía por qué no había tenido suerte con los hombres y con los trabajos. Cierto es que le gustaba salirse con la suya, pero con ella se llevaba de maravilla y en

el gimnasio todos la apreciaban. Incluso sería buena idea emplearla de monitora en verdad, cuando todo esto hubiera pasado, estaba muy en forma y aunque no controlaba algunas cosas, podría aprender. Claro que ella quería entrar en algún colegio a dar clases de inglés, para eso se fue de Erasmus a Inglaterra y estuvo después trabajando cuidando niños durante tres años en Belfast. Hablaba inglés de maravilla y sería una pena perderlo.

—Practicarás inglés con el australiano —dijo Linda siguiendo el hilo de sus propios pensamientos.

—Me dijo por Facebook que hablaba español. Donde vive hay mucha gente que lo habla y él se puso a estudiar desde hace unos meses, cuando supo que quería venir a España a formar parte del equipo olímpico.

—Practicar lengua es muy productivo —dijo Elena riéndose.

Laura se sonrojó. Una cosa eran las bromas de antes y otra lo que pensase Linda, la respetaba mucho, Pero Linda andaba ya en la piscina sacando a Tricia del agua porque le había hecho una aguadilla a su hermana, Cata, que lloraba y tosía al mismo tiempo.

—No te pases —advirtió seria Laura a la todavía sonriente Elena.

Laura se levantó a preparar una merienda a las niñas con un bote de crema de chocolate que había comprado expresamente para ellas, ella no lo tomaba. Ahora en su nevera tendría que empezar a comprar proteínas y otras cosas que ni siquiera tomaban sus perros.

Elena se acercó a Linda.

—Esto me preocupa un poco, ¿seguro que ella no saldrá mal parada? —preguntó por primera vez seria en toda la tarde.

—Jamás haría nada que la pudiese perjudicar, Elena. La quiero como a una hermana. Hemos mirado con un abogado y un gestor todas las posibilidades. No es cien por cien legal, pero es algo complicado de demostrar —aseguró Linda, secándole el pelo a Cata con la toalla—. Todo saldrá bien y por fin podrá ser independiente durante un tiempo, hasta que trabaje en el colegio, en el gimnasio, o donde ella quiera.

—Me alegro. Confío en ti como lo hace ella. No quisiera por nada del mundo que se sintiera mal o se metiera en un lío. —Calló al ver volver a Laura.

—¡Qué serias estáis! ¿No estaríais hablando mal de mí? —preguntó Laura sonriendo, dejando en la mesa la bandeja con sándwiches para las niñas y unas cervezas para ellas.

—Me das envidia, Lau —dijo Elena. —Le estoy diciendo a Linda que si tiene otro australiano de esa planta, que me apunto para casarme —guiñó el ojo a Linda y volvió a su alegre humor habitual—. Necesito sexo, chicas.

Ambas rieron mientras Linda tapaba los oídos a su hija más cercana.

—No seas descarada, Elena. Laura ha dicho que no van a tener sexo, pero imagínatelo saliendo de la piscina, con todos esos músculos mojados brillando al sol. Se me hace la boca agua.

—Por favor, basta ya. Me estoy poniendo nerviosa —cortó Laura, derramando un poco de cerveza en su camiseta.

—Si quieres, podemos hacer que se divorcien por cuernos, yo me ofrezco voluntaria. Solo por hacerte un favor, ya sabes —dijo Elena levantando la mano.

—Se acabó el tema. Pasado mañana viene y listo. Hoy vamos a disfrutar del sol y de la compañía —zanjó Laura.

Las niñas gritaron contentas al ver el bocadillo de Nocilla, su madre hacía pocas excepciones en cuanto a la alimentación. Se sentaron en el borde de la piscina manchándose las sonrosadas caritas con crema de chocolate.

—Walter, Ronin, ni lo penséis —riñó Laura al ver que se acercaban, dispuestos a limpiarles la cara.

—¡Es verdad! ¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó Elena señalando a los dos gigantes.

—Yo puedo quedármelos unos días, pero no muchos o a Jordi le dará un ataque —ofreció Linda.

—No. Se tiene que acostumbrar a ellos. Son parte de mi vida y sería raro que cada vez que viene él no los tenga. Están bien enseñados como sabes. Solo espero que no les caiga mal.

—Son unos chuchos adorables —dijo Elena estrujando la cabeza de Ronin —, aunque tienen carácter, como su dueña.

—Lo sé. Cuando los llevé a la escuela de perros había una palabra que me enseñaron, «amigo», y sirve para cuando quieres que no le gruñan a alguien. Con Pol tuve que usarla, no le dejaban entrar en casa.

—No me extraña —dijo Linda—. Menudo soso de tío. Tus perros tienen mejor gusto que tú.

—¿Tú también? —rió Elena—. ¿Ves? No era la única que pensaba que Pol era un gili. Además, estoy segura que le gustan los hombres. No sé ni cómo salió contigo.

—Vaya, gracias. Eres un amor —dijo Laura, irónicamente.

—Quiero decir que tú te mereces algo mucho mejor, no un empleado de banca que lo único que piensa es en sí mismo. A que no te acostaste con él.

—No, pero llevábamos poco tiempo.

—Tonterías, estoy de acuerdo con Elena. Era un soso y si no te acostaste con él fue porque en realidad no te atraía. Confíésalo. Fue solo porque te lo pidió y no tenías otra cosa mejor que hacer.

—Está bien, algo soso era. De acuerdo —aceptó Laura—. Veremos si este chico australiano es interesante o pura fachada.

—En dos días lo sabrás. ¡Qué nervios! Tenemos que quedar el sábado y me lo presentas...

—No, Elena. De momento, tranquila.

—Bueno yo había pensado salir a cenar los cuatro, con Jordi. No te molestes, Elena, pero los chicos tendrán que hablar y una cena de dos parejas es algo normal.

—Está bien pero el domingo vendré a comer, quieras o no.

Laura asintió. Sería incómodo estar a solas y si estaba Elena, tal vez sería más fácil.

7. ¡NOS VAMOS DE VIAJE!

—¿Y si te vienes conmigo, Bill? Te pago el viaje.

—¿Tienes miedo? —Le sonrió su primo mientras tecleaba con dos dedos en el ordenador las órdenes de compra de pienso.

—Mmm... sí. La verdad es que estoy más nervioso que cuando competí en los nacionales. Me vendría bien una cara amiga.

—¿Y Geordie?

—Él no puede venir, además, supuestamente, es un viaje privado. Sería raro, eso me ha dicho.

—No puedo dejar el rancho una semana, Andy. Si me hubieses avisado con tiempo, tal vez, pero hay muchas cosas por hacer. Está la feria en un par de meses; hay que preparar el lugar, lo que vamos a llevar, lo del proyecto de los quesos...

—Sí, tienes razón. El proyecto del nuevo queso es muy importante. Mi padre está realmente ilusionado. Fue una gran idea, Bill.

—Tu padre me recompensó bien regalándome el 30% de las acciones. Quiero que salga bien. Con ese dinero podría traer a Bella a casa y tener una cuidadora todo el día. Así podría verla cuando volviese a casa y no solo los fines de semana.

—Tienes razón.

—Pero la próxima vez que vayas, si me avisas con tiempo, lo arreglo todo. Me gustaría visitar Barcelona. Me han dicho que es muy bonita.

—Lo es. He visto por Internet un par de sitios que quiero visitar esta semana. Si no, se me hará muy pesado estar allí.

—Tendrás que estar con tu «novia».

—Cierto. Supongo que no le importará enseñarme la ciudad. Ahora ella no trabaja así que está libre.

—Al final, ¿qué pasó con Sue?

—No fui capaz de decírselo. Tendré que comportarme como un canalla y enviarle un mensaje. Al mirarla soy incapaz de herirla. Es como el conejillo que tuve de pequeño.

—¿Ese que atropelló tu padre?

—No me lo recuerdes. Fue mi culpa. Se escapó y pasé de buscarlo. Estaba mejor jugando con la videoconsola.

—Y ahora te sientes culpable. Chico, eres carne de psicoanalista —dijo

Bill, palmeando la espalda del deportista.

—No sé lo que es, pero no puedo. Es como un animalito desvalido, tan dulce y tierna que me da miedo hacerle daño.

—La verdad, Andy, desde que lees esas revistas de tu madre estás de lo más emotivo.

—No sé, Bill. Tengo la sensación de ir rodando en una cuesta pronunciada, hacia abajo, y que no llevo frenos. Quizá estoy cometiendo el peor error de mi vida.

—¡O el mejor! ¿Por qué no piensas que todo va a ir bien?, que conseguirás participar en las Olimpiadas y nada más. ¡Céntrate en ello muchacho, si no lo haces tu rendimiento bajará!

—Tienes razón. Pero la próxima vez te vienes conmigo a Barcelona.

—Dalo por hecho.

Andy dejó a Bill y se fue cabizbajo hacia su habitación. Les había dicho a sus padres que iba a contactar con el equipo de Barcelona, lo que en cierto modo no era mentira. Luego ya vería cómo se los explicaría.

—¿Llevas todo, cariño? —se asomó Kass, su adorada madre—. Papá y yo estamos muy orgullosos de ti, lo sabes, ¿verdad? El abuelo Jamie está contando los días en el calendario hasta las Olimpiadas.

—Sabes que no es seguro, mamá. —Metió un par de camisas mal dobladas a la maleta.

—Tengo un presentimiento —dijo, quitándole las camisas y doblándolas bien—. Eres un gran atleta y se van a dar cuenta de que tú vales mucho. Además, ¡estás muy preparado!

—Amor maternal —rió Andy—. No pasa nada. Si voy, será estupendo. Si no, tal vez en cuatro años...

—Tonterías. Te veo viajando a Río de Janeiro. A ver si te vas a enamorar de una chica brasileña, son muy bellas. ¡Lo siento! Sé que estás ahora con Sue, se me olvidó.

—Mamá, ya no estoy con Sue... bueno, ella no lo sabe todavía. Es complicado.

—Sí, es como un gatito ¿verdad? Pero también te recuerdo que los gatos tienen uñas afiladas. Solo te digo eso —afirmó marchándose de la habitación.

Andy se preparó el neceser; cepillo de dientes, colonia, ¿condones?, casi no,

no quería dar nada por sentado. Pudiera ser o no. En todo caso, podría comprarlos allí.

Hacía varios meses que no se acostaba con una chica. No se había atrevido con Sue todavía y echaba de menos la piel suave de una chica; el olor a colonia, el vello rasurado que llevaban algunas. Le encantaba la curva de sus traseros cuando dormían. A menudo se despertaba antes solo para observarlas dormir desnudas. No había nada más bello que el cuerpo de una mujer.

Decidió darse una ducha fría y descargar su energía acumulada. Cerró la maleta y se metió en el baño. Comenzó a darse jabón por el pecho, acariciándose y cuando llegó a su bien dotado miembro, comenzó a pensar en Sue. En sus suaves curvas, pero sin poder evitarlo, su pensamiento fue divagando hacia la atlética joven de Facebook, la que iba a ser su esposa en unos meses, y finalmente, cuando tuvo el orgasmo, fue con su imagen en la mente.

Bill estaba preocupado por el chico. En el fondo era un chaval joven, honesto, al que le disgustaba mentir, pero se moría por ir a las Olimpiadas y sacrificaría cualquier cosa por ello. Hasta su estado civil. No le había agradado desde el primer momento el plan, pero conocía al viejo Geordie y confiaba en él. Había estado representando a buenos atletas australianos y con él habían llegado muy lejos. Desde Ian Thorpe hasta Torah Bright, pasando por un equipo entero de rugby. Se había interesado en el joven atleta, en su potencial. Potencial que no veía el entrenador del equipo australianos, que había ignorado las marcas del chico. Una cuestión de celos, Andy no tenía la culpa de que todas las mujeres se derritieran por él, aunque no entendía por qué el entrenador lo miraba tan mal. Al fin ya era un hombre maduro, podría ser su padre y estaba casado.

Andy se había convertido en todo un hombre, más alto todavía, más fuerte, con mejores marcas. Aunque tuvo una lesión en el pie, producida por un mal salto a caballo, se había recuperado. Sin embargo, el entrenador lo había utilizado como excusa para eliminarlo de la lista.

Lo bueno es que el chico no se conformaba y quería seguir adelante.

«Aquí o allí, lo voy a conseguir», le decía a menudo.

Bill estaba seguro de que lo haría, aunque no imaginaba que de esta forma. Ojalá todo saliera bien.

Terminó el odioso pedido por el ordenador. Sus enormes dedos tecleaban torpemente en el nuevo ordenador que habían comprado para pasar los pedidos, para comunicarse con proveedores, y todas esas cosas que él detestaba. No soportaba esta forma de trabajar y eso que solo tenía veintisiete, casi veintiocho años. Si aumentaba el trabajo con la nueva empresa de quesos, contratarían a una persona que llevase todo el tema de la oficina.

—Sí, definitivamente, necesito a alguien. —Se levantó desesperado, había vuelto a escribir mal el pedido.

A veces Andy le ayudaba, pero estaba todo el día entrenando y no tenía mucho tiempo. La familia y él le animaban a ello. Cuando la granja pasó por malos momentos, debido a un incendio hace dos años, fueron los ingresos de Andy los que levantaron el negocio familiar de nuevo. Al final, todo sería suyo.

Kassandra, la madre de Andy, entró en el despacho.

—¿Cómo ves lo de Andy?

—¿Cómo veo qué?—preguntó Bill sobresaltado. ¿Se lo había contado a su madre?

—No sé, lo veo nervioso, alterado...

—Ah, bueno. El viaje a España, las Olimpiadas... Para él es muy importante, se juega su carrera profesional.

—¿Qué crees que pasará? —le preguntó, como si Bill fuese adivino.

—No lo sé, tía Kass, pero Andy es un gran deportista. Si no puede jugar en las Olimpiadas, será en alguna otra competición, pero tengo fe en que pueda ser posible. Conoces a tu hijo y cuando se le mete algo en la cabeza, lo sigue hasta que lo consigue. —Bill sonrió.

Kass abrazó cariñosamente a su sobrino, era como un segundo hijo para ella.

—Te dejo trabajar, voy a ver qué hace tu tío en el almacén. Otra vez está discutiendo con el maestro quesero.

Bill rió. Adoraba a su tía, no solo por lo bien que se había portado con él y con su hermana cuando fallecieron sus padres, sino porque era una mujer buena y cariñosa. Esperaba que Andy no se tuviera que ver en la situación de presentar a su “esposa” a su madre y que ésta sufriera tras el divorcio. Esperaba que ella fuera agradable. Esperaba mucho.

8. ENCUENTRO DE DOS DESCONOCIDOS

El aeropuerto del Prat estaba como siempre, repleto de personas que iban y venían, maletas que se perdían, colas interminables, niños llorando...

Al final, Laura había decidido ir a buscarlo. Sería raro no hacerlo y, de todas formas, no tenía nada mejor que hacer. El vuelo de Sidney llegaba en una hora, así que se dispuso a tomar un tranquilo café y a observar la jungla humana que corría de un lado para otro.

Era una observadora implacable. Jugaba a hacerse preguntas. Esta mujer, quién es, dónde va y por qué lleva una maleta tan pequeña o ese hombre, por qué mira a su alrededor, qué buscará.

Siempre le había parecido tan interesante la naturaleza humana, pero sin implicarse demasiado. Solo contaba con dos buenas amigas y no quería ampliar su círculo. En el gimnasio se llevaba bien con todo el mundo, gracias a su educación. No tenía malas palabras ni criticaba. De hecho, hablaba poco en líneas generales. Eso sí, los perros y los niños le acudían como si fuera una chuchería, como siempre bromeaba su amiga Elena.

—Eres como una golosina para los niños y los perros —se reía cuando fueron a pasear al parque y acabó rodeada de ambos.

—Tienen buen gusto. —Laura sonreía.

Faltaban solo quince minutos para el aterrizaje cuando se levantó de la cafetería y se fue hacia la terminal de salida. Se había arreglado para el primer encuentro. Linda le amenazó con dejarle una semana a las gemelas si no lo hacía.

Llevaba un vestido de tirantes menos suelto que lo habitual, y más corto de lo que a ella le gustaba, que provocaba que sus tostadas piernas hicieran las delicias de los hombres que había por allí. Sus hombros bien definidos y sus brazos un tanto musculados no impedían ver la femineidad que ella siempre intentaba disimular. No podía evitar su atractivo, por mucho que lo quisiera. Se había recogido el pelo en una coleta alta, y los rizos le caían casi hasta el hombro.

«Tengo que cortarme el pelo, aunque para la boda, quisiera hacerme un moño», pensó moviendo la cabeza.

No tuvo que levantar mucho la cabeza para verlo. Además de que era más alta que la mayoría, él destacaba de los demás. Llevaba una gorra roja y unas gafas de sol. «Si quiere pasar desapercibido, es lo más indicado», pensó,

irónicamente.

El chico se detuvo en la puerta, buscándola. Ella le había avisado que le iría a buscar y había estado de acuerdo. Las mujeres lo miraban con admiración, incluso algunas le hacían fotos disimuladamente. Tampoco era de extrañar. Llevaba unos vaqueros rotos, una camiseta blanca ancha y ¡sandalias! Los musculosos brazos crecían de la manga como troncos de árboles. ¿No se supone que los atletas están delgados?

Ella le hizo un gesto con la mano y él enseguida le respondió. Ahora se había convertido en el blanco de las miradas de todas las mujeres e incluso de algunos periodistas que montaban guardia por si algún famosillo se descolgaba por allí. Menos mal que no pensaron que fuera el actor, si no hubiera sido insoportable.

Él se acercó sonriendo a Laura.

«Wow, si tiene sonrisa de anuncio». A Laura le temblaban las piernas. Era más impresionante en persona que en las fotografías. Él le dio un casto beso en la mejilla y la saludó.

—Hola, Laura —dijo en español, con un fuerte acento

—Andy, *nice to meet you* —contestó en inglés.

—Podemos hablar en español, yo he practicado. —El hombre volvió a sonreír.

—Mejor será que nos vayamos antes de que a alguien le dé un infarto —dijo Laura por las mujeres que le miraban arrobadas.

Andy asintió sin comprender. Todavía no dominaba todos los giros del idioma. Salieron del aeropuerto en dirección hacia la casa de Laura. Ella no tenía coche, así que tomaron un taxi. Al llegar, Andy se ofreció a pagarlo, ella lo agradeció, pero abonó la carrera. De hecho, estaba muy feliz pues ya le habían entregado dos mil euros a cuenta, dinero que había aprovechado para cambiar la lavadora y realizar un pago de su hipoteca en el banco, para ir disminuyendo su deuda.

Si finalmente esta semana firmaban el contrato y llegaba a un acuerdo, le entregarían ocho mil euros en un cheque, ¡ese chico le estaba salvando la vida!

Le miró agradecida mientras abría la puerta. Había encerrado a Walter y Ronin en la terraza para que el primer contacto fuera tranquilo. Él entró en la casa mientras ellos ladraban furiosamente tras el cristal.

Observaba la casa con curiosidad. Ella se sintió un poco avergonzada. Quizá él estuviera acostumbrado a una casa de diseño. Ella había decorado muy

simple y con pocos muebles.

—Este es el salón, cocina y comedor, todo en uno. Como ves, da a la terraza, donde hay un pequeño jardín. —Hablaba atropelladamente, nerviosa, ¡estaba pasando!

Él asentía sin decir nada.

—Te he preparado una habitación solo para ti —dijo entrando en ella—. Tienes una gran cama, aunque no sé si...

—Estará bien, estoy acostumbrado a que salgan mis pies de la cama. — Sonrió, amable.

—Este armario está vacío, todo para ti, y tienes aquí dos juegos de toallas limpias. Todo lo que necesites, me lo vas pidiendo.

—¿El baño?

—Sí, está al otro lado. Enfrente de tu habitación está la mía, y detrás, las dos habitaciones que dan a la calle; son un pequeño despacho que uso para hacer ejercicio y el baño. Siento decirte que solo tengo un baño, tendremos que compartirlo.

—Por mí no hay problema. Estoy acostumbrado a convivir en centros deportivos. Quizá tú...

—No, no tengo problema. Bueno, quizá podemos hablar de unas normas de convivencia...

Andy se puso serio. Tal vez ella no era tan agradable como parecía. ¡Ya le iba a poner normas!

—¿Tienes televisión e internet?

—Internet sí, pero televisión no.

—Bien, pues esa es una de mis normas. Necesito una televisión. Yo la compraré —dijo al ver que a Laura le tocaba ponerse seria.

—Está bien, luego hablamos. Si deseas refrescarte en la ducha, o incluso en la piscina...

—Creo que debería conocer a tus chicos. —Laura le miró extrañada—. Tus perros. Si voy a estar aquí, no quiero que me devoren la cara. Parecen fieros.

Los perros habían dejado de ladrar, pero miraban amenazadoramente al chico, gruñendo por lo bajo, con fuertes amenazas de desgarrar y morder.

—Está bien, vamos a ello. Deja la maleta aquí y no te muevas del sitio.

Laura salió a la terraza cerrando la puerta. Andy la observaba hablar con los perros, como si pudieran entenderla. Finalmente habían dejado de temblar y estaban más calmados. Ella, sujetándolos por la correa, entró en el salón

donde Andy esperaba tranquilo. Toda la vida había estado con animales, perros, incluso lobos, y bueno, muchas vacas, que también las había bravas. Que se lo dijeran a su padre, que se había llevado más de una cornada.

Esperó hasta que Laura le acercó a los perros para que lo olieran. Ella le había explicado que fueron a una escuela de adiestramiento y que una vez ella decía la palabra «amigo», ya no había problema, lo reconocerían.

Los perros olisquearon a Andy y comenzaron a mover su corto rabo. Laura estaba asombrada pues no había dicho todavía la palabra. Walter, el más extrovertido, se acercó a Andy quien le ofreció su mano para que la olisqueara. Enseguida puso la cabeza bajo ella para que le rascase. Ronin no quiso ser menos y se acercó a la otra mano.

Andy levanto la cabeza y sonrió a Laura, que todavía estaba asombrada de la «traición» de sus perros. «También se han vendido, como tú», la voz de su conciencia le dio una buena pedrada en la cabeza.

—Si te parece bien, quisiera ducharme.

—Sí, sí, por supuesto, adelante.

Andy se fue a duchar no queriendo recordar la última ducha en su casa y cómo había pensado en ella. Sería muy difícil no volver a repetirlo en otra ocasión. Ella era muy deseable, y con las curvas suficientes para hacerle pasar una dura semana. Oía fresco, pero no a flores, como la mayoría de las mujeres. No era un olor dulce, sino algo cítrico, y también a canela, como el color de su piel.

«Más vale que me controle o voy a pasarlo muy mal. Tenía que haberme acostado con alguien allá, para no estar tan apurado», pensó. «Ella es demasiado bonita»

Laura había preparado pasta con queso para comer. Aunque era vegetariana, comía queso de vez en cuando, y, de todas formas, no sabía los gustos del chico. Una ensalada y pasta era una comida bastante normal, e incluso típica de los deportistas, así que esperaba no equivocarse.

Fue a su cuarto a cambiarse y ponerse más cómoda. Hoy comerían en casa, y tras descansar del viaje, habían quedado con Linda y Jordi a cenar en uno de los mejores restaurantes. Estaba claro que Jordi quería impresionar al chico. Linda iba a dejar a las gemelas con su madre, así que estaba feliz de poder salir a divertirse.

Se puso unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta. No se quitó el sujetador. Normalmente en casa nunca lo llevaba, pero no quería parecer que

iba provocando. Había sentido su mirada observándola de arriba abajo. Bien, vale, era normal, iba a hacerse pasar por su prometida. Aunque juraría que le había gustado lo que había visto.

Laura puso los platos sobre su pequeña mesa redonda, donde iban a comer, y comenzó a calentar la pasta. Eran las tres de la tarde, estaba realmente hambrienta.

Su hambre pasó a segundo plano cuando Andy salió de la ducha solo con una toalla en la cintura, descalzo, mojado, y con todos esos músculos a la vista, que prometían un buen revolcón.

Laura tragó saliva. Iba a ser más difícil de lo pensado. Bueno hacía ya mucho que no tenía sexo con un chico. Ni sabía cuándo fue la última vez. De hecho, ahora mismo, no sabía nada. Solo acababa de pasar delante de ella el tío más bueno del planeta, que estaría ahora desnudo, vistiéndose en la habitación de al lado.

Un fuerte calor abrasó su parte baja, protestando por su poco uso.

«Te has humedecido», le dijo su vocecita, aguando la fiesta.

Realmente se había excitado. Menos mal que él había pasado de largo y no se había detenido en la cocina, si no...

—Uff, qué mal lo voy a pasar —dijo en voz baja.

De todas formas, como le había dicho su amiga Elena, un polvo es un polvo, y hay que darse alegría al cuerpo y, bueno, si tenían sexo, tampoco pasaba nada, ¿no?

Andy salió vestido con un pantalón suelto y una camiseta no muy nueva.

—Es mi ropa de ir cómodo —sonrió a una pasmada Laura—. Ya veo que tú también te has puesto cómoda.

—Sí, ropa de casa. —Carraspeó Laura saliendo del trance—. He hecho una ensalada y pasta, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto. Me gusta comerlo todo —dijo confundiendo a Laura.

—¿Te gustan cualquier tipo de comidas?

—Sí, eso quería decir. Sé que eres vegetariana, pero ¿quizá algún día pueda comer carne?

—Bien, pero tendrás que hacértela tú. No soporto el olor. Puedo comprarla ya cocinada y solo calentar.

—No te preocupes, estoy acostumbrado a cocinar. Lo he hecho muchas veces y me gusta. Tal vez un día pueda prepararte tu plato favorito.

—Sí, tal vez.

Laura sirvió la ensalada y sacó la pasta del microondas. La verdad pasta con queso, sin nada más, no era un plato muy elaborado. Tampoco le gustaba mucho la cocina; ella se alimentaba de ensaladas, tofu y frutos secos, no solía perder mucho tiempo en la preparación.

Andy comía callado. No estaba mal la comida, pero se notaba que no era su mejor atributo. No importaba; él podría hacerse cargo de cocinar si a ella no le parecía mal.

Su madre le había enseñado diferentes guisos, tortillas..., podía adaptar a su forma de comida. Eso era lo fácil.

Eso sí, necesitaba una televisión para estar al día de las clasificaciones y, sobre todo, para olvidarse de que había una preciosa mujer al lado.

—Querría comprar una televisión y contratar, ¿cómo se llama aquí..., el cable?, para ver partidos y la televisión deportiva si no te importa. Yo pagaría estos gastos.

—Bueno, si no estás hasta muy tarde, me parece bien. De todas formas, tengo cascos, puedes escuchar así la tele. Yo estoy estudiando y necesito tranquilidad.

—Solo estaré una semana. ¿Quizá puedas dejar de estudiar estos días?

—Ya veremos.

—Tenemos que conocernos y hablar de nuestros gustos, me ha dicho mi representante. Saber lo que piensa el otro, para parecer una pareja. Supongo que lo tienes en cuenta.

—Sí, sí perdona, es que todavía se me hace raro.

—Entiendo, para mí también lo es —dijo medio bostezando—. Creo que tengo algo de jet lag. Quizá duerma un rato hasta la cena, si te parece.

—Claro, descansa —contestó Laura recogiendo la mesa—. Yo recojo todo. Estarás agotado.

—De hecho, llevo casi un día sin dormir. Me vendrá bien.

Laura retiró los platos mientras Andy se iba a la cama. El teléfono no paraba de enviar mensajes de las pesadas de sus amigas. Hacía un buen rato que lo había silenciado, pero ahora era tiempo de poner al día.

Habían decidido hacer un grupo de mensajes «para no tener que repetir lo mismo en dos chats». Un grupo que se llamaba Thor fans; el nombre lo había puesto Elena, por supuesto.

Habían comenzado con mensajes curiosos, ahora eran ligeramente amenazantes.

«Si no nos dices qué tal va, nos presentamos en tu casa».

«¿Es tan guapo como en las fotos?».

Cerca de cincuenta mensajes en menos de una hora. Si supieran que lo había visto casi desnudo les daba un ataque.

Laura sonrió y comenzó a contestarles, sin contarles el detalle de la ducha. No quería estar repitiendo una y otra vez lo bueno que estaba. Porque realmente era un ejemplar de diez. Al cabo de quince minutos, cuando se sintieron satisfechas por las explicaciones, se desconectó el chat. Necesitaba descansar un poco, pensar. Decidió ir a comprar al mercadillo de su calle, sobre todo para despejarse. Por si acaso, dejó una nota en la nevera.

«Voy a comprar comida. Vuelvo antes de las ocho».

Salió sigilosamente del piso, mientras los perros la miraban curiosos.

Andy escuchó la puerta. Se había acostado, pero no podía dormir. Había experimentado muchas cosas en el viaje. La chica parecía agradable, aunque un poco estricta, seria, apenas había reído en todo el día. Siquiera sonreído. Aún recordaba su cara estupefacta cuando sus perros se acercaron a él amigablemente. Ella no lo sabía, pero tenía un don con los animales, siempre se le habían dado bien. Recordaba aún más cuando salió de la ducha, sin darse cuenta de que ella estaba, con la toalla solamente. Su rostro parecía de mil colores. «Me ha dado un buen repaso visual», sonrió. Él estaba acostumbrado a pasear desnudo por cualquier sitio, pensó que no era para tanto, pero cuando Laura lo vio, se dio cuenta de que ella volvía rápidamente la cabeza y descubrió que sus mejillas subían de color varios tonos. Mejor no repetirlo.

Intentó dormir, pero el cambio horario, los nervios y el colchón, que era demasiado duro, le estaban impidiendo descansar.

—Ya está, me daré un baño —decidió finalmente.

Se levantó y salió hacia la piscina. Efectivamente, ella no estaba. Se quitó el pantalón de pijama corto y se metió al agua desnudo. Estaba realmente fresca pues no le daba el sol por la tarde. Walter y Ronin le miraban curiosos; no estaban acostumbrados a tener un invitado sin su ama.

Se recostó contra el borde de la piscina, a la sombra de un árbol, y allí se quedó dormido, dentro de la piscina, como un pez a remojo.

9. CONVIVENCIA Y ¿DESEO?

—¿Me lo estás diciendo en serio? —volvió a preguntar Pep por tercera vez en dos minutos.

—Sí, quiero dos filetes de ternera y dos pechugas de pollo. —contestó, cansada, Laura.

—¿Pero no eras vegetariana?

—Y lo sigo siendo, pero tengo un invitado que no lo es.

—Está bien, ¿es tu novio o algo? —insistió el joven, que bebía los vientos por ella.

—Pep, ¿te pregunto yo acerca de tu vida privada? ¿Verdad que no? —preguntó, ya molesta.

El chico bajó la cabeza mientras su madre se reía a hurtadillas. Con dieciocho años, qué iba a pretender salir con una chica seguramente ocho o diez años mayor que él.

—Laura, no le hagas caso, está en plena efervescencia adolescente —rió su madre, haciéndole ponerse de todos los colores al chico.

—Nada, tranquila. Esta semana vengo a por más. Vuestra carne es de lo mejor o eso me han dicho —dijo guiñándole el ojo.

Aprovechó para comprar algunas galletas y cereales. No le había preguntado qué desayunaba, pero lo típico de los americanos eran los cereales y los huevos. Así que si era australiano, sería parecido ¿no?

Decidió marcharse ya. Tenía que ducharse y lavarse el pelo. Esta noche se irían a dar una vuelta con Linda y Jordi. Elena, aunque no llevaba pareja, se había añadido.

«No me lo perderé por nada del mundo, me da igual que tenga que sujetar la vela», afirmó categóricamente ya que ella iría sin pareja.

—Quiero ver si es buena persona.

—Tú lo que quieres ver es si está tan bueno como en las fotos —le había dicho Linda.

—No disimules, que tú también quieres verlo —contestó, picada, Elena.

Laura callaba. Ella era la que más debería estar nerviosa y ansiosa por verlo y desde luego, estaba más tranquila que estas dos mujeres, que reían como locas por cualquier tontería.

Salió del mercado disfrutando de la tarde. Estaba ligeramente calurosa, pero se notaba que el mes de agosto llegaba a su fin. La brisa marina soplaba

alborotando su cabello y secando la película de sudor de su piel. Aún se sentía acalorada si pensaba en su «novio».

Abrió la puerta silenciosamente, Walter y Ronin, que la habían olido y escuchado, la esperaban sentados, curiosos por ese nuevo olor en su bolsa de la compra.

—No es para vosotros —susurró Laura, llevando su compra hacia la cocina.

La casa estaba en silencio, Andy aún debía estar durmiendo. Recogió la comida en la nevera y en los armarios y decidió que se daría un baño antes de lavarse el pelo.

Salió a la terraza con su bikini y allí lo vio. Estaba dormido dentro de la piscina, ¡menos mal que estaba en la sombra! Por cierto, no llevaba bañador.

No se veía bien, tampoco ella quería mirar, pero ¡¡uff!!, le estaba dando mucho calor.

—Tendré que acostumbrarme a que se exhiba por toda la casa —se dijo.

Se metió suavemente en el agua, a refrescar su calor en incremento. Miró su rostro dormido. La verdad que era muy guapo aunque, para ella tenía la nariz un poco chata. Unas leves ojeras y el entrecejo fruncido mostraban un sueño poco tranquilo.

Gimió ligeramente mientras se hundía un poco en el agua.

Ella se acercó para evitar que tragase agua, tomándole del brazo y evitando el chapuzón.

De repente, él la rodeó con sus brazos y la besó. Dulce, suave, pero a la vez apoderándose de sus labios, dejándola sorprendida y extasiada, sin ninguna resistencia ante esa masculinidad avasalladora. Ante la fuerza de sus brazos que la rodeaban, sus caderas se unían a las suyas, sintiendo la presión de su miembro que comenzaba a despertarse.

Si que había comenzado pronto, pero sus besos eran tan dulces que no le importó.

—Lo siento Sue, perdóname —susurró Andy.

Laura se soltó, molesta. Parece que el beso que la había empezado a derretir no era dedicado a ella, sino a una tal Sue.

Quitó bruscamente los brazos de su cintura, lo que consiguió despertarle. Todavía cerca de él, abrió los ojos sorprendido de su proximidad.

—Perdona, ¿qué ha pasado?

—Nada, estabas dormido y casi te metiste al fondo. Solo vine para que no tragases agua.

El miró avergonzado su miembro ligeramente erecto y se volvió hacia el otro lado de la piscina.

—No habré hecho algo, ¿verdad? A veces, hablo en sueños o me levanto. No suele pasar—dijo rápidamente, intentado tranquilizarla —solo es el cansancio.

—Está bien Andy, no te preocupes. Me voy a la ducha. Mejor si sales, te estas arrugando.

Laura salió de la piscina con un salto ágil y se dirigió dentro bajo la mirada escrutadora del chico.

—Realmente vuestra dueña es un bombón —le dijo a Walter y Ronin, que le miraban sin comprender.

«¿Quién era Sue y por qué habían sido tan suaves sus besos?»

Aún estaba conmocionada, sus caricias habían despertado en ella un fuego que creía apagado. Hace cuatro años, con uno de sus primeros novios, había tenido una sensación similar, cuando él rozó su pecho torpemente. Ella hubiera deseado más pero Luis era todavía más inexperto que ella. Hoy había sentido la misma emoción, el mismo revoltijo en el estómago, como cuando llegaba a la cima... y no era dedicado a ella, sino a una tal Sue. Sintió una punzada de celos. Aun así, se casaría con ella y no con esa desconocida.

El agua de la ducha caía templada sobre su sensible piel. Comenzó a enjabonarse el pelo, masajeándose el cuero cabelludo. Se aclaró y paso a dejar caer el agua sobre sus labios todavía enrojecidos del apasionado beso. Sus pechos erectos deseaban el roce de esas manos tan grandes. Hacía mucho que su cuerpo no disfrutaba de un hombre y estaba excitada. Se enjabonó el cuerpo acariciándose tímidamente, más osada después, hasta llegar a su zona más sensible, que solicitaba a gritos un buen masaje, aunque no de ella.

—Confórmate —se dijo acariciándose y llegando rápidamente al orgasmo.

Se apoyó contra la pared con un leve suspiro, un poco más satisfecha que antes, aunque no tanto como si hubiese estado con él. Si estos días iban a ser así de movidos, su cuerpo iba a protestar a menudo. Lo mismo tenía que desempolvar el viejo vibrador que compró con una de sus parejas, hace un par de años. Al tío le encantaba usarlo, más que a ella, en realidad.

Se envolvió en su albornoz blanco, ciertamente relajada y se secó suavemente, volviéndose a acariciar con la crema hidratante. Era de las pocas cremas que se ponía. Disfrutaba del momento. Las piernas absorbieron al momento el frescor con aroma a canela y limón, mientras disfrutaba de su

masaje.

Se sentó en la banqueta del baño a pensar. Estaba claro que él salía o había salido o iba a salir con una tal Sue; probablemente sería una «víctima colateral» igual que Pol. Seguramente sería su novia... al menos tenía conciencia pues se disculpó, por haberle hecho daño.

Unos golpes suaves sonaron en la puerta, sacándola de su ensoñación.

—¿Tal vez pueda ducharme? —preguntó de forma educada.

—Sí, disculpa, ahora mismo salgo.

—Gracias.

—Todo tuyo—dijo Laura saliendo del baño envuelta todavía en el albornoz.

Andy estaba confuso. No sabía muy bien que había pasado en la piscina. Tenía una leve sensación en los labios, además de una erección que pronto había controlado. ¿La había visto ella?, ¿pensaría que era un perverso?

Había estado soñando con Sue. La última vez que la vio apenas la besó, ella parecía ligeramente molesta. Hoy había soñado con sus labios dulces, la había besado como nunca, con un apetito inusual, pues ella solía abrir la boca y dejarse besar, la verdad que no participaba mucho. Era tan dulce como una virgen.

Se dio una ducha rápida y se fue a vestir. Hoy se iban de cena con varios amigos de Laura, incluido su futuro entrenador, Jordi.

—¡Laura! —gritó desde su habitación—, ¿cómo hay que vestirse esta noche?

—Así —dijo Laura saliendo de la habitación ya vestida—. Un poquito arreglado, si no te importa. Jordi nos lleva a un restaurante de lujo, en tu honor.

—Ok, ¿cómo? —dijo Andy asomándose desde enfrente.

Andy observó maravillado a la joven. Llevaba un vestido negro con pequeños adornos brillantes atado por detrás en el cuello, con los hombros al descubierto. Era más bien corto, bastante por encima de la rodilla y unas sandalias de tacón alto. Llevaba la melena suelta ondulada e iba suavemente maquillada, excepto por los labios que los llevaba del color rojo anaranjado de los atardeceres en su tierra.

Laura sonrió al pasmado joven.

—Vamos, ¡cámbiate! ¿Tienes unos pantalones largos y unos zapatos? ¿una camisa? Con eso irás estupendo.

Menos mal que a última hora su madre le hizo meterse un par de pantalones oscuros y dos camisas, una blanca y una negra. Decidió ponerse todo de negro.

Pantalón y camisa. Le iba un poco ajustada, había aumentado musculatura desde la última vez, pero suponía que no importaba, «el color negro es elegante», le decía siempre su madre. Quería impresionar a Laura. Se puso su colonia favorita y salió, peinado con un poco de cera en el pelo y vestido de negro, con unos zapatos de verano, sin calcetines.

Fue el turno de Laura para quedarse con la boca abierta. Si el chico era guapo, arreglado era todo un modelazo. No sería raro que una vez que la cámara de cualquier televisión le descubriera, le llovieran ofertas para anuncios y de mujeres también. Seguramente acabaría con alguna modelo, como su hermanita o alguna actriz que se encaprichara de ese pedazo de hombre.

Le sonrió aprobando su aspecto. Tomó su bolso y salieron hacia el restaurante.

Walter y Ronin se les quedaron mirando tristemente pero no hubo suerte. Esta vez su ama saldría y no les haría compañía, como hacía todas las noches.

Linda paseaba nerviosamente por la entrada del restaurante, mientras Jordi y Elena reían, en la barra, tomándose unas cervezas. Ellos no estaban nerviosos, al contrario, pensó Linda fastidiada.

Ella sí. Había salido nerviosa de casa porque Tricia tenía unas décimas de fiebre, y aunque su madre era capaz de cuidarlas pues había tenido cuatro hijos, sentía una mezcla de culpabilidad y ansiedad por ver a la nueva pareja.

Se habían puesto muy elegantes pues el restaurante era de lo mejorcito. Linda llevaba un mono corto rosa chicle que mostraba su excelente forma. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta alta. Como no tenía demasiada estatura, siempre vestía con tacones y recogidos altos. Elena llevaba un pantalón azul marino y un top blanco. «Está muy guapa», pensó Linda. Es cierto que tenía alguna curvita de más pero era tan simpática y tenía una sonrisa tan franca que nadie podía pensar en ello. Era atractiva. Unos ojos azul color mar que destacaban con su cabello negro y liso, largo hasta la cintura, y su nariz respingona la hacían parecer una muñeca de porcelana. Era un poco más alta que ella, pero no tan alta como Laura.

Volvió a enviar un mensaje a su madre a ver qué tal iba todo, con buen resultado.

Se asomó a la terraza del restaurante. Estaba llena. Ellos iban a cenar dentro, con el aire acondicionado. Gracias a que uno de sus clientes trabajaba en la cocina, había podido conseguir reservar una mesa, de otra forma sería

imposible. Tenían reservas de dos meses en adelante.

De pronto los vio venir, iban andando callados. El chico, observando a su alrededor, ella, mirando al frente.

«Así no parecen una pareja ni de casualidad. Al menos no una pareja bien avenida. Habrá que cambiarlo», anotó mentalmente Linda.

Eran todo un espectáculo. Laura caminaba con naturalidad con los tacones, como si ir encima de diez centímetros fuera lo más natural para ella. Lo llevaba en la sangre, suponía.

Su madre, antes de casarse con el dueño de la fábrica de quesos más famosa de toda Cataluña, fue azafata e hizo sus pinitos como modelo. Aunque solo su hija mayor, Eli, había decidido dedicarse a la pasarela. Eli era todo lo contrario a Laura. Insufrible, caprichosa y malcriada, mientras que su hermana menor era seria pero todo un encanto. Por suerte, Eli estaba en Milán y no volvería en unos días, así que no se entrometería en nada. No sería la primera vez que le intentaba quitar el novio, según sabía Linda, y cuando viera este bombón, sería como un reto para ella.

La gente se les quedaba mirando como si fueran famosos. De hecho, él se parecía mucho a su compatriota, el actor. Aunque se veían diferencias, ella las veía.

Laura se acercó a Linda que salió a su encuentro, dándole un abrazo.

—¡Estás preciosa! —exclamó mirándola con admiración

—Te presento a Andy. Andy, esta es Linda, la esposa de Jordi.

—Encantado —dijo el joven tomándole la mano que ella le ofrecía.

Linda le dio impulsivamente un abrazo y dos besos, dejando un poco sorprendido al atleta.

—Vamos, pasad. Elena y Jordi están tomándose unas cervecitas frías. ¿Tú bebes, Andy?

—Bueno, a veces sí tomo alguna cerveza. Cuando entreno, no desde luego —aseguró serio.

—No te preocupes. Jordi es severo, pero ahora estás de vacaciones con tu novia —dijo, guiñando el ojo.

—Sí, claro. Con mi novia.

El restaurante estaba abarrotado de extranjeros que miraron curiosos a la pareja. Tal vez eran famosos, alguno incluso sacó el móvil por si acaso. Pero al ver que nadie se levantaba a pedirles un autógrafo, volvían a dejarlo en la mesa.

Elena se volvió al escuchar parlotear alegremente a Linda. Laura venía detrás de ella y estaba preciosa. ¡Por fin! Se había arreglado y estaba muy favorecida. Lo que venía detrás de ella era algo nunca visto. Casi metro noventa de músculo puesto en los lugares correctos, unos ojos azules de película y vestido como para matar. Ella moriría desde luego, a ser posible en sus brazos y desnuda. Un estremecimiento le corrió por todo el cuerpo. ¡Qué suerte la de Laura!

Jordi se volvió al ver el rostro de su morena amiga.

—Bueno, aquí estáis —dijo admirando la buena pareja que hacían. Su mujer tenía razón, como siempre. Había escogido de maravilla.

—Buenas noches —dijo Andy extendiendo su brazo para saludar al otro hombre.

—Un placer volver a verte. —Le dio cálidamente la mano y una buena palmada en el hombro.

—Hola soy Elena, amiga de Laura —interrumpió la joven—. ¿Tienes un hermano?

—Eh, no. Hermano no pero tengo un primo —contestó, desconcertado, Andy.

—¡Elena!, no empieces —riñó Laura. —Vamos a la mesa.

Se dirigieron al reservado en la pequeña terraza interior. Allí había solo seis mesas y era la mejor zona del restaurante. Un coqueto espacio con plantas naturales y un precioso laurel en el centro del todo. Las mesas redondas estaban adornadas con velitas en el centro y eran casi la única iluminación exceptuando las estrellas, lo que hacía de ese lugar algo mágico e íntimamente romántico.

Andy se sentó entre Elena, quien lo miraba arrobada, y Laura, que parecía ignorarle. Linda le dio un pequeño pellizco a su amiga, que le miró sorprendida.

—¿Qué haces? —susurró molesta.

—¿Qué haces tú? Se supone que es tu novio y si te vas a casar con él, deberías ser un poco más cariñosa o, por lo menos, mirarle —dijo casi en el oído de Laura.

—Todavía no estoy preparada —contestó cortante—. Necesito un tiempo.

—No lo hay. Pero bueno, ahora os lo explicará Jordi.

—En este restaurante no hay carta, ¿sabes, Andy? No se pide, a menos que lleves una dieta especial como Laura. Ellos te sirven lo que compran en el mercado, todo recién hecho.

—Tal vez prefiera un buen filete de ternera —pensó Elena en voz alta.

—Bueno, no solo como ternera. En realidad me gusta todo tipo de comida. —dijo Andy sonriéndole. Al menos ella le hablaba y era amable con él.

El camarero se acercó a la mesa y les sirvió un delicado aperitivo; vermut casero con una oliva y una tapa de diseño que parecía un pequeño bosque de hojitas verdes de distintos colores con algo que parecía caviar pero que era de color azul celeste. Una belleza.

—Los aperitivos son vegetarianos, y les serviremos a usted nuestro menú especial sin ningún tipo de aditivo animal.

—Muchas gracias, es todo un detalle. —Laura sonrió.

Andy deseó que le volviera a sonreír como cuando le había conocido. Desde la tarde había estado seria.

Jordi se enfrascó en una animada charla acerca de las posibilidades, de los entrenamientos y Andy asentía entusiasmado. Jordi era un tipo serio. Había hablado con él varias veces, en distintas competiciones internacionales, cuando le captó. Pero con quien más había tratado era con Geordie.

Las chicas miraban de reojo a los dos atractivos hombres. Jordi era un gran deportista y se conservaba estupendamente, aunque hubiera comenzado a perder algo de pelo. Vestido con una camisa blanca que resaltaba su moreno, Linda no podía estar más orgullosa de su pareja. Estaba realmente enamorada aunque llevaban más de veinte años juntos, desde los dieciocho. Ojalá estas dos chicas tan encantadoras encontrasen un hombre que las quisiera como Jordi la quería a ella.

El australiano se giró hacia las chicas.

—Tal vez os estamos aburriendo —dijo y sonrió.

Elena, que se encontraba divinamente entre los dos hombres, negó con la cabeza.

—Qué va —dijo Linda mientras daba un bocado a su primer plato: ensalada con crujiente de aguacate y semillas tostadas—. Pero hay algo que me preocupa y mucho.

—¿Qué es, cariño?

—Verás, me preocupa que estos dos no parecen ser pareja. No se miran, no se tocan, no se besan, no hay complicidad y creo que es algo necesario si queremos que pasen por novios.

—¡Linda! Acabamos de conocernos —protestó Laura—. Necesito un tiempo.

—Claro, claro. Necesitamos algo de tiempo —convino Andy.

—Siento decirlo que no tenemos mucho tiempo —contestó Jordi, preocupado. —Mi asesor me ha informado que la boda tiene que ser al mes que viene.

—¿Cómo? —dijo Laura.

—Veréis, la cosa es que, si no es pronto la boda, no da tiempo legal de obtener la nacionalidad ni de poder participar en las Olimpiadas.

—Vaya, es una sorpresa. —dijo Laura mirando por primera vez a Andy en toda la cena.

—Si tú quieres, por mí no hay problema —asintió Andy.

—Claro, claro, para eso estamos, solo que ha sido un poco sorprendente.

—Bien, pues. Entonces, Laura Villadrau, ¿me harías el honor de ser mi esposa? —dijo, intentando ponerse de rodillas.

—No, por favor, no te pongas de rodillas. Gracias, de verdad. —dijo Laura, aún sorprendida de que supiera incluso su apellido.

—Está bien, como quieras. Mira, traje un anillo, lo guardaba para más adelante.

—Oh ¡¡qué bonito!! Ha sido super emocionante, Laura, ¡no me digas que no!

—¡Elena, no le interrumpas!

Andy tomó la mano de Laura entre sus cálidas manos. Estaba realmente nervioso y no pensaba hacerlo allí, en público, pero sintió que era el momento. Jordi hacía alguna foto, como testimonio, claro. Le puso el anillo en el delgado dedo. No era el de su madre. Ese lo reservaba para su verdadera esposa. Pero sí que compró uno con la talla que le dijo Jordi. Lo tenía todo calculado.

Laura aceptó el anillo. Era un precioso solitario con un diamante. Sencillo, elegante, sin ser recargado. Era el anillo ideal, el momento perfecto, junto a sus amigos. El hombre, un desconocido. Se sintió un poco triste pues soñaba con una primera vez con alguien a quien amase de verdad.

—Vamos, ¡un beso! —gritó Elena.

Andy se acercó a Laura despacio, pidiendo permiso. Ella aceptó. Sus labios rozaron levemente los de Andy, recordando el intenso beso de la piscina. La verdad deseaba un beso así, pero no aquí ni ahora. Andy acarició su rostro con ternura.

—Bueno, tenemos que hacerlo, mejor que lo parezca, ¿no?

Laura sonrió. Sí, habría que disimular. Al menos era agradable.

Elena aplaudió haciendo que los comensales de las otras mesas se la

quedasen mirando.

Hicieron varias fotos con el móvil y una para Instagram. Había que empezar a documentar el noviazgo.

10. DAME UNOS DÍAS

Bill miraba su Facebook, distraído, sin nada que hacer. Echaba de menos a su primo. En ese momento se desperezaba en el sofá, cansado de todo el día de trabajo. Había hablado con un distribuidor de quesos, invitándole a venir a visitarlos la semana próxima, para probar su producto. Si le gustaba, podría producir para toda Australia, quizá hasta podría exportar.

Los números bailaban alegres en su cabeza, distrayéndole mientras pasaba sin mirar las fotos de la red social. De pronto paró en una.

Era Andy, sentado junto a varias personas, cenando. La joven de ondulado pelo castaño era su prometida y era preciosa. Había dos chicas más, una rubia de coleta y una belleza morena con los ojos azules. El hombre que tomaba a la rubia de la cintura debía ser su entrenador y sonreía alegremente mientras ofrecía una copa para brindar.

Andy tomaba de la mano a su prometida, quien sonreía forzada a la cámara.

—Vaya, o sea que ya está. No sé si avisó o no a Sue, pero seguro que ve la fotografía. Este chico se va a ver en problemas.

Sue tiró el cojín sobre la cama. Ya había arrastrado al suelo todo lo que había en su escritorio y gritado como un gato al que le hubieran pisado la cola. Su madre, ante este ataque de furia histérica, había bajado al sótano con la excusa de poner la lavadora.

Sue estaba furiosa.

«¿Qué significa esa foto? ¿Por qué toma de la mano a otra chica?», había ampliado la foto hasta ver, en la mano de ella, un anillo.

—¡No puede ser! ¡Es mío! ¡Andy es mío y de nadie más! —protestó de nuevo, pataleando sobre la cama.

No importaba. Al final él sería para ella. Haría todo lo posible. Lo tenía muy claro.

Siguieron cenando con un poco más de alegría. Ya estaba hecho. Ahora había que preparar una boda rápida y todo comenzaría a rodar. Él podría venir a entrenar a Barcelona, al centro de alto rendimiento. Estaría todo el día entrenando, solo iría a dormir al piso por la noche, algo con lo que ya

contaban.

El vino había hecho su efecto y las chicas estaban alegres, incluso Laura reía a menudo de las tonterías y frases con doble intención de Elena. Andy no se enteraba de muchas de ellas lo que provocaba más risas. El ambiente era estupendo.

Después del restaurante y animados como estaban, decidieron ir a un bar de moda, donde iba lo mejorcito de Barcelona, gente «guapa», rica y despreocupada.

«El tipo de gente que no me gusta», pensó Laura cuando dijeron donde iban. «Un día es un día, y tengo que celebrar mi compromiso», sonrió para ella.

Andy la tomó de la cintura cariñosamente mientras caminaban por la calle, pero ella se soltó.

—Mejor de la mano, de momento, ¿de acuerdo?

—Sí, por supuesto. Disculpa.

—No, tranquilo... solo dame unos días, si no te importa. No soy buena actriz.

—Por supuesto. Lo que sea necesario.

Caminaron, bajando la calle hasta el bar. Era un local enorme con luces neón en la fachada. Roses decía el rótulo. Junto a unas floridas letras, había una rosa de neón también de color rosa. Había bastante gente en la fila para entrar, aunque ellos pasaron por la zona vip. También aquí Linda tenía contactos, dos de los socios del local iban a su exclusivo gimnasio.

Elena estaba encantada de tantas atenciones y de pasar por delante de la fila de «los pringados», como dijo en voz baja a su amiga Laura.

Entraron en el local que estaba abarrotado de gente. En el centro había una pista de baile donde los danzantes se movían al ritmo de la música pop de los ochenta, temática de ese bar y que a los jóvenes les encantaba, pues la habían escuchado de sus padres. Canciones de Alaska o de Tequila motivaban a la gente a saltar como locos, beber y disfrutar del momento.

La barra también estaba bastante animada y los camareros se movían rápidos sin da abasto para servir a todos los clientes. Encontraron por casualidad una mesa libre, recién desocupada. Se sentaron rápidamente.

—Voy a pedir de beber —dijo Jordi mientras saludaba a unos amigos.

Linda se unió a la animada conversación a unos metros de la mesa.

—Ya veo que estos dos no nos van a pedir las bebidas. Iré yo —dijo Elena.

—Te acompaño. Andy, ¿te importa quedarte aquí guardando la mesa?

El chico asintió, despistado con tanta gente y tantas luces.

Laura y Elena se fueron hacia la barra para pedir lo que ya habían decidido cada uno, dejando al atractivo hombre solo.

—Bueno, ya estás comprometida, amiga. ¿Qué tal te sientes? —le dijo, divertida, Elena

—No sé cómo me siento. Extraña. Asombrada. Me gusta el anillo, tiene buen gusto, y casi se arrodilla. Fue muy tierno, la verdad.

—¿Por qué no le dejaste que lo hiciera? Hubiera sido precioso.

—No, eso lo guardo para mi marido de verdad. Tampoco en mi vida había pensado en casarme en serio, ¿sabes? pero esto me ha convencido de que realmente me gustaría. Una boda de verdad.

—Ay, amiga, eres una romántica. Lo sabía.

—No te rías y pide las bebidas, tontita.

Andy miraba a lo lejos a las dos chicas que hablaban y reían. Debían ser buenas amigas. La morenita bajita le había caído bien. Tenía un humor que a veces él no entendía, pero era muy simpática y Laura... realmente le gustaría caerle bien. Le daría tiempo. Se lo merecía. En verdad debía estar apurada pero, bueno, eso no era asunto suyo. Sin embargo, se alegraba de poder ayudarle.

Una rubia despampanante se puso en su campo de visión.

—Hola, ¿cómo un chico como tú puede estar solo? —preguntó, coqueteando. Y sin darle tiempo a contestar, se sentó junto a él.

—Me llamo Isabelle —dijo arrastrando su nombre—, y tú ¿quién eres?, ¿hablas español?

—Soy Andy. Sí y estoy acompañado por unos amigos.

—Bien te haré compañía mientras vuelven tus amigos y si luego quieres, podemos irnos a un sitio más tranquilo.

Andy se quedó sin palabras. Realmente la chica era una belleza, alta y rubia, con tipo de modelo y ropa escasa. Creía que iba un poco bebida porque arrastraba un poco las eses. La chica le acarició el hombro, acercándose hasta que sus pechos se encontraron con su brazo. Susurró en su oído palabras insinuantes, que Andy no comprendió.

Comenzó a apartarse sin ser demasiado brusco, pero la rubia estaba empezando a molestarle. Sin él invitarla, había comenzado a, como decía Elena, «meterle mano», y él no sabía cómo quitársela de encima. Miró hacia Jordi, pero él estaba totalmente inmerso en la conversación.

Las chicas no se veían cerca. Realmente comenzaba a estar apurado, arrinconado en la esquina, y sin querer ser maleducado, se encontraba realmente incómodo. Un golpe seco en la mesa indicó que habían vuelto con las bebidas.

La rubia levantó molesta la mirada, mientras que Andy suspiraba aliviado.

—Eli, ¿se puede saber qué coño haces con mi prometido?

La rubia se incorporó del sofá y soltó al hombre quien se retiró rápido de su lado. Miró a Laura excusándose.

—Tranquilo. Si conozco a mi hermana, se habrá tirado hacia ti como una perra en celo.

—¿Cómo que tu prometido? ¿Desde cuándo y por qué? —Ya no era la dulce chica que se le insinuaba.

—Nos hemos prometido esta noche y no te importa el resto. Quitaté de mi sitio. — Laura se sentó empujando sin contemplaciones a su hermana, quien se apartó para no caer al suelo.

—No me lo creo. ¿Tú con este bombón? No te pega, a mí sí.

Laura miró furiosa a su hermana y abrazó a Andy, besándole con pasión.

—No te acerques a él, te lo advierto —dijo tras dejar a un sorprendido Andy callado, saboreando sus labios.

—¿Ya lo saben nuestros padres?

—Todavía no. No serás tan mala de decírselo.

—Creo que no te estropearé la sorpresa. Es ideal para el cumpleaños de mamá la semana que viene. Os veré allí. —dijo despidiéndose y enviando un beso a su futuro cuñado.

—Menuda zorra tienes de hermana —dijo Elena que no se había perdido nada de la conversación—. Y vaya beso le has soltado al chico, aún lo tienes pasmado.

Elena reía, pero Andy estaba allí quieto, sin moverse. Aún sorprendido de la discusión entre las dos hermanas y del beso que había recibido. Es como si lo hubiese soñado.

Se había quedado con ganas de más.

Jordi y Linda volvieron de la larga conversación. Elena les puso al día de la visita de Eli.

—¿No estaba en Milán, o en Roma? —preguntó Linda.

—No llevo la agenda de mi hermana —contestó dando por zanjada la conversación.

—¿Pero irás la semana que viene al cumpleaños de tu madre a la masía?

—No sé, veremos. ¿Nos vamos? —Miró a Andy—. Estoy cansada.

—Por supuesto. Nosotros nos vamos. —Se levantó cortésmente.

—Para un día que salgo... —rogó Linda.

—Nos quedaremos un rato más —convino Jordi.

—Yo también me quedo —añadió Elena.

—Está bien. Nosotros nos vamos.

Andy tomó de la cintura a Laura quien no protestó esta vez. Ojalá su hermana la estuviera viendo y rabiara porque esta vez no le robaría el novio.

La pareja era toda una atracción en el lugar. Allí iba gente a la que le gustaba mirar y ser vista, y ambos eran dignos de ver. Eli miraba furiosa a su hermana que se había llevado al tío más bueno de toda la sala, de toda la ciudad. Igual que una vez le robó a su querido novio, solo por el hecho de quitárselo, esta vez lo haría por simple placer. Placer carnal que seguro ese ejemplar le daría. Sí, eso es lo que haría.

Andy siguió sin soltar a Laura de la cintura durante todo el trayecto desde la mesa que ocupaban, pasando por la selva humana de cuerpos bailando, sudorosos y excitados. Tan excitado como estaba él, tras el apasionado beso de la joven. No esperaba algo así, la verdad, y era evidente que se había quedado con ganas de más. Laura caminaba rápido delante de él queriendo salir del bar lo antes posible, mientras él la seguía con sus dos manos puestas en su cintura como para declarar que ella no estaba libre. La verdad que jamás podría agradecer a Linda su elección. Comenzaba a sentir aprecio por la joven, y comprendía su situación, además, después de conocer a su hermana, entendía por qué no quería pedir dinero a la familia.

«No te faltará de nada, Laura. Si está en mis manos, así será», pensó, sorprendiéndose por la firmeza con que lanzaba esa promesa en su mente.

Por fin alcanzaron la salida y el frescor de la noche. Laura todavía estaba seria, más bien disgustada.

—Lo siento, Andy.

—¿Qué sientes? —preguntó él —Tener una hermana tan...

—¡Tan zorra! —le interrumpió—, bueno, eso no. Siento haberte besado con tanta brusquedad, estaba enfadada.

Laura bajó la cabeza. Estaba algo sofocada, en realidad no sentía haberle besado, hacía rato que lo deseaba.

Andy le levantó suavemente la barbilla y la miró a los ojos.

—Yo no lo siento en absoluto.

Un trueno de la típica tormenta de verano los sacó de la ensoñación de sus miradas.

—Vámonos, pronto lloverá —terminó Laura, turbada por su contestación.

No tardó ni cinco minutos cuando comenzó a llover, o mejor dicho, a diluviar en Barcelona. Bajaron rápidamente por la calle que estaba a diez minutos de su casa.

Cuando llegaron, ambos estaban empapados pero reían como niños que habían hecho una travesura. El vestido negro estaba chorreando y la camisa de Andy, se pegaba a su cuerpo como una malla.

Laura abrió rápidamente la puerta. Walter y Ronin los miraban acusatoriamente, no habían salido en toda la tarde y ahora que llovía menos, así que se retiraron a su manta en la zona del comedor, ya que el jardín estaba lleno de barro.

Andy rió, divertido por la escena, y Laura le acompañó. Dejaron los zapatos en la entrada, sucios de barro. Todavía tenían esa chispa de las copas que habían tomado, de los nervios del compromiso, y de sentirse húmedos, cargados de energía por la tormenta.

Andy se acercó despacio a Laura, para darle tiempo a apartarse. Pero ella no lo hizo. La tomó de la cintura, ambos empapados, y comenzó a besarla. Primero suavemente, delicado, pero después, con más fuerza, más pasión, a la que ella respondía sin dudar.

Ella le desabrochó la camisa y pasó sus manos por el húmedo pecho sin vello alguno. Los músculos de Andy se contraían del placer de sus caricias. Comenzó a besar su cuello, apartando el cabello húmedo mientras ella suspiraba en su oído, excitándole todavía más.

Su camisa acabó en el suelo y ya sin zapatos, los pantalones pronto estuvieron en el suelo también. Sus bóxer negros no podrían disimular lo muy excitado que estaba. Ella había comenzado a besarle en el cuello, a mordisquearle los pezones, y él pensó que iba a explotar ahí mismo.

Ella rió excitada y, apartándose un poco de él, se llevó las manos a la nuca y se desabrochó el vestido, que cayó al suelo con el peso de la lluvia, descubriendo su ropa interior, reducida a una mínima braguita negra.

Ella volvió su mirada hacia él quien no acababa de creerse que una mujer tan bella estuviera con él. Comenzaron a besarse de nuevo, esta vez uniendo pecho con pecho. Él estaba algo agachado para unirse piel con piel y ella se

adaptaba a su curva como un guante.

Ya no pudo más. La tomó en brazos, mientras ella reía divertida, y se la llevó a la cama.

Sus bóxer desaparecieron tan rápido como las mínimas braguitas de encaje de ella.

Él se echó junto a ella, besándola por todos los lugares más sensibles, acariciando suave, mientras ella tocaba cada una de sus partes, haciendo que su piel estuviera extremadamente sensible. Quería saborearla, pero no sabía si ella lo desearía, así que bajó despacio, por el estómago, las caderas, hasta su pubis ligeramente rasurado, aunque no del todo. Ella suspiró de placer.

Así que podía seguir. Deseaba conocer su sabor, lamió y mordisqueó su zona más íntima mientras ella acababa explotando en su boca. Fue una sensación tan excitante que casi le hace correrse ahí mismo. Jamás una mujer había tenido un orgasmo en su boca y desde luego, él nunca lo olvidaría.

El subió besándole de nuevo la cadera, el pecho, el cuello, cuando ella le atrapó la boca y le besó, probando de su propio sabor, lo que todavía le excitó más.

Laura le empujó hacia dentro de ella, necesitaba sentirlo, estaba más que excitada y probablemente preparada para un nuevo orgasmo. Los besos de Andy, tiernos y tímidos la habían excitado tanto que no había podido aguantar ni un solo minuto más.

—¿Tienes protección? —susurró Andy.

Ella tomó un condón de su mesilla y se lo dio. Luego ya le explicaría que los tenía allí porque Elena los había dejado.

Él la penetró con suavidad, pero estaba tan duro que casi se sorprendió. La miró a los ojos para asegurarse que estaba bien y, al ver que sí, comenzó a moverse dentro de ella rítmicamente. La tormenta descargaba la lluvia y los relámpagos iluminaban la unión de dos cuerpos sudorosos, excitados, de una pasión desatada, inesperada.

El ya no pudo aguantar más y sintió que ella se estremecía de nuevo, se liberó. El orgasmo que tuvo Andy le dejó sin aliento, sin respiración. Sin retirarse todavía, miró a Laura que sonreía satisfecha. La besó suavemente y se echó a un lado para no aplastarla. Ella le miró y se acurrucó junto a él. Ninguno se levantó. Simplemente se quedaron allí, disfrutando de un sexo increíble y de la tormenta que, como su pasión, se iba calmando.

11. COMPARTIENDO ALGO MÁS QUE EL PISO

Laura despertó y sin abrir los ojos se desperezó como una gata satisfecha. Había dormido como un lirón, como hacía tiempo no lo hacía. Un leve ronquido a su lado le hizo abrirlos rápidamente.

Andy dormía desnudo, a su lado. Laura no se movió. De repente le vino a la memoria toda, o casi toda, la noche anterior. La cena, la discoteca, su odiosa hermana, y después, la noche loca de pasión.

«¡Dios!, ha sucedido lo que no quería!», pensó sin moverse del sitio.

Se había acostado con él y se había implicado emocionalmente, el chico le gustaba un rato, pero... ¿y ahora qué?, ¿qué pensaría él?

Lo miró, incorporándose un poco para verlo mejor. Su rostro estaba relajado, con las largas pestañas cerradas. Respiraba suavemente, tranquilo. Ella miró su musculoso cuerpo, sin dejarse ni un milímetro. Un cuerpo del que ella había disfrutado un buen rato. Sin poder evitarlo, miró su miembro, que no estaba descansado del todo. Era un buen ejemplar como había dicho Elena, y en verdad que hacía mucho que no sentía tal placer.

Un cambio en la respiración del joven le hizo reaccionar, saliendo despedida hacia la ducha. Luego hablarían. Ahora, ella deseaba ducharse y quitarse la poca pintura de la cara que le quedaba. ¡Ni siquiera se había desmaquillado o lavado los dientes! Se sonrojó pensando que él necesitaría lavarse los dientes, tras.... bueno, probarla.

«He sido muy audaz», pensó mientras el agua caliente calmaba su mente. Comenzó a lavarse el pelo, prometiéndose a sí misma que esto no debía volver a repetirse. «¿Qué pensará de mí?»

Dos golpes en la puerta la sorprendieron.

Andy entró desnudo, tan confundido como ella.

—Perdona, necesito ir al baño —dijo un poco avergonzado.

—No te preocupes, úsalo

Andy se sentó y acabó rápidamente, necesitaba orinar y aunque le daba mucha vergüenza, no podía aguantar más.

—¿Ves?, ya parecemos una pareja de verdad. Estas cosas solo se hacen cuando hay mucha confianza. — dijo Laura desde la ducha.

—Lo siento, yo... no podía aguantar más. Ayer no fui al acostarme y...

—No te preocupes —siguió hablando Laura para mitigar su nerviosismo.

—Ayer, ayer fue maravilloso, Laura. Espero que no te sientas mal por ello

—dijo tímido Andy.

Laura sacó la cabeza tras la ducha y se sonrojó al ver que él iba totalmente desnudo.

—Bueno, la verdad me siento algo extraña. En fin, sí, fue muy buen sexo. Emm... gracias. —terminó metiendo la cabeza de nuevo tras la cortina.

Andy dio un pequeño respingo. Sí, había sido muy buen sexo pero...«¿gracias?», ¿solamente había significado eso para ella?

Se iba a retirar cuando Laura sacó la mano de la cortina y tomó la toalla de la percha.

—Si quieres ducharte, ya he terminado

—Sí, gracias—dijo Andy metiéndose a la ducha.

Laura se sintió un poco mareada. «¿Qué coño ha sido eso de gracias por el sexo?». Aun no sabía por qué le había dicho eso. Tal vez estaba demasiado nerviosa.

Se fue a su habitación secándose el pelo. Mejor saldría a pasear con sus dos pequeños que la miraban con impaciencia. Hoy había amanecido un bonito sol tras la tormenta; se vistió con un pantalón corto y una camiseta y salió a pasear con ambos. Necesitaba despejarse y pensar.

Fue hacia el pequeño parque donde solía ir, un lugar no especialmente grande, pero acogedor. Tenía una fuente con unos cisnes en el centro que sacaban agua de sus bocas dirigidas hacia arriba estaba rodeada de césped, de caminos flanqueados por rosales y otras plantas, con bancos de madera desgastados, a los que les hacía falta una buena restauración.

Ahí es donde mejor se encontraba, donde podía pensar. Había descubierto ese pequeño rincón que no era muy visitado a causa de una acequia algo peligrosa para los niños, pero ideal para los perros y para remojarse en verano, donde estaban ahora.

Laura se soltó la pinza de la cabeza y movió su cabello para que se terminase de secar al cálido sol de agosto. Aunque estaba cubierta por una enredadera que hacía de parasol vegetal, los rayos de sol que se escapaban entre los huecos de las hojas calentaban su destemplado cuerpo.

¿Cómo cambiaría ahora la relación con Andy? ¿Pensaría él que se iban a estar acostando continuamente? Ella lo deseaba, pero lo mejor es que no se encariñase con él. De todas formas, en breve se marcharía y no quería enamorarse de un tipo tan formidable. En el fondo, estaba de acuerdo con su hermana. Él no le pegaba, era muy diferente a ella.

Había sido un error que no debía volver a ocurrir. Disimularían pero solo fuera de casa.

«No volveré a acostarme con él» decidió firmemente.

Pol se había acercado por casualidad. Una vez Laura le dijo que le encantaba ese parque, el parque de las rosas, como le decía ella. Ya llevaba días buscándola por varios sitios. Se había acercado al mercadillo donde solía comprar su comida vegetariana, a la tienda de animales. Incluso fue a ese estúpido local donde a su amiga Linda le encantaba ir. Le costó cuarenta euros entrar pero la había visto llegar y valió la pena. Allí podría hablar con ella, incluso se había recortado la barba y puesto camisa, en lugar de sus habituales ropas sueltas.

Iba con un grupo pero seguro tendría ocasión de abordarla. En algún momento iría al baño o a pedir una copa. Entonces él le preguntaría por qué no quería saber más de él, porque había respondido a sus mensajes con monosílabos, y sobre todo, por qué no quería continuar la relación con él.

Él la había invitado a salir casi por casualidad pensando que no aceptaría. Un bombón como ella, del club de escaladores donde solía acudir. No se lo esperaba, y sin embargo, había aceptado salir a cenar con él. Pol era un tipo alto, desgarrado, un empleado de banca que ganaba bien. «Un funcionario» decía a veces Laura riéndose.

Él se sabía atractivo a su manera; muchas de las compañeras de su trabajo le habían tirado los tejos y sin embargo, la mujer que quería que suspirase por él lo tomaba como un amigo, como le había dicho la última vez.

Bajó las escaleras del retirado parque. Le había parecido ver a uno de los perrazos de Laura, y sí, allí estaba.

Medio echada sobre un banco, con su cabello castaño mojado suelto apoyado en el respaldo del banco de madera. Los perros correteaban y se metían en el agua de la acequia, sin molestar a su dueña, que parecía dormida.

Se acercó despacio, Walter levantó la cabeza, pero como le reconoció, siguió jugando con su gemelo, Ronin.

Pol contempló a Laura. Era tan bonita. Su cuerpo sobre el banco era muy deseable y su mano iba directa a su pecho sin sujetador, pues se marcaba en la camiseta. Se excitó de verla y pensó que podría tomarla aquí mismo. Nadie los vería, era un lugar muy poco frecuentado y cubierto de hiedra.

Acarició el rostro dormido de la chica y, como ella no despertaba, acercó sus labios a su frente. La besó en la frente, en la mejilla, bajó a los labios y comenzó a besarlos mientras ella, todavía con los ojos cerrados, respondía a su llamada.

La mano bajó hacia su pecho, estrujándolo casi con demasiada fuerza. Estaba muy excitado y ella seguro que también. Se puso encima de ella, presionando con su miembro erecto sobre el pubis de ella, le levantó la camiseta y comenzó a besar sus pechos, cuando ella, de repente susurró...

—Andy...

Él levantó la cabeza y ella abrió los ojos. Contempló horrorizada el rostro de quién había pensado que era Andy, un Andy no muy tierno.

—¿Qué haces, Pol? ¡Quítate de encima!

—¿Quién es Andy y por qué te estabas entregando a él? —dijo Pol sujetándole las manos.

—¡Apártate inmediatamente o les diré a Walter y Ronin que lo hagan, te lo advierto!

Walter y Ronin miraban inquietos, esperando. Habían oído los gritos de su ama y estaban preparados.

Pol miró de reojo a los dos perrazos que se acercaban despacio.

Se frotó contra ella.

—Te estaba gustando, no sé por qué no podemos continuar —dijo mientras su pene se ponía cada vez más duro.

Ella le miró asqueada.

—Esto no es hacer el amor, es un intento de violación. No querrás que dé la orden a los perros.

—Eres una puta. Estabas aquí, dormida. Cualquiera podía haberse echado encima de ti, violarte y te hubiera gustado, pero yo no, ¿verdad?

Seguía moviéndose mientras ella había decidido quedarse quieta. Si daba la orden, los perros saltarían a su cuello y no sabía si pararían.

Él le agarró el pecho con una mano debajo de la camiseta y con un par de empujones, se corrió dentro de los pantalones.

—Tú te lo pierdes, guapa. Te hubiera gustado —dijo señalándose el abultado paquete todavía latente.

Ella le apartó asqueada.

—Tienes razón, no debí quedarme dormida, pero jamás me acostaría con un hombre como tú. No sé cómo no me di cuenta de lo repugnante que eres. Tú,

que te las das de «demócrata», eres un violador.

Él la abofeteó. Walter y Ronin gruñeron y le amenazaron con los colmillos fuera.

Pol retrocedió.

—Venid aquí. Quietos conmigo. Márchate o no tendré ningún problema en lanzarlos a tus huevos y te advierto, ¡no vuelvas acercarte a mí jamás!

Pol se fue rápidamente sin mirar atrás. La muy zorra le había calentado hasta correrse, pero algún día la tendría del todo. Acariciaría sus tersos pechos y le enseñaría que el sexo puede ser duro desde su punto de vista, donde cualquier lugar y orificio es apto para ello. Probablemente invitaría a sus antiguos colegas del barrio de Ciutat Vella, con los que todavía contaba para cuando iba a manifestaciones violentas de carácter político. Saborearían a gusto una niña bien catalana.

Laura temblaba todavía. No podía creer que Pol se hubiese comportado así. ¡Casi la había violado! Menos mal que había mantenido la calma. Aun así, le había estrujado salvajemente los pechos y se había corrido encima de ella. Menos mal que no se había atrevido

a hacer nada más. Si no, no hubiese dudado de enviar a sus dos perros por él.

Si le hubieran hecho algo, seguro que los sacrificaba, tenía muy buenos contactos.

Aún temblando y con dolor por la bofetada, salió del parque. Probablemente nunca volvería a su rincón favorito. Ahora solo le traería malos recuerdos.

Abrió la puerta y los perros entraron alegremente hacia su comedero.

Andy estaba sentado en el sillón, con el portátil en sus piernas, y la miró cuando entró.

—¿Qué te ha pasado? —Se levantó rápidamente casi tirando el portátil al suelo.

—Nada...

—Llevas la cara roja y, desde luego, no estás nada contenta. ¿Qué ha pasado?

Ella no pudo más y se echó a sus brazos llorando. Sacando entonces los nervios y la tensión acumuladas. Andy la rodeó sin saber qué hacer. Ella lloraba abrazándolo. La condujo hasta el sofá sentándosela encima, consolándola, intentándola calmar. Al cabo de unos minutos, ella paró y se

quedó echada sobre su pecho, sincronizando la respiración con la suya.

—¿Qué ha pasado, *my dear*? —preguntó suave

—No puedo, yo....

—Tranquila, cuando puedas. Yo estoy aquí.

—Ha sido una experiencia muy desagradable.

Laura le contó ya más calmada parte de lo que había sucedido, sin entrar en los detalles más desagradables. Andy tensaba la mandíbula, pero dejaba que ella se desahogase. Tenía ganas de destrozar al tal Pol, de darle una paliza y mandarlo al hospital.

¡Cómo podía haberse aprovechado de ella mientras dormía!

Ella acabó rápidamente y le miró.

—Tienes que denunciarlo. Yo te acompaño a la policía.

—No, él trabaja en un banco. Además es concejal del ayuntamiento y tiene muchos conocidos. Por otra parte, a nosotros no nos conviene publicidad. Vamos a ignorarlo y a olvidarlo.

—Yo te ayudaré a olvidarlo y, lo siento, pero si se te acerca, se las verá conmigo.

—Tranquilo, tengo a Walter y Ronin, él no se acercaría con ellos. Han recibido mi orden y el ya no es «amigo».

Andy acarició su cabello con cuidado. Ella se recostó de nuevo en su pecho. Sabía que se estaba mostrando débil, pero necesitaba un consuelo, necesitaba un hombro sobre el que llorar y unos brazos que le arropasen. Siempre había sido muy independiente pero ahora se sentía mal, incluso sucia.

Desde muy pequeña había sido una niña solitaria. Su madre había dejado su trabajo y como su hermana mayor despuntaba como modelo de niña, la acompañaba a todos los sitios. Fotógrafos, pasarelas, la niña era todo un bombazo. Laura se quedaba en casa, con su padre, centrada en sus estudios, leyendo. Muchas veces iba con él a la fábrica de quesos, le ayudaba en la oficina, incluso le enseñó su receta “especial”, con la que fabricaba los mejores quesos de toda Cataluña. Aunque vio que ella tampoco seguiría el negocio, al menos podía compartir con ella sus preocupaciones, sus nuevas ideas, los diseños de las etiquetas... lo que ya no podía hacer con su esposa, que se dedicaba en cuerpo y alma a Eli, su ya famosa modelo.

Laura lo sabía y aunque echaba de menos a su madre, se encontraba muy a gusto con su padre.

«Somos un equipo», le decía él siempre, como para consolarle de que su

madre apenas la mirase.

Llegó un día en el que Eli voló por su cuenta y no necesitó más a su madre, así que ella había vuelto a su masía, con su marido, donde se moría de asco y se había vuelto una amargada. Echaba de menos el glamur de las pasarelas, su sueño, que había podido llevar a cabo su hija. Tras entregarle los mejores años de su vida, Eli la dejó tirada.

Laura tampoco le hacía mucho caso y su padre estaba volcado en el trabajo. Decidió buscarse otras diversiones en forma de hombres jóvenes, que la hacían sentirse bella. Aún lo era, a sus cincuenta y cinco años. Laura estaba segura de que su padre lo sabía, pero no hacía nada. Así vivían una mentira que frente a amigos y conocidos, era de lo más conveniente.

Ella no quería vivir así. Quería un matrimonio por amor, un matrimonio sincero.

«Bien que he comenzado. Nada de lo que quería se ha cumplido». Y sin embargo, no podía estar más tranquila que en los brazos de Andy.

12. ¿HAY BODA?

Geordie caminaba de arriba abajo en su despacho. Las cosas se habían complicado más de lo debido. En un mes debían casarse. Andy volvía para el papeleo esta semana. Parecía satisfecho de su prometida y de su futuro entrenador, pero casarse tan rápido... tendría que dar una explicación convincente a sus padres. Esperaba que Kass no se enfadase mucho. Temía a su madre. Era una mujer con gran carácter. Adoraba a su único hijo y lo defendía como una auténtica pantera.

Aún recordaba cuando se lesionó hace dos años y tuvo que llevarle al hospital. Incluso sus padres discutieron con el entrenador por haberle dejado jugar sin haberse recuperado de la lesión anterior.

En la zona donde vivían, la familia era muy conocida. El padre de Andy era un tipo alto y enorme, al contrario que su bajita esposa. Reía con facilidad y, sobre todo, era feliz viendo a su familia. Ahora, con su granja y la idea de Bill de la producción de queso, estaba ilusionado y en el fondo, sabía Geordie, estaba deseando que Andy se incorporase a la granja, aunque ambos respetaban las decisiones del chico.

Solo que esta vez, iba a ser una decisión muy importante. Se casarían en Barcelona, una boda en la que ni siquiera su madre podría estar. Sería un gran disgusto para ambos.

«Es necesario», se repetía una y otra vez sintiéndose absolutamente culpable.

Él no viajaría a Barcelona, pues tenía más deportistas a su cargo y dejaba a Andy en muy buenas manos. Así que continuamente vería a Kass y no quería ni imaginarse su mirada acusadora.

«Es lo mejor para el chico, y ella tiene que reconocerlo», volvió a decirse mientras se rascaba la cabeza casi sin pelo.

Una video llamada interrumpió sus pensamientos. Se acercó al portátil para responderla.

Andy le llamaba.

—Hola, Geordie, ¿qué tal va todo? —le habló en inglés, Geordie apenas hablaba español.

—Bien, bien. Preparando tus papeles, los permisos para la boda. ¿Cómo lo llevas?

—No hay problema. Estoy contento —dijo Andy sonriendo.

—Oye, Andy. Te veo muy contento. ¿No te estará gustando esa chica? Recuerda que cuando pasen las Olimpiadas, si sale todo bien, te irás al equipo estadounidense. No te vas a quedar en España para siempre.

—Lo sé, Geordie. Mi carrera es lo primero. Te lo aseguro. Pero al menos, la chica es agradable.

—Me alegro. Mañana tienes billetes para la vuelta. ¿Has pensado cómo se lo vas a decir a tus padres?, ¿a tu madre?

—Ni siquiera se lo he dicho a Sue. Geordie, no puedo darle ese disgusto a mi madre. No vuelvo. Envíame los papeles por valija o como sea, pero no quiero ir hasta allí, decirle a mi madre que me voy a casar en España y volver aquí. Soy su único hijo. Bastante triste se pondrá cuando se entere, pero si le digo que fue algo impulsivo, puede que no se enfade tanto.

—Sí, quizá sea buena idea. Arreglaré todo para que te quedes allí. Pero vas a tener que estar un mes, o por lo menos veinte días conviviendo con tu prometida. ¿Estarás bien?

—Sí, desde luego que sí. —Andy lo decía realmente convencido.

Geordie observó al muchacho mientras le contaba sobre sus andanzas por Barcelona. Estaba tan ilusionado. Más valdría que arreglase pronto todo o no podría entrar en el equipo olímpico y darse a conocer. Su contacto, William, del equipo norteamericano de atletismo, se negaba a fichar al chico todavía. No era demasiado conocido. Pasar por las Olimpiadas de Río sería un puente para su lanzamiento. Nunca había visto a un atleta tan completo. El triatlón era su especialidad, pero también era bueno en otras disciplinas olímpicas, muy versátil, casi no podía creer cuando aceptó que lo representase.

Tenía otros atletas y en su día fueron muy famosos, pero casi todos le habían dejado. Ahora Geordie debía mucho dinero por su maldita afición a las cartas y se la estaba jugando por el chico.

Si algo fallaba, Meller y Berdier le darían tal paliza que posiblemente acabaran con él. No solo eso, había cedido el noventa por ciento de la ficha de Andy a Meller, por lo que, en realidad, el chico les pertenecía y todos sus logros pasarían a ellos. Fue un ultimátum y gracias a que vieron las posibilidades del chico, le dieron un mayor plazo.

Por supuesto, nadie sabía nada, menos Andy. Se despidió brevemente del alegre joven.

Andy cerró el portátil. Había tomado la decisión de no volver para no disgustar a su madre, sobre todo, pero tampoco quería dejar sola a Laura. No tras lo que le había pasado. Le había comentado que tendría que quedarse allí, durante unos días, hasta la boda y ella había estado de acuerdo.

Tras el incidente del jardín, Laura se sentía nerviosa. Agradeció que Andy se quedara durante unos días más, aunque poco a poco se iba reponiendo, cobrando fuerzas y dándose cuenta de que ella era capaz de enfrentarse a sus problemas con Pol y que, si se lo volvía a encontrar, no le pasaría lo mismo.

Ella era una mujer completamente independiente, que había salido adelante por sus propios méritos. Cierto es que todavía no se había estabilizado, pero su hipoteca ya había desaparecido y se había matriculado en una academia para sacar las oposiciones. Al año que viene ella estaría dando clases en un colegio y quizá tendría alguna relación estable.

Miró con nostalgia a Andy que hablaba con su representante como hacía a menudo. El chico era buena persona, muy atractivo. Gracias a él, podría cumplir sus sueños. Le iba a echar de menos. Ya llevaban unos cuantos días conviviendo y, excepto por el tema de la comida, se llevaban bastante bien.

No habían vuelto a hablar de aquella noche, del sexo tan estupendo que tuvieron, ni siquiera se habían besado, no en privado. Ella se sentía un poquito decepcionada; por otra parte, era mejor así. Sin ataduras.

Revolvió su té con limón. Estaba esperando a Elena para ir a dar una vuelta. Andy iría a entrenar como todas las tardes. «Debe mantener ese cuerpo serrano», decía Elena sonriendo.

Andy cerró su portátil y se fue al dormitorio a por su bolsa de deporte.

—Disfruta con tu amiga, dale recuerdos —dijo amablemente mientras se iba.

Laura le sonrió. No pasaron ni diez minutos cuando tocaron a la puerta.

—¡¡¡Abreeee!!! —gritó Elena tras la puerta.

—Hola, guapetona —le dijo Laura mientras recibía a su gran amiga y le daba dos besos.

—¿Está el señor macizo por aquí? —le dijo en voz baja.

—No, acaba de irse a entrenar —rió Laura.

—Uff no sé cómo aguantas sin tirarte encima de él. Está buenísimo. Seguro que todo él es perfecto. ¿O quizá la tenga pequeña? Dicen que los musculitos no desarrollan ese músculo. —Terminó riéndose mientras dejaba el bolso en el sofá y saludaba a Walter y Ronin.

—No, qué va. Está muy bien —contestó distraída. De inmediato se dio

cuenta de su error.

—¿¡Perdona!?! —dijo Elena subiendo la cabeza y casi arrinconándola contra la encimera de la cocina. —¿Cómo sabes tú que está muy bien? ¡Exijo detalles!

—Elena, no te interesa. Además, solo fue una vez

—Ahhhhhh —dijo fingiendo que le daba un infarto —¿Por qué no me lo habías dicho? Estoy indignada.

Laura miró divertida cómo Elena subía la nariz y giraba la cara.

—Está bien, señorita indignada. Vamos a la terraza y te lo cuento. Pero sin pelos ni señales.

Salieron a la terraza con dos té con limón y se sentaron a disfrutar de los últimos rayos de sol del final del día. El tiempo todavía se conservaba cálido y aunque solo Andy se atrevía a bañarse en su mini piscina, se estaba bien en el jardín.

—Vamos, empieza ya que me muero de ganas de saber

—Bueno, simplemente, el día de la cena, ya sabes, cuando nos fuimos, íbamos los dos un poquillo bebidos y surgió, sin más.

—No seas tan sosa. No creo que fuera un aquí te pillo y aquí te mato. No con semejante ejemplar. ¿o sí lo fue? ¿y aún seguís, ya sabes, practicando?

—Noo, ya no. Fue muy bonito y el tío está bien, bien, ya sabes. Y lo hace muy bien, si es lo que me vas a preguntar a continuación.

—Y ¿por qué no lo hacéis ya?

Laura cerró los ojos. ¿Por qué no se habían vuelto a acostar, si a ambos les gustó? Desde que pasó el incidente del jardín con Pol, no había habido ningún acercamiento por su parte. Eran como compañeros de piso. Educados, corteses, se saludaban, se miraban; él iba a sus entrenamientos, ella a la academia. De vez en cuando salían y fingían acaramelados una relación que no tenían. Ella sentía su distanciamiento, aunque no era frío.

Laura sentía que, de alguna manera, el incidente con Pol les había afectado. Tal vez él pensaba que ella lo había hecho a propósito, que le había provocado o quizá no quería acercarse a ella por otro motivo. Puede que pensara que era mejor no complicarse la vida, no habían vuelto a hablar de nada de ello.

—Elena, hay otra cosa que no te he contado. Se trata de Pol.

Elena fue cambiando de rostro conforme Laura le confesaba con todo detalle lo que le había pasado con su ex. Estaba horrorizada. Abrazó a Laura, que

terminó casi llorando.

—Lo siento mucho, cariño. Habrás denunciado, ¿no?

—No, no lo he denunciado. Pero si lo vuelvo a ver le echaré a los perros.

—Deberías denunciarlo, te intentó violar.

—Lo sé, pero la carrera de Andy está en vilo. No quiero complicarle la vida y la verdad, no se repetirá, estoy segura. Pol quizá se obsesionó conmigo...

—¡No lo estarás defendiendo!

—En absoluto. Solo digo que no se repetirá. Además de mi spray de pimienta, mis dos guardianes ya no lo consideran «amigo» y tengo un tío de dos metros casi viviendo conmigo. Me siento segura, Elena.

—Lo siento tanto. —Abrazó con más fuerza a su amiga.

—Estoy bien, tranquila. —Laura se deshizo nerviosa del abrazo.

—Muy bien, pues esta tarde, nos vamos a ir a dar una vuelta, iremos a pasear por las Ramblas, tomaremos un helado en Di Marco y, si quieres, podemos ir a ver ¡trajes de novia!

—Cierto, tengo que buscar un traje adecuado. Algo sencillo, no quiero nada extravagante.

—Podemos ir a la tienda de mi tía Rosa, tiene ropa de diseño.

—Elena, no me lo puedo permitir. ¡Rosa Clará! Tu tía es una gran diseñadora y sus vestidos valen más de dos o tres mil euros, ¡ni lo sé!

—Primero, mi tía nos hará buen precio. Segundo, ahora sí puedes. Has pagado tu hipoteca y tienes, según me dijiste, un sueldo de mil euros al mes, más la cantidad que te ha sobrado, ¡date un capricho!

Elena tomó a Laura por los hombros, la miró a los ojos con el cariño de una buena amiga que quiere lo mejor para ella.

—Tienes razón; mi primera boda tiene que ser algo especial. Iremos a ver a tu tía, ¡tras comernos un helado!

Elena y Laura salieron animadas hacia el centro. Paseaban divertidas viendo los turistas que fotografiaban cada uno de los instantes de la vida de tan efervescente vía. Al final se dirigieron hacia la tienda de la tía de Elena, una gran diseñadora internacional afincada en Barcelona. Elena la había llamado y les estaba esperando en su despacho privado, con unas pastas y un té. Casualmente estaba en Barcelona por el lanzamiento de su nueva colección.

—¡Qué lujo! —susurró Laura al entrar.

—¡Bienvenida, Elena! —dijo la diseñadora abrazando a su sobrina. —¿Eres Laura?

—Si, un placer.

—Encantada, eres muy guapa y tienes muy buena figura, ¿llevas alguna idea en concreto? —dijo mientras se iban a su despacho.

—La verdad es que no, pero quiero algo sencillo.

—Elena me ha dicho que la boda es civil y en un mes. Así que algo no muy de invierno. A ver, cabello castaño y piel tostada. Creo que tus colores son los tostados, quizá algún turquesa, ¿te gustan las puntillas?

—No, la verdad, o no sé... quiero algo sencillo. Nada recargado.

—Está bien, vamos fuera, a la tienda, y vamos probando.

Dos empleadas se acercaron diligentes a ella, tomándole alguna medida. Estaba claro que con su tipo de modelo no habría problema, pero la práctica de deporte le había regalado unos hombros más anchos de las medidas de los modelos y habría que disimularlos.

Tras dos horas y media probándose unos veinte vestidos, Laura se decidió por un vestido de fiesta corto clásico de costura, con cuerpo de encaje y falda de piqué, con escote caja y manga francesa, en color beige. La cinturilla llevaba un lazo en forma de flor y las mangas eran también de encaje. Estaba preciosa.

Allí mismo escogió unas sandalias de tacón a juego y un pequeño bolsito. Llevaría el pelo recogido, pero sin tocado.

Eso es todo lo que ella consentiría ponerse.

13. LA FAMILIA Y UNO MÁS

—¿Mamá?

—Hola Eli, ¿qué tal por Milán?

—Ya he vuelto, especialmente para tu cumpleaños, mami querida. Ah, por cierto, el otro día vi a Laura...

—Hace días que no la veo. Está estudiando la oposición me ha dicho.

—Sí, sí, estudiando. Está muy ocupada, mamá —Eli rió, conspiradora.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu hijita tiene novio, ¿no te ha dicho nada? — dijo malévolamente.

—No. Vaya, es una sorpresa. Espero que no sea uno de esos hippies con los que se relaciona.

—No, ya verás, mami. Tú dile que lo lleve para tu cumpleaños, así lo conocerás.

—Si, claro. Se lo diré.

La llamada llegó rápidamente, casi tras colgar con su hija mayor, llamó a la pequeña. Sabía que estaría o paseando a esos dos chuchos a los que quería más que a su familia.

—Hola, Laura.

—Hola, mamá.

—¿No tienes nada que decirme?

«Ya se había ido de la lengua, la muy...»

—¿Qué quieres que te diga, mamá.

—Mujer, que tienes novio. Ya lo puedes traer el fin de semana a casa. Quiero... queremos conocerlo.

—En realidad papá ya lo conoce. Nos encontramos un día por el centro paseando.

—¿Cómo?! Si no me ha dicho nada

—Yo le pedí que no lo hiciera. Quería decírtelo personalmente.

—Ya, como no me vienes a ver. Estás ocupada con tus perros y ahora con ese novio. No será un anarquista de esos con los que sueles ir.

—No mamá, es deportista y es australiano, así que no habla mucho español.

—Madre mía, un australiano. ¿No será negro?

—¡Mamá! Basta ya. Te dejo.

Su madre, como siempre, sacándola de sus casillas. Ya tenía los nervios a flor de piel por los últimos acontecimientos, por la próxima boda, y por la

convivencia tan aséptica, como un quirófano. Ni un roce, ni una mirada cómplice. Mucha amabilidad, educación y sonrisas francas. Casi era como si fuera un colega en lugar de su prometida.

Después, cuando estaban en la calle, era todo un encanto, tan atento con ella. Eso le ponía ilusionada por momentos y seria en otros. A veces se imaginaba cómo sería si de verdad fuera así siempre.

«Tonterías. Recuerda que es un contrato, al que le quedan cinco meses de vigencia. Punto». Después de hablar con su madre siempre necesitaba un momento de calma. Incluso algo para «alejar» las malas vibraciones que le transmitía. Aunque eran las nueve de la noche, se puso un viejo disco de jazz en francés, en su joya de tocadiscos. Era de su padre, que a su vez lo había heredado de su abuelo, y ella lo atesoraba como un maravilloso regalo. Seguramente hoy en día no mucha gente lo apreciaría. A ella le salvaba en momento así.

Puso la aguja con mucho cuidado en la segunda pista del Lp que tanto le gustaba. Estaba cantada por Edith Piaf y sonaba de vicio en el tocadiscos.

Se puso a cantar a voz en grito.

*Ma chambre a la forme d'une cage
Le soleil passe son bras par la fenêtre
Les chasseurs à ma porte
Comme des petits soldats
Qui veulent me prendre
Je ne veux pas travailler
Je ne veux pas déjeuner
Je veux seulement oublier
Et puis je fume*

...

Así fue como la encontró Andy, que regresaba cansado del entrenamiento. Bailando y cantando en francés por todo el salón. Walter y Ronin le miraban con la cabeza ladeada, mientras ella bailaba dando vueltas y usando una cuchara de madera como micrófono. Estaba descalza y llevaba unos pantalones cortos que dejaban ver sus largas piernas. Añoraba su piel demasiado.

Hasta ahora había aguantado, para no complicar las cosas. A punta de

desahogarse en la ducha porque se hacía difícil vivir con una mujer tan inteligente, preciosa, y fascinante. Poder besarla ligeramente fuera de casa, tomarla de la cintura y aquí, nada. Sobre todo, después de lo que le pasó con ese indeseable, al que si lo encontraba, le iba a imprimir su puño en la cara.

Gracias a que ella era muy fuerte, había superado todo, o al menos eso parecía. No lo había denunciado para no complicarle a él la vida. El seguía mirándola desde la entrada mientras el tocadiscos avanzó a la siguiente canción, *La Vie en Rose*.

Laura se quedó quieta y se abrazó, balanceándose suavemente, bailando consigo misma. Como un imán y sin poder evitarlo, Andy se acercó a su espalda. Ella se sobresaltó ligeramente, pero enseguida supo que era él. La giró hacia él y ella deslizó sus brazos hacia su cuello, mientras él la tomó de la cintura. Se movieron suavemente mirándose a los ojos, hasta a la próxima canción: *Que reste t-il-de nos amours?* Él la giró en una vuelta un poco torpe, pero ella rió, sin apartar la vista de sus ojos.

Ella cantaba en francés, cautivándole con su voz, aunque no entendía nada de la letra, pero sí el sentido. Andy se acercó, despacio, besándola con sus ojos primero, deseando probar de nuevo el sabor dulce de sus labios. Ella cerró los ojos y se acercó, rozando los suyos. Entonces, el joven avanzó sin dudar, besándola con la fiereza de tantos días de deseo reprimido, a lo que ella respondía sin tregua, una dulce batalla de deseo que se libraba en un salón inundado de melódicas canciones de jazz.

Acabaron tirados en el sillón, mientras sonaba *I love Paris*. Laura había conseguido echar al grandullón en el sofá mientras le quitaba la camiseta y ella misma se la quitaba rápidamente, los besos se sucedían ansiosos, hambrientos de piel, de roces y de deseo. Ella se quitó rápidamente el pantalón y la braguita, y bajó el pantalón del chándal que vestía Andy.

Se sentó sobre él, mientras le besaba por todo el torso, el abdomen y bajaba. Él se encontraba tan excitado que realizaba verdaderos esfuerzos por aguantar un orgasmo explosivo. Ella le besó el miembro y lo lamió con verdadero deleite pero tampoco quería esperar mucho, así que se puso encima de él y lo introdujo de un embiste dentro de ella. Ya había decidido tomar anticonceptivos, por si acaso.

Él suspiró de placer y comenzó a arquearse, pero ella lo paró.

—Me toca a mí moverme—dijo traviesa.

Así que comenzó un movimiento rítmico, cadencioso, con un balanceo suave

que le volvía loco de placer, igual que a ella. Él acarició sus caderas y subió la mano hasta acariciar tiernamente sus pechos y ella se inclinó a besarle, con pasión desmesurada. Sus lenguas jugaban entre ellas, hasta que ella se incorporó, su orgasmo se acercaba, él la sujetaba de la cadera pero Laura llevó sus manos a sus pechos, que estaban especialmente duros por la proximidad del fin. Él todavía se excitó más al ver la excitación de la hermosa mujer que se movía sobre él. Estaba a punto de acabar cuando ella hizo un movimiento ondulante y tuvo un gran orgasmo; él no pudo aguantar más y se corrió dentro de ella. Ambos con los últimos espasmos del orgasmo, se abrazaron sobre el sofá, casi desnudos, pero enormemente satisfechos.

Frank Sinatra cantaba, en su disco de recopilación de Jazz, «... *in other words... I love you*».

Laura miró a Andy, que tenía los ojos entrecerrados. Tras el intensivo entrenamiento al que sabía que lo llevaba Jordi, ella le había agotado.

Lo besó castamente en la mejilla, sin sacarlo de ella. Le encantaba cuando, después de hacer el amor, podía quedarse unos minutos así, con sus palpitantes partes unidas en un mismo latido, sudorosos, y relajados. Ella temió que, de alguna forma, se había enamorado de él, pero solo eran unos extraños en la noche.

14. SOY FIEL

Andy se levantó de maravilla esa mañana. Después de hacer el amor, habían cenado riéndose y, aunque se habían ido a dormir cada uno a su cama, el ambiente había cambiado de alguna forma.

«¡Qué tonto he sido! ¿Por qué he pensado que ella no quería acostarse conmigo?», se sintió más relajado que nunca.

Laura estaba en la cocina preparando unas tortitas con trigo sarraceno que a él, curiosamente, le encantaban. Llevaban leche de almendra y algo de miel. Con un café americano eran un desayuno delicioso, aunque no tanto como la compañía.

Hoy Laura llevaba una camisola corta y el pelo recogido con una pinza, medio despeinado, y sin embargo, estaba más bella que nunca.

Andy salió de la ducha y cruzó hacia la habitación pasando por delante de ella en la cocina. Le sonrió y ella le devolvió la sonrisa mientras se limpiaba un dedo en la boca, chupándolo inocentemente, pero que hizo que se excitara como si hubiera visto algo mucho más provocativo. Ella no sabía el potencial sexual que tenía, o al menos la reacción que le provocaba.

Hasta Jordi se lo había dicho un día.

—Andy, ¿te estás colando por Laura? — le preguntó un día a bocajarro, explicándole el significado de «colarse» por una persona, pues, aunque su castellano era excelente, no captaba ciertas expresiones más coloquiales.

Él se sonrojó. —No sé, Jordi, ella realmente es especial.

—No es conveniente, aunque a mí me caiga muy bien Laura; piensa en tu carrera. Si te vas a Estados Unidos el año que viene y te sometes a los duros entrenamientos que te esperan allí, no vas a tener tiempo para una relación. Solo seréis desgraciados los dos.

Andy pensó que posiblemente tuviera que elegir. Por otra parte, no sabía si ella sentía algo por él.

Se dirigió a la habitación para vestirse, mientras Laura contestaba al teléfono. Cuando salió, ya no estaba de buen humor, ni sonriente.

—Tenemos que ir al cumpleaños de mi madre, este fin de semana. Ambos.

—Bueno, supongo que es normal, ¿no? Algún día tenías que presentarme.

—Tú no conoces a mi familia. Conoces a mi hermana, pues mi madre es peor y no sé si mi padre llevará muy bien que «vayamos en serio». Siempre quiso que me comprometiera con su socio, Jaume, para que ambos llevásemos

la empresa. ¿Sabes? —suspiró Laura— mis padres habían decidido mi vida antes de que yo pudiera pensar qué quería hacer con ella. Por eso no quiero saber nada de ellos.

—Lo siento, Laura. ¿Quieres que no vaya?

—Qué va, al contrario. Me gustaría que vinieras y que se dieran cuenta que ya soy mayor para tomar mis propias decisiones, como comprometerme con el hombre más guapo de Australia —sonrió finalmente Laura.

—Si quieres, incluso puedo ponerme esa camiseta que me viene pequeña y que dices que me «marca todo» —continuó con la broma Andy. —Yo te apoyo, Laura. En lo que sea.

—Gracias, Andy. Puede que para ti sea un buen contrato para conseguir la nacionalidad, pero para mí también es un buen trato. Con el compromiso contigo, mis padres dejarán de molestarme durante una buena temporada. Por cierto, que sepas que la afición de mi hermana ha sido siempre quitarme lo que es mío. Desde camisetas hasta novios, así que no te extrañes si intenta algo.

—No te preocupes, soy fiel a mi mujer.

Andy dio un mordisco a su tortita después de decir esa frase que le llegó al corazón a Laura. Algo tan sencillo y, sin embargo, le había vuelto del revés el cerebro. Ahora no sabía ni lo que estaba haciendo. Fue a por una manzana para disimular, pero la había trastornado más de lo que ella hubiese querido.

«Nena, estás loca por este tío», le dijo la voz de su conciencia.

—Bien, ¿cuál es el plan? —preguntó Andy mientras tomaba una segunda tortita y le echaba una cucharada colmada de miel de romero.

—Nada, iremos el sábado por la tarde, para estar el menor tiempo posible. Dormiremos allí y el domingo celebraremos el cumpleaños de mi madre. Suele invitar a sus dos hermanas y vienen acompañados por sus hijos y tal. Serán como unas veinte personas. Tengo además que contarte algo más de la historia de mi familia. Ya te conté que mi padre tiene una fábrica de quesos en las afueras de Barcelona. Quizá no te dije muchos detalles, en realidad es uno de los principales proveedores europeos de queso fresco y desde, hace unos años, de yogures bio. Tiene más de trescientos empleados, así que bueno, le va bien.

Andy le miraba asombrado, pero sin decir nada. No sabía que su familia pudiera tener tanto dinero.

—La cosa es que tenemos una masía en un pueblo cercano, a veinte minutos del centro, donde viven mis padres, bastante grande para ser de aquí. Unos

cuatrocientos metros de casa y un par de hectáreas de terreno. Ya sé que tu granja tiene muchos más, pero en Barcelona es una rareza. Quiero decir, que, aunque yo no tenga dinero, mis padres lo tienen, y siempre han mirado a los candidatos con lupa, por el tema de la herencia.

—En ese caso, pueden estar tranquilos. Yo soy hijo único y la granja de mis padres tiene como cuatrocientas hectáreas. —Sonrió travieso Andy. —No te quiero por tu fortuna, sino por tu cuerpo.

Diciendo esto, se lanzó hacia la sorprendida Laura, besándola con sabor a miel, y levantándola sobre la encimera de la cocina, para llegar a una altura perfecta en que se encontraran sus dos sexos. Laura estaba sorprendida, pero encantada de ese arrebató, le besó apasionadamente. Él comenzó a bajarle el tirante del camión, besándole el hombro, mordisqueando suavemente su erizada piel. Sus pezones duros se clavaban a través del camión en el torso desnudo del hombre, que se había hecho un hueco entre las piernas de Laura, entrelazadas en su cintura.

Su miembro palpitaba junto a ella, y otra vez, iban a comenzar, insaciables, hambrientos, pero no por el desayuno, que habían abandonado por algo más divertido y placentero.

Un golpe en la puerta les interrumpió su no iniciado acto. Laura apartó con desgana a Andy, que tuvo que irse a la ducha de nuevo pues su erección no sería fácil de bajar. Quizá con agua fría. El la miró con pena, pero ella encogiéndose de hombros, se dirigió a la puerta.

—Hola, buenos días. Hoy nos vamos a la peluquería —dijo Elena sin dejarle contestar.

—Ya te dije que no era necesario. Me conformo con ir ese día. No hay que probar varias opciones.

—¿No tienes el cumpleaños de tu madre este fin de semana? —dijo recordando los temores de Laura —Así irás bien peinada. Encima con ese bombón. Lo que daría yo por ver la cara de tu familia. ¿Por fa, me llevas contigo solo durante la primera hora?

Laura se tapó la boca para no darle alas a su ocurrente amiga.

—Me encantaría que pudieras ir. De hecho, te cambiaría el sitio.

—¿También con él? —dijo Elena señalando la puerta del baño donde se escuchaba el ruido del agua corriendo.

—Nooo. —sonrió maliciosa.

—Un día de estos me contarás todo, querida amiga y después, tendré que

darme una ducha bien fría.

Andy salió del baño, con la toalla en la cintura. La segunda ducha de la mañana. Sonrió a las chicas y se fue silencioso a vestirse.

—Por favor, dime que no es hijo único. Dime que hay más hombres así.

—Es hijo único, Elena. Pero en seis meses estará divorciado, si quieres intentarlo.

—Ja, si no hay más que ver cómo te mira. Solo tiene ojos para ti.

—Eso es porque tenemos que fingir que somos novios. Nada más.

—Aquí no tienes que fingir y cómo te ha mirado, se me han humedecido las bragas. Seguro que tú las llevas mojadas también.

—Eso es porque nos has interrumpido.

—Ay, lo siento.

—Me voy a vestir y nos vamos a la peluquería, si no, vas a estar dando la paliza todo el día.

—Genial, y así me cuentas.

—Elena, no te voy a contar nada.

—¡Andy, nos vamos!

—¡¡Que tengáis un buen día!! —se escuchó desde la habitación

Andy salió diez minutos más tarde hacia el gimnasio. Aún estaba dándole vueltas a la conversación con su entrenador sobre Laura. Además, estaba preocupado porque Geordie le apuraba para casarse lo antes posible. No quería tener problemas con los papeles y estaba lo de Sue. Había recibido un mensaje pidiéndole explicaciones. Tuvo que inventarse un enamoramiento, una excusa. Ella lo llevó francamente mal.

—Eres un auténtico cerdo. No me esperaba eso de ti. ¡Cómo has podido hacerme eso! ¡Cómo has podido comprometerte en tan poco tiempo! ¿O ya me estabas engañando?

Una tras otra, las frases por la mensajería de las redes sociales le iban llegando a su teléfono. Él solo atinaba a decir lo siento, una y otra vez. Hasta que ella finalmente, cerró la comunicación y lo bloqueó.

Si en algún momento él pensaba que podría volver con ella, ahora para nada. Incluso le había enviado un vídeo gritándole, como una fiera. Se sentía tan culpable. En realidad, más cobarde que culpable, por no haberle dicho nada cuando tuvo ocasión.

Pronto llegarían las noticias a su madre. Aunque Bill lo sabía, no le había

dicho nada, pero los rumores en el barrio eran de lo más rápidos.

Esta tarde hablaría con ella. Le diría lo que habían preparado, lo del flechazo, y veríamos cómo se lo tomaba. No le contaría lo de la boda hasta que no hubiera pasado. En verdad tenía mucho respeto a su madre.

15. FAMILIA LEJANA

Kass miró el reloj de nuevo. Su hijo le había enviado un mensaje para que, a las diez de la noche, las dos en España, se conectara para hablar.

Estaba muy nerviosa porque, aunque Bill no le había contado nada, tampoco se lo había negado pero una amiga de la madre de Sue Chalton, la chica que tonteaba con su hijo, le había dicho que Andy se había comprometido con una española.

«¡Comprometido! Eso es imposible. Mi hijo no haría nada así. Con una extranjera, no la conozco»

Su esposo, Kevin, la miraba dar vueltas por el salón, recogiendo la cocina que ya estaba recogida, tomándose tranquilamente una limonada sentado en el sofá.

Ya había dejado de intentar hablar con su mujer, que estaba realmente nerviosa.

Una conocida canción sonó en el portátil, indicando que Andy estaba al otro lado de la línea.

—Por fin. —Se sentó impaciente en la silla de la cocina.

—Hey hola mamá, papá —saludó Andy al incorporarse su padre a la conversación.

—Hola hijo, ¿qué tal estás? ¿Comes bien? —comenzó su madre como todos los días

Él le había explicado que estaba alojado en casa de unos amigos, pero su madre ahora sospechaba que no eran amigos, sino una y amiga. O algo más.

—Sí, madre. Como todos los días y entreno mucho. Estoy disfrutando de la ciudad. Es preciosa. Te gustaría mucho.

—Me alegro mucho, Andy. Bueno, vamos al grano. ¿Es cierto o no lo que he oído?

—Bien—suspiró Andy. —Os habéis enterado. Quería comentarlo yo antes de que os llegase.

—Hijo, ¿estás seguro? —le dijo su padre

—Sí, ha sido algo inesperado, pero estoy seguro.

—Nos gustaría conocerla hijo, no sabemos nada, ni siquiera cómo se llama, o cómo es...si trabaja, o cómo es su familia...

Su madre se sentía desolada.

—Mamá, siento no haberos contado nada. Mejor que esto, os la voy a

presentar.

Andy se levantó de la silla y llamó a Laura que había vuelto de la peluquería, aunque ya se había deshecho el moño tras las doscientas fotos que le había hecho Elena desde todos los ángulos.

Habían decidido presentarse formalmente a los padres de Andy, ya que Bill les había comentado que lo sabían.

Hablarían en inglés, ya que sus padres no sabían mucho castellano.

—Mira mamá, ella es Laura. Laura, mis padres, Kevin y Kassandra.

—Kass, querido. Encantada de conocerte, Laura. Aunque ha sido algo repentino, nos alegramos de que Andy haya decidido comprometerse.

—Muchas gracias, sé que es muy rápido, pero bueno, hemos tomado una decisión.

—¿Estás embarazada? —soltó su padre de sopetón.

—No. —Laura se sonrojó.

—Papá, ¿tú crees que es forma de preguntar? —Andy pasó un brazo por el hombro de Laura.

—Está bien, solo quería saberlo y nadie lo preguntaba. Tampoco pasa nada. Ella es muy bonita, y tiene unos ojos preciosos. Mis nietos serían muy guapos. —terminó el hombre, convencido.

—Andy no nos ha contado nada, nos gustaría conocerte un poco más. Como supongo que sabes, es nuestro único hijo —dijo la madre, un poco más reticente.

—Lo comprendo. Mis padres tampoco saben nada. Este fin de semana les vamos a decir.

—Es una buena idea querida —dijo el padre — dentro de tres semanas os venís por aquí y así te conocemos. De todas formas, Andy tiene que venir a la fiesta de otoño. Jamás se la pierde.

—Bueno, este año, no sé... los entrenamientos...

—Tonterías. Os reservaré yo misma el avión y vendréis a la fiesta. Presentaremos a Laura a la familia. Así nos vamos conociendo.

Andy y Laura se miraron sin saber qué hacer.

—Está bien —dijo Andy. —Iremos. —Apretó la mano de Laura para darle ánimos.

—Estupendo, queridos.

Se despidieron enseguida; los mayores, a la expectativa de conocer a la joven. Los jóvenes, pensando en el lío que se habían metido. Este fin de

semana, una familia. Después, la boda rápida, que tenía que ser antes de tres semanas. Luego, cómo contar a la familia australiana que ya se habían casado y que, por tanto, su nuera no llevaría ni las joyas familiares, ni habría celebración, ni tío Jim se emborracharía y se tiraría desnudo al lago como hacía en todas las celebraciones familiares, desde hace ya más de cincuenta años.

Geordie ya le había enviado los documentos, el certificado de penales, entre otros. Y solo necesitaban demostrar que llevaba un año conviviendo con Laura. Los continuos viajes a España demostraban que había ido, pero convivir ya era otra cosa. Aún faltaban siete meses para las Olimpiadas, así que sería fácil justificar los otros cuatro, si éstos iban bien,

Casi temían más a las reacciones familiares que al papeleo.

Dos hombres leyeron el email que les había enviado Geordie. Bien, todo iba viento en popa. El chico pronto entraría en el equipo olímpico y entonces su ficha valdría mucho dinero. La venderían al equipo alemán o ruso. Nada de americanos, los europeos pagaban más y el chico iría donde ellos dijeran. Desde luego que sí. A menos que quisiera que a Geordie le «ocurriera» algo accidental o incluso a sus padres. Vivían muy aislados y podía pasarles cualquier cosa, sin que nadie se enterase.

16. ¡PREPÁRATE!

Laura salió a pasear a Walter y Ronin temprano como todas las mañanas. Tenía que sacarlos antes de viajar hasta la masía de sus padres.

«¡Menudo papelón!» Estaba más nerviosa de lo que quería aparentar. Toda la familia estaría allí y tenía que presentar a Andy. No es porque el chico pudiera avergonzarle, al contrario. Ella se sentía un poco temerosa de las reacciones de su familia. Normalmente eran serios, pero en las fiestas de cumpleaños era como si se quitasen una máscara y saliera la parte loca de toda la familia.

Su madre se ponía histérica, literalmente, para que todo estuviera perfecto. Cada cubierto a su sitio, cada silla recta y colocada a veinte centímetros de la mesa. La música al volumen correcto, la temperatura adecuada.... Su marido huía de la casa una hora antes, para no verse perseguido por su esposa que lo ocupaba en quitar inexistentes arrugas del mantel.

De hecho, procuraba estar trabajando hasta última hora, incluso en domingo. Se inventaba lo que fuera.

Luego estaba el tío Joan con su horrible esposa Irene y los más horribles hijos, Pere y Pau. Eran dos adolescentes insoportables. Menos mal que los últimos años solo tenían ojos para la videoconsola y para su prima Eli, que disfrutaba exhibiéndose por toda la casa con su porte de modelo famosa.

La tía Fidela que estaba sorda, o al menos eso parecía, aunque se solía enterar de conversaciones indiscretas, y el primo Albert, que venía siempre con su amigo Roberto, desde hace ya casi quince años, y del que eran incapaces de aceptar que no era su amigo, sino su pareja y, por supuesto, Eli. Ya había confirmado que estaría allí. También habían confirmado diez o quince amigos más, con lo cual sería una reunión bastante concurrida.

Abrió la puerta para salir a pasear a los perros que movían la cola tan rápido que el trasero parecía haberse vuelto loco.

Andy salió de la habitación en pijama.

—¿Me esperas? ¡Te acompaño a pasear a las fieras!

—Vale, claro. Te espero —contestó sorprendida Laura.

No le había acompañado a pasear a los perros ningún día. Él decía que en la granja los dejaba sueltos y ellos hacían lo que querían. Claro que, comprendía que no era una buena práctica hacerlo en Barcelona.

Salió a los dos minutos con un pantalón corto y una camiseta sin mangas.

Llevaba una gorra y gafas, como casi siempre por la ciudad. «¡Como si pudiera disimular lo bueno que está poniéndose una gorra!», sonrió Laura mirándolo.

—¿Qué sonríes? —preguntó inocentemente Andy

—Tú no lo sabes ¿verdad?

—¿No sé qué?

—El efecto que tienes sobre las mujeres. Vamos, lo bueno que estás. —
Sonrió pícara.

Andy se sonrojó.

—Lo siento, ¿quieres que me quede?

—No, en absoluto. Perdona. Es que eres todo un espectáculo con esa camiseta.

Andy se miró la camiseta sin comprender.

—Déjalo, vas bien —sonrió Laura abriendo la puerta. —Será a mi a quien tengan envidia.

Andy puso su brazo delante de Laura.

—En realidad, soy yo el afortunado de ir con una mujer tan atractiva. —Se acercó y le dio un dulce beso en la boca.

Salieron al parque que estaba a cinco minutos de su calle. Eran al menos las ocho de la mañana y no muchos paseaban a sus perros tan temprano un sábado.

—Me gustaría que me contases acerca de tu familia, sobre todo para no hacer algo que moleste.

—Más bien, temo que ellos te molesten a ti. No son gente muy agradable. —
asintió al ver la cara de Andy—de verdad. Son un poco raros. Solo espero que no te lo hagan difícil.

—Pero si tú eres simpática, ¿por qué ellos no lo serán?

—Yo soy una excepción —rió Laura— en muchos aspectos. Mi madre es un poco perfeccionista. Ella se dedicó mucho a mi hermana, cuando era pequeña, para convertirla en una gran modelo. Después, mi hermana contrató a un representante y dejó de viajar con ella. Eso la puso «nerviosa», por decir algo. Estuvo deprimida, pero bueno, se apuntó a baile o al gimnasio y está mejor. Mi padre vive por y para su empresa, con lo cual no se deja ver mucho. Yo estuve muy unida a él y durante mucho tiempo, siempre estábamos juntos, incluso le acompañaba al trabajo. Hasta que volvió mi madre y me independicé. También vive con nosotros nuestra tata, que fue la niñera de mi hermana y mía. Ella me dio el cariño que necesitaba cuando mi madre estaba

en Milán o París con mi hermana. Se llama Maruxa y es todo un carácter. Muy Protectora.

—Tendré cuidado. —Andy sonrió.

—Es la persona a la que más me importa, junto a mi padre, que les caigas bien. Los demás me da lo mismo.

—No seas así. —Pasó el brazo por su hombro, despertando el suspiro de una joven que paseaba su perro y no le había perdido de vista.

Laura se recostó en el hombro de Andy. Se sentaron en un banco. Los perros olisqueaban los árboles cercanos buscando el lugar perfecto.

—Hace un día maravilloso. Espero que no nos lo estropeen demasiado.

—Bueno, dentro de unas semanas conocerás a mi familia. Además, tendré que enfrentarme a mi madre por haberme casado de repente. Tú no sabes cómo es mi madre. Es todo un carácter, como tu Maruxa.

—Nos esperan unas semanas complicadas, pero nos mantendremos firmes, los dos, contra viento y marea...

Andy calló unos minutos, mirando pensativo hacia los árboles.

—A veces pienso que he complicado mi vida demasiado. Tal vez debía haber aceptado no estar en el equipo olímpico y esperar a otras competiciones.

—Lo que no comprendo es por qué no te escogieron. Jordi me dijo que estabas entre los mejores del mundo y que él tuvo mucha suerte de que te decidieras por el equipo español.

—Es una historia que viene de lejos. —Se levantaron para seguir paseando—. El seleccionador del equipo olímpico australiano, Stuart, tiene la edad de mis padres. Y era de la misma pandilla. Resulta que él comenzó a salir con mi madre por lo visto, pero luego apareció mi padre y ella se enamoró. Lo abandonó y desde entonces Stuart odia a mi padre. Por eso hizo lo posible por evitar que yo entrara al equipo, un poco por venganza.

—¿Es posible? —se escandalizó Laura.

—Eso es lo que me contó Geordie y creo que puede ser. Nunca me ha mirado bien. Cuando me dijo que tendría que irme si quería competir en las Olimpiadas, enseguida pensé en Jordi y venirme a España. Me gusta mucho tu país.

—Me alegro de que hayas venido —Le miró dulcemente.

—Yo también. En muchos aspectos —sonrió él.

Los perros ladraron un poco. Se acercaba Marcel con su perrita Luna.

—Bon día, Laura

—Buenos días, Marcel. Mira, te presento a Andy, mi ... novio.

—Mucho gusto, joven —saludó el anciano, dándole la mano.

—Me alegro de que tengas un novio guapo y alto. Es la primera vez que te veo con alguien así, Laura. ¡No lo sueltes!

—Quién sabe —dijo Laura soñadora.

Marcel se alejó con la sonrisa de las personas que, por su edad, conocen sobre la naturaleza humana. Era un tipo muy agradable. Siempre vestido de traje y con pajarita, no importaba la hora. Siempre con pocas palabras, pero acertadas. Más de una vez le había hablado de su familia. Pasear a los perros forjaba interesantes amistades que de otra forma jamás se hubieran dado.

Laura llamó a los dos perros que obedecieron enseguida. Los ató para volver hacia casa. Andy congeniaba de maravilla con ellos. Como nadie, excepto Elena.

La miró y la tomó de la mano. Sonrió deslumbrándola de nuevo, como esa mañana.

—Creo, que todo ha sucedido como tenía que suceder. Dejemos que todo pase... Luego, ya veremos.

—Tienes razón, mi cielo. Resolveremos los problemas conforme aparezcan. Ahora, ¿qué te parece si terminamos la tarea que ayer dejamos inconclusa?

Laura sonrió pícara. «Vaya si me gusta el sexo con este chico».

Volvieron a casa, apenas con el tiempo justo para lavarse las manos, se encamaron un ratito hasta la hora de comer. No les quedaba otro remedio que levantarse y, tras comer, se fueron para la masía. Elena les había prestado el coche y Laura condujo, un tanto nerviosa, hacia la casa familiar.

Andy llevaba una camisa blanca y vaqueros, con sus botas camperas «para parecer más australiano», decía riendo. Ella llevaba también una camisa azul turquesa que le favorecía y unos vaqueros anchos, de firma, que Elena había insistido en que se comprara. Con ellos, y unas plataformas, parecía una posible candidata a los ángeles de Victoria Secret, de tan sexy y estilosa que se veía.

Laura se aferraba con fuerza el volante del corsa rojo, mientras Andy se aferraba al asidero para no golpearse en la cabeza, que rozaba el techo del coche. Iba un poco nervioso, no solo por la visita, si no porque Laura era un poco kamikaze conduciendo.

—Podrías bajar la velocidad, ¿no te parece?

Laura se giró brevemente hacia Andy, dándose cuenta de lo tensa que estaba y de la velocidad que llevaba. Le sonrió y disminuyó la velocidad. Realmente, ¿qué podía pasar?

«Que se enteren de la farsa. Que tus padres te miren mal. Que tu hermana trate de quitarte al único tío que de verdad te ha gustado». Su voz de la conciencia le daba muchas opciones. Demasiadas.

Sacudió la cabeza, enviando a Andy el delicioso olor a canela de su crema corporal.

—Yo estaré contigo, y ¡lucharemos frente a los dragones!

Ambos rieron. Al menos, no estaba sola.

17. LA MASÍA

La finca se encontraba en Vich, a solo una hora de camino de su casa. Sus padres ya residían habitualmente allí desde que sus hijas se habían independizado. Su madre se quejaba del frío que hacía; la niebla que en invierno parecía envolver la ciudad bajaba la temperatura ambiente a los cinco grados bajo cero fácilmente.

Cuando vendió su explotación ganadera y se dedicó a hacer quesos, su abuelo acertó de pleno. El esplendor a partir de los años sesenta se culminó con la adaptación a los nuevos tiempos del hijo, que había incluso viajado a Europa para aprender las nuevas formas de presentar los quesos y dio con una fórmula exquisita. La mayoría de la producción se destinaba a la exportación. Rusia, China y Canadá eran sus principales clientes.

Le había ido bien, pero a costa de trabajar muchas horas. Abandonó un poco a la familia por darles todo tipo de lujos.

«Ojalá no hubieran tenido tanto dinero y más vida familiar», pensaba a menudo Laura. Sin embargo, era ella misma la que se había alejado en cuanto pudo.

Vich se veía ya en el horizonte. Andy observó asombrado las preciosas casas conforme se acercaban.

—Parece una ciudad medieval.

—¿Sabes que hay un KFC aquí? Y un templo romano. La verdad que tenemos de todo.

—Es un bonito lugar para vivir. Parece tranquilo, pero no demasiado pequeño. Es muy verde.

—¿Donde vives no hay mucha vegetación?

—En parte. En nuestra granja las vacas necesitan espacio y talamos bastantes árboles, pero le propuse a mi primo Bill volver a crear un espacio con bosque. Newcastle está junto al mar, como Barcelona. Solo que aquí no hay tiburones —terminó Andy guiñando el ojo.

—Sí tenemos, tiburones del mediterráneo. Se llaman tintoreras. Pero no son tan grandes como los vuestros, seguro. ¿Aun así hacéis surf? ¡Estáis un poco locos!

—Hay más muertes por accidentes de coche que por tiburones. En una ocasión yo surfeé junto a un tiburón blanco y no pasó nada. Tenía quince años.

—Seguro que eras un niño delgado y no había mucho que comer. Ahora te

daría un buen bocado —acabó riendo Laura.

La masía apareció al girar en el camino y Laura paró la risa de forma brusca. Una imponente entrada con verjas de hierro abiertas para recibir a los invitados daba paso a un camino de arenisca con árboles a ambos lados. Al fondo, se veía la masía, que se alzaba altiva con sus piedras claras y sus ventanas abovedadas.

—La masía fue construida en 1898 más o menos. Tiene unos treinta mil metros de terreno y unos seiscientos construidos en varios edificios. Incluso tiene una capilla —informó Laura—. Parte está destinada a las oficinas de la fábrica y negocios de mi padre, que está detrás. En un terreno colindante. Es decir, que igual te cruzas con tu madre que con un empleado de la fábrica. Mi padre pensó que así estaría más con la familia. Y fue justo al revés...

Andy la miró pesaroso. Él había tenido una bonita infancia y sus padres siempre le habían apoyado. Aunque no tenía hermanos, Bill y él se habían criado juntos, y tenía varios buenos amigos. Su madre era un tanto protectora, pero su padre a pesar de trabajar muchas horas, siempre encontraba un momento para ir a verlo entrenar o irse de acampada y a pescar.

Tenía ganas de abrazarla, consolarla y después besarla hasta que su sonrisa volviera.

Laura aparcó silenciosa delante de la fachada principal, donde ya había varios coches en fila.

—Bueno —suspiró Laura—. Llegó el momento.

Andy sacó del capó del coche las dos bolsas y le dio la mano a Laura apretándola cariñosamente para infundirle ánimos.

—Todo irá bien, *my sweetheart* —sonrió Andy.

Ella le miró. La verdad que con él las posibilidades de que saliera bien eran mucho mayores.

La puerta estaba entreabierta, dejando salir los grititos histéricos de la madre de Laura. Una mujer se acercaba por el pasillo de la derecha, moviendo la cabeza, enfadada. Era una señora de unos setenta años, bajita y con un delantal en el que se estaba secando las manos. Su pelo canoso recogido en una coleta baja aparecía revuelto y caminaba murmurando. De pronto levantó la vista.

—¡Mi niña!

—Marutxa. —Laura soltó el bolso y se fue corriendo con los brazos abiertos a abrazar a la mujer.

Tras abrazarse durante unos minutos, la mujer mayor se apartó.

—Estás más delgada, niña, ¿es que no comes? Con esa manía tuya de comer solo hierba te estás quedando en los huesos.

Miró hacia Andy.

—¿Este es tu novio? *Mare de Deu*, qué buen mozarrón has buscado. Hay que ver lo guapo que es. Me dijo tu madre que era del otro lado del mundo. Pero no es negro. ¿Habla español?

—Sí —rió Laura—, te ha entendido todo.

Andy sonrió deslumbrando a la mujer.

—Soy Marutxa y tú eres...

—Andrew, o Andy, como usted desee. —Se inclinó saludando a la mujer, quien sonrió satisfecha.

—Bien, bien, Andy. Bienvenido —dijo palmeando los fuertes brazos con agrado. —Vamos a instalaros y a huir de tu madre, que está muy nerviosa.

Subieron las escaleras del primer piso. Dormirían en la habitación de Laura, que hacía años había redecorado su madre como una habitación de invitados, guardando todas sus cosas en la bodega. Eso le molestó pero, como decía su madre, no iban a mantener una habitación de una niña en una casa que parecía un palacio.

Ahora tenía una cama de matrimonio y un baño propio. Casi tendría que darle la razón. Había dieciocho habitaciones en la casa de las cuales solo diez eran habitables. Los invitados se quedarían a dormir en su mayoría así que no había duda de que dormirían juntos.

—Dormiréis juntos aquí. Solo por una cuestión práctica, por supuesto. A tu padre no le hace mucha gracia, pero yo le dije que no harías nada que no hubieras hecho en tu casa y vaya, con este hombre yo haría cualquier cosa — terminó la mujer, dejándolos solos en la habitación.

—Andy, lo siento. Marutxa nunca ha tenido límite. Dice lo que le apetece y lo suelta sin pensar.

—Me cae bien. Además, me encanta dormir contigo.

Andy se acercó a Laura retirándole el pelo de la cara. Ella le sonrió. Se acercó para depositar un suave beso sobre los labios sonrosados.

—Vaya, ¡si está la parejita aquí!

—Mi querida hermanita. Te veo mucho más de lo que quisiera.

—No seas antipática, Laura. Quiero que me presentes formalmente a tu novio. Lo del otro día fue un error, yo no sabía —dijo haciendo un mohín.

—Andy, esta es mi hermana mayor —recalcando mayor—, Elisabet.

—Eli para los amigos y los cuñados. —Se acercó a Andy dándole un par de besos, demasiado cerca de su boca, para el gusto de Laura.

—No hay problema. De todas formas, yo no hubiera seguido en nada —aseguró Andy.

Eli se apartó haciendo tintinear sus múltiples pulseras. Para no haber empezado la fiesta, ya estaba perfecta. Llevaba un vestido suelto de gasa azul claro que hacía juego con sus ojos y un chal blanco con florecitas, del tipo de alta costura. El pelo recogido en una coleta alta resaltaba sus facciones; esas que la revista Vogue había descrito como «esculpidas en mármol». Sabía perfectamente qué ponerse en cada ocasión. Se giró teatralmente y se fue.

Laura se miró. Iba mona, pero su aspecto ni por casualidad podía compararse con el de su hermana.

—Ey, Laura. Mírame. No dejes que tu hermana te afecte. Eres maravillosa y yo solo quiero estar contigo.

Laura le miró. Ojalá fuera verdad. Ojalá algún día lo dijera porque estaba enamorado de ella y no por pena o por contrato. O porque todo saliera bien.

Deshicieron la bolsa rápidamente y, sin cambiarse, bajaron al piso inferior. Noctámbula y consentida, su hermana no debía influirle.

—¡Laura, ya era hora de que llegaras!

Su madre la saludó como siempre, con un parco beso en la mejilla. Llevaba un elegante traje de chaqueta gris con una blusa blanca. Parecía una organizadora de eventos, nunca mejor dicho. Todavía a sus cincuenta y cinco conservaba una excelente y sacrificada figura.

—Mamá te presento a Andy. Mi novio.

—Encantada —dijo mirando asombrada al hombre y cambiando su voz al tono zalamero que guardaba para las visitas—. ¿Qué te parece Barcelona?, ¿Y Vich?

—Son unas ciudades maravillosas, aunque no tan preciosas como sus mujeres.

La madre de Laura se sonrojó. Aunque la intención de Andy no era halagarla a ella precisamente.

—Señora Teresa, ha llegado la tarta. ¿La guardamos en la fresquera o en la nevera?

Su madre se giró, ignorándolos, y se fue con la empleada hablando de la tarta y de los postres.

Laura se encogió de hombros.

—Ya ves. Te advertí que mi familia era un poco... rara.

—No te preocupes. Espera a conocer a mi madre. Es como una pantera negra. Creo que te arrancará la piel si te portas mal conmigo —sonrió Andy.

—Entonces, cuando nos divorciemos estaré a miles de kilómetros, por si acaso.

Laura se fue hacia la cocina a ver qué había, dejando a un Andy algo triste. «Cuando nos divorciemos».

La siguió sin decir nada.

Varias jóvenes se afanaban en la cocina creando canapés y miniaturas delicadas que se iban a servir en la merienda cena.

Un joven de unos treinta y cinco años salió de la despensa con una botella de vino dulce, y al ver a Laura, la dejó en la mesa y se lanzó a darle un abrazo.

—Laura, amor, ¡cuánto tiempo! —Y le plantó un beso en los labios. Ella sonrió y le dio un fuerte abrazo mientras Andy se removía incómodo en su sitio, sin saber qué hacer, pero con ganas de apartarlo de un manotazo.

—Tranquilo, machote —le dijo una voz al oído—. Es su primo Albert. Por cierto, yo soy Robert, esto ... amigo de Albert.

Andy estrechó la mano del claramente compañero de Albert, aliviado de que fuera su primo, pero más de que fuera gay. Los celos que estaba experimentando con Laura eran un sentimiento nuevo para él. Que nunca había tenido celos con ninguna mujer, más bien al contrario y ahora... lo hubiera tomado de la camisa y lanzado contra la ventana. Ella despertaba sus instintos más básicos.

—Andy, éste es mi primo Albert. A Robert ya veo que lo conoces.

—Encantado. Más vale que trates bien a mi prima, si no te las verás conmigo.

Andy le miró respetuosamente. Era incluso más bajo que Laura y bastante delgado. Pero era la única persona junto con Marutxa que parecía apreciar a Laura.

—No te preocupes, eso está hecho. —Le estrechó con fuerza la mano.

—Esto es aburrido —dijo Robert—. ¿Has conseguido el vino del tío?

—Síiii —sonrió malicioso Albert— Casi me pilla la bruja de tu madre, pero tengo vino y rosquillas. ¿Nos vamos a nuestra terraza secreta?

—Claro. Ven Andy, te vamos a enseñar un sitio que solo nosotros conocemos.

Andy se sintió agradecido por esa confianza. Subieron por las escaleras traseras con unos vasos de plástico y unas rosquillas en un plato. Las escaleras, algo desgastadas e incluso con alguna hendidura importante, llevaban a un pequeño corral en la parte superior.

—Aquí se secaban los jamones, ya sabes, las patas del cerdo. Ahora es solo un pequeño pajar, con algún ratón.

Robert se estremeció.

—No eres graciosa, Laura. Sabes que odio los ratones.

Habían llevado allí unos antiguos sillones que su madre iba a tirar incluso unas mesitas bajas. Como había electricidad, un viejo radio cassette los había acompañado esas noches, cuando Albert iba a visitarles junto a sus padres. Se confesaba con Laura y ella con él. Ambos tenían sus motivos para sentirse tristes. Los padres de Albert no aceptaron su inclinación sexual, y él no volvió a mencionarlo. Laura huía cuando su hermana o su madre la hacían sentirse como si fuera un patito feo.

Después se unió Robert y ahora se unía Andy. Albert y Robert trabajaban ambos en la empresa del padre de Laura. De hecho, se conocieron allí y se enamoraron hace casi quince años. Ahí seguían, juntos, muy felices. En la empresa, estupendamente; Albert se encargaba de las relaciones públicas y Robert era químico. Todos los compañeros conocían y respetaban su relación.

Andy miró la acogedora, aunque algo fresca, habitación. Tenía los techos altos con grandes ventanales a los que les faltaba algún cristal. Aunque el día no estaba frío, el sol inundaba la habitación con una cálida temperatura.

Pusieron la botella, los vasos y las rosquillas en una de las mesitas y acercaron las sillas desparejadas para darse un pequeño festín. El vino era dulce y las rosquillas con sabor a anís, de deliciosa esponjosidad. Laura reía con las anécdotas de Albert, que era todo un cómico. Andy y Robert sonreían. Disfrutaban mirándolos y de su complicidad, sabiendo lo que ambos habían sufrido.

—¿Has visto a la tía Felisa? ¡Cada vez está más sorda!

—Para lo que quiere —contestó Robert—, porque cuando te he dicho cariño, sin darme cuenta, bien que ha arqueado las cejas. Y te lo había dicho al oído.

—Bah, no dice nada la mujer. Mientras tenga buena comida, es feliz. Según ella, es el único placer que le queda. —dijo Albert guiñándole el ojo a Andy.

—Y bueno, chico. Cómo y desde cuándo sois novios y por qué no me había

enterado, ¿eh, Laura?, ¿Cómo surgió?

Ya llevaban preparada la respuesta.

—Nos presentó mi amiga Linda, porque él es amigo de su esposo. Y bueno, un flechazo.

—No me extraña nada —dijo Robert espontáneamente.

—¡Oye! —protestó Albert

—Tú también tienes ojos en la cara, ¿verdad, cariño? El chico está cañón.

—«El chico» está escuchando y creo que tiene que estar harto de que todo el mundo hable de lo bueno que está, ¿no es cierto? —Laura le puso la mano en el hombro.

Andy le miró agradecido.

—Sí, lo cierto que estoy harto de ser «hombre objeto» —sonrió Andy—. Pero si ha servido para estar contigo, ¡es perfecto!

—Oh, qué bonito. Robert, a ver cuándo me dices algo así.

—Tú no eres un «hombre objeto».

El teléfono de Laura comenzó a sonar.

—Es papá. Me anda buscando. Pensé que estaría trabajando, como siempre hace cuando mamá organiza una fiesta. Pero ha llegado ya. Vamos, Andy, tengo que presentarte al gran jefe.

—Andy, ten cuidado porque tiene una escopeta, muy grande....

Albert se reía mientras Andy y Laura bajaban apresurados las escaleras. Era hora de conocer al patriarca de la familia.

18. ¡QUIERO NOTICIAS!

Elena daba vueltas sin parar. Había quedado con Linda a tomar café y las dos miraban ansiosas el móvil, esperando noticias de Laura.

Les había enviado un mensaje diciendo que habían llegado bien pero ellas querían más. Saber si su madre les había dicho algo o cómo estaba su padre, ¡y su hermana! ¿Qué había dicho? Se morían de ganas de saber más.

Entró un mensaje al grupo que compartían.

«Hola, nenas».

«Todo bien. Mi madre como siempre. Dos palabras. Mi hermana igual. Ahora vamos a ver a mi padre. Andy es un cielo. Mi primo Albert otro».

«Cuéntanos más».

«Luego. Os quiero».

Linda se tenía que marchar ya, las niñas querían ir al parque.

—Bueno, Elena, ya nos enteraremos. Por cierto, ¿cómo va lo de la fiesta sorpresa de despedida? Siento no tener más tiempo para ayudarte...

—No te preocupes, ya tienes bastante entre el trabajo y las nenas —dijo Elena mirándolas cómo saltaban y se perseguían—. He llamado a un par de amigas, será algo íntimo, luego los chicos pueden reunirse con nosotros. Ya que Andy no tiene aquí muchos parientes, será algo triste para él.

—¿Y si llamas a su primo Bill? Andy habla de él a menudo. Es como un hermano. Puedes contactar a través de Facebook y le damos una sorpresa. Aún faltan dos semanas, quizá pueda arreglarlo.

—¡Qué buena idea, Linda! Ahora mismo lo voy a contactar, así podrá asistir a la boda. Andy se sentirá muy feliz. El chico lo merece.

—Genial. Ya me vas contando. ¡Ciao!!!

Linda se alejó tras las niñas que ya correteaban hacia el coche. Habían ido a la terraza de Pinoccio, un lugar nuevo donde había una parte para los adultos además de columpios y otras cosillas para los niños.

—Voy a probar.

Le hablaría en inglés, por si acaso Bill no se manejaba con el español.

«Hola, Bill. Soy amiga de Laura. Quería preguntarte algo sobre Andy».

«Hola, ¿qué tal? ¿Hay algún problema?»

«No, en absoluto. Estábamos pensando hacer una fiesta para Laura y para Andy, como una despedida de solteros. Aunque se va relacionando con la gente del equipo, no tiene ningún amigo aquí Estábamos pensando, ¿tú podrías

venir?»

«...»

«Podrías estar una semana aquí antes de la boda, conociendo Barcelona. Yo me ofrezco de guía. He apartado unos días libres para esas fechas».

«Bueno, me gustaría acompañar a Andy cuando se case. Tú sabes que es como un hermano para mí».

«¡Genial!»

«Todavía no te he dicho sí. Tengo que arreglar todo en mi trabajo y decirles a los padres de Andy que voy a España. Cuando se enteren de que es por la boda, nos perseguirán a Andy y a mí».

«Puedes decir que te vas de vacaciones».

«Y luego está mi hermanita».

«¿Es una niña pequeña?»

«Tiene un problema, está en una residencia y voy a verla a menudo. Supongo que me echará de menos».

«Oh, vaya. Bill, haz lo que tú creas conveniente. No quisiera que te sintieras mal por venir».

«No, ella está muy bien cuidada. Los padres de Andy pueden ir a verla en mi lugar, de hecho, suelen ir. La verdad, me vendrían bien unas mini vacaciones».

«Adelante, Bill. Disfruta un poco de la vida, no todo es trabajar. ¿Hace cuánto tiempo no sales a divertirte, sin pensar en nada más? Además a Andy seguro que le encantaría verte por aquí».

«Tienes razón, Elena. Hace mucho que no tengo una buena juerga. Voy a intentarlo».

«Me alegro mucho y Andy se alegrará más todavía».

«Si necesitas donde alojarte, te buscaré un lugar adecuado. Yo únicamente podría ofrecerte mi sofá. Si lo aceptas, es tuyo».

«Gracias. Lo hablaré con Andy».

«No, mejor cuando estés aquí. Será una sorpresa para él».

«Vale. Te confirmaré si puedo escaparme».

«Hasta pronto entonces».

«Adiós».

Elena dio un pequeño grito de alegría. Tal y como se estaba portando el tipo guapo con Laura, se merecía tener una sorpresa como la de que su mejor amigo estuviera con él en uno de los momentos más importantes de su vida.

Se lo comunicó a su amiga Linda. A Laura le mantendrían el secreto.

Habían alquilado una sala de la discoteca donde fueron el primer día como para unas quince o veinte personas, no querían que eso se fuera de las manos. Irían a cenar por separado las chicas y los chicos, luego les darían la sorpresa. Los reunirían en la discoteca y pondrían sus canciones favoritas, adorarían el local... ¡Cuántas cosas por preparar!

19. EXAMEN Y CALABAZAS

El padre de Laura miraba distraído por la ventana de su despacho. Empezaba a refrescar, así que celebrarían el cumpleaños de su esposa en el salón de baile. Habían preparado una larga mesa para casi treinta invitados y Teresa estaba histérica, como siempre. Apenas había cruzado dos o tres palabras con ella en estos días pasados. Y prefería estar en su despacho de la fábrica.

Se irguió todo lo alto que era. Le había dicho Marutxa que el novio de Laura era un tipo alto. No creía que tanto como él. Esta niña... no le había dicho nada. Y ahora, de repente, se presentaba con un hombre, y, además, ¡de Australia!

¿Se iría con él? ¿Lejos? Hacía mucho que no salía a comer con ella. Hubo un tiempo en el que estaban muy unidos.

«¿Qué pasó con mi niña de piernas largas y cara seria?».

Un golpe suave interrumpió sus pensamientos. Se volvió para ver entrar a una radiante y sonriente Laura y un formal hombre enorme, grande y alto. Se irguió de nuevo.

—¡Papá! —Laura se lanzó a abrazar a su padre, que todavía llevaba el traje de chaqueta.

—Me alegro de verte, hija. ¿Tú eres Andy? —Se volvió hacia el muchacho, que esperaba tímido en la puerta.

Se adelantó y extendió su mano.

—Andrew Murray, un honor conocerle, señor.

—Vaya, te han educado bien tus padres.

—¡Papá!

—Solo digo que es educado. Eso me parece bien. Sentaos.

El padre de Laura se sentó en la mesa de despacho y los jóvenes en las dos sillas que había delante. Parecía una mesa de negociación, más que una presentación oficial.

—Cuéntame un poco sobre ti, Andrew.

—Puedes llamarle Andy, papá.

—Déjale hablar, Lulú.

Andy se volvió sonriendo a Laura quien movió la cabeza como no dándole importancia.

—Sí, señor. Tengo veintiséis años y soy deportista profesional. Si hay

suerte, quizá participe en las Olimpiadas de Río. Soy australiano y vivo en Newcastle, con mis padres, en la granja familiar.

—Ah, interesante. Entonces eres deportista de élite.

—Sí, papá, es muy bueno en triatlón y en otras disciplinas.

—No, si ya se le ve que está en forma. ¿Dices que tus padres tienen una granja?

—Sí señor. Es una granja de unas cuatrocientas hectáreas y más de dos mil reses. Ahora estamos creando un proyecto para crear queso con la leche que producimos. En lugar de tener vacas para carne, son lecheras... Igual os estoy aburriendo.

—En absoluto —contestó entusiasmado Pere. —Laura te habrá dicho que tengo una fábrica de quesos. Tal vez quieras verla algún día. Puedo enseñarte las técnicas que utilizamos, si quieres.

—Estaré encantado, señor. Aunque es mi primo Bill quien lleva el proyecto, más porque yo estoy entrenando unas seis u ocho horas diarias. Pero podré transmitirle lo que usted me diga.

—¡Por favor, trátame de tú! ¡Laura, has encontrado un novio estupendo! ¡Ya era hora!

—Papá, por favor...

—Yo soy el afortunado. Su hija..., tu hija es guapa, inteligente, buena persona. No se puede pedir más.

Pere sonrió satisfecho. Podría incluso tolerar que viviesen juntos. El chico parecía tener buen fondo. Además, quién sabe, tal vez en algún momento podría viajar a Australia a visitar la granja y ver las instalaciones. Ya su cabeza estaba maquinando extender su fábrica allí y asociarse.

—Bueno, papá, nos vamos. Le quiero enseñar un poquito la ciudad antes de la cena.

—Sí, sí, por supuesto. Vich es un lugar mágico, con preciosos monumentos. Marchad.

Los chicos se despidieron brevemente. Su padre ya estaba pensando en algo, como siempre. Se había sorprendido del buen aspecto y de la altura del chico. Siempre decía que sus hijas tenían que salir con tipos como mínimo tan altos como él y Andy le pasaba en varios dedos.

—Te lo has ganado, Andy. Muchas gracias, siempre estás tan atento.

—No hay de qué. Parece un buen hombre.

—Lo es, pero trabaja demasiado. Todo el tiempo. No sé, debería cuidarse un poco.

—Sí y bueno, ¿dónde me vas a llevar?

Andy se acercó a Laura acariciando su mejilla. Seguramente no estarían pensando en ir al mismo sitio. Laura le miró y le tomó la mano, pero se fue hacia el exterior, hacia el coche.

—Vámonos al mercado de la Plaza Mayor. Hoy toca mercadillo de arte y dibujo. Me gustaría comprar alguna lámina para casa, para esas paredes desnudas que están pidiendo a gritos que las cubra con algo.

—De acuerdo.

Se subieron al coche tras buscar el bolso con las llaves. Como la masía estaba a las afueras, condujo hasta una calle adyacente a la plaza Mayor. Había mucha gente paseando, viendo los puestos de los artistas. Un grupo bajo una carpa tocaba algo de rock and roll. Niños bailando delante, los puestos de los artesanos bajo los arcos de los porches. Cuánto añoraba esto.

Marutxa solía llevarlas el sábado o el domingo, dependiendo de qué mercadillo había, a dar una vuelta. Laura disfrutaba con la miscelánea de olores a fruta fresca y a otras piezas retiradas más dulzonas. Gente hablando alto, risas de mujeres y el señor Joan cantando con su acordeón. Cuando Laura era niña ya parecía tener cien años. Miró hacia su esquina. Por supuesto, no estaba.

Andy miraba a todos lados asombrado de que hubiera tanta gente concentrada en una plaza. Los mercadillos españoles eran todo un espectáculo.

Laura tomó de la mano a Andy para enseñarle los cuadros expuestos de un artista. Eran abstractos, pero con los colores del mar. Tras llegar a un acuerdo con el artista, Laura parecía hermosamente entusiasmada.

—Te voy a invitar a cenar algo que te gustará mucho Andy.

—¿Una hamburguesa de tofu?

—Nooo —rió Laura—, Vich es famosa por sus embutidos, sobre todo el salchichón. Vamos a ir a un sitio famoso para tomar una tapa.

—Ah sí, había oído hablar de las «tapas».

Se sentaron en una terraza en una calle adyacente. Pidieron unas cervezas y una tapa para Andy, quien la saboreó con deleite. En verdad estaba buenísimo.

—Si todo el mundo tuviera una relación como la nuestra, con un contrato de trabajo, seguro que había menos divorcios y menos líos —soltó Laura—. ¡Mira qué bien lo estamos pasando!

—Sí, claro. —De repente se le había quitado el apetito.

—Será mejor que volvamos, antes de que mi madre nos busque por toda la casa.

Se levantaron. Laura, sonriendo; Andy, serio. Desde la mesa de al lado, tapada con un macetero, alguien sonreía maliciosamente pensando en ese contrato.

Volvieron en el coche más bien callados. Laura no había advertido el cambio de humor de Andy pues estaba pensando en la cena, en su madre, y en sus tíos.

Pero claro, la cena no era nada comparado con lo que le vendría a lo largo de la noche.

Laura subió a cambiarse mientras Andy, que ya llevaba puesta su única camisa, se fue a pasear por el exterior. Después de todo, sí que cumplirían el contrato. Sentía algo de vacío. Cuánto era de amor, cuánto era de deseo. Era una relación algo desequilibrada. Se había enamorado de ella, y, sin embargo, no era mutuo.

Se sentó en uno de los bancos, pensando que el contrato no iba a ser beneficioso para él. Cuanto más estuviera con ella, peor lo llevaría pues más enamorado estaría.

—Andy, qué solo estás.

Andy la miró. Ella le sonrió.

—Tenemos que hablar, muy seriamente.

Quince minutos bastaron para convencer al chico.

Subió las escaleras de dos en dos. Se lo comunicaría a Laura. Puede que se disgustara algo, pero sería lo mejor, sobre todo para él. El dinero lo tendría igual. Al parecer eso era lo que le interesaba realmente.

—¿Laura? —Llamó a la puerta,

—Pasa, casi estoy.

Andy entró y se quedó callado. Ella estaba preciosa, con su vestido negro corto y su cabello ondulado suelto. Aún no se había puesto las sandalias.

—Quería preguntarte, Laura. —La llevó a sentar en la cama que no estrenarían—. Para ti esto es un simple contrato, ¿no es cierto?

—¿Qué quieres decir, Andy? No sé. Claro, sí, es un contrato.

—Verás, he pensado que voy a rescindir nuestro contrato, aunque te pagaré todo lo que resta, eso sí.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

—Verás, yo... no me siento bien actuando contigo y he pensado que sería

mejor escoger una persona por la que no sienta nada. Puesto que nuestra relación es bajo contrato, quiero cerrarlo.

—No entiendo Andy, ¿qué quieres decir con lo de sentir?

—Laura, no sé si te has dado cuenta, pero he empezado a sentir algo especial por ti y no quiero que continúe porque dentro de unos meses vamos a separarnos. Entonces será peor. Ahora podría llevarlo —mintió.

—¿Y la boda? Tienes que casarte para obtener la nacionalidad.

—Eso no es problema, he encontrado a alguien que gustosamente se casará conmigo.

—¿¡Qué!?

—Tu hermana ha accedido a firmar el contrato en las mismas condiciones y con ella será más fácil romper, puesto que no siento nada por ella.

Andy recogió sus cosas y salió dejando a Laura con la boca abierta. No pudo decirle ni una sola palabra. Una maraña de emociones de diferentes colores le impedían hablar. Su cuerpo estaba gritando, su corazón aullaba de dolor, dolor de traición y de sentimientos contradictorios.

El coche se escuchó marcharse. Ella se lo había llevado.

Simplemente se echó sobre la colcha a llorar. Aún no comprendía qué había pasado.

20. SIGO AQUÍ

Fue el peor cumpleaños de su madre que había tenido nunca. Laura se excusó diciendo que se encontraba mal, dijo que Andy tenía que ir rápidamente por un asunto familiar y que Eli se había ofrecido a llevarlo.

No tenía ganas de más explicaciones.

Ninguna de sus hijas estuvo presente en el cumpleaños. Menos mal que Albert, que había visitado a Laura sin poder sonsacarle nada, estaba animando la cena con sus chascarrillos de siempre.

Laura se durmió sin desmaquillar. Solo se había quitado el vestido y estaba dentro de la cama, manchando la almohada de lágrimas oscuras y maquillaje corrido.

Un mensaje del teléfono la despertó.

Eran las doce de la noche.

«¿Qué tal la fiesta?»

«Eso, cuenta o ¿estás muy ocupada?»

«Vamos cuéntanos».

«...»

«Hemos roto el contrato. O más bien, lo ha roto Andy».

«??????»

«Ha dicho que no quería sufrir y que haría el contrato con mi hermana».

«No puedo creerlo. ¿Pero qué ha pasado? ¡Te llamo!»

«No, por favor. No quiero hablar ahora. Mañana vuelvo. Buenas noches».

Laura apagó el teléfono sin esperar contestación.

«¿Qué había hecho? Él se había enamorado de ella o eso decía y por eso la dejaba. Y su hermana, ¿qué pintaba en todo eso? Al final, como siempre, ella había ganado».

Se quedó dormida llorando. No escuchó cómo su madre entraba, a verla, preocupada y temiéndose lo peor al ver que Eli no estaba. Los churretones en las mejillas de su hija menor le confirmaron sus sospechas.

El domingo amaneció pálido y gris como el humor de Laura. Antes de que nadie despertase, se duchó y se dispuso a volver. Necesitaba un café fuerte y negro como los de su Martuxa.

Bajó a la cocina. No estaba la mujer, pero sí su primo.

—¿Qué ha pasado, Lulú?

Solo su padre y su primo la llamaban así.

—Aún estoy preguntándomelo. —Se sirvió café recién hecho por su primo. Una solitaria lágrima se escapó de su ojo. Aún le quedaba una...

—Andy se fue anoche, ¿con Eli? ¡No me digas!

Laura asintió sin poder hablar.

—¡Otra vez te lo ha hecho! Pero... pensé que Andy estaba colado por ti, la verdad.

—En realidad ha sido ése el motivo, según él. Dijo que no quería sufrir.

Laura le contó toda la historia del contrato. Albert suspiró.

—Y tú, ¿qué sientes por él?

—No sé, Albert. Me gusta, pero tampoco quiero que sufra por mi culpa.

—Chica, pues tal como lo mirabas, parecía que te lo ibas a comer.

—Tal vez fuera atracción física solamente.

—Qué estupidez. Anda, vuelve a casa y piensa. Si de verdad te gusta, lucha por él.

Laura le miró confundida. Se acabó el café y tomando su bolsa y el cuadro que habían escogido juntos, se despidió de su primo, pidiéndole que la despidiera de los demás.

El coche arrancó ronroneando mientras una fina niebla comenzaba a humedecer las ventanas y el parabrisas. No conseguían velar aun así el precioso paisaje que ahora ella ignoraba, debatiéndose entre su corazón y su cerebro.

No había querido ni encender el teléfono. No quería ver los mensajes de sus amigas, o de su madre preguntándole por qué se había ido tan pronto.

El viaje se hizo eterno. Deseaba llegar a su casa, recoger a sus únicos fieles compañeros y llorar todo el día y toda la noche. Además, estaba furiosa con Eli, que había aprovechado la ocasión para lanzarse sobre él.

Pero, si él la quisiera de verdad, ¿no intentaría conquistarla? ¿Quedarse con ella hasta que quizá ella se enamorase? ¿Luchar un poco por ella?

Al final, siempre era igual.

Aparcó en la guardería de perros y recogió a Walter y Ronin, que la recibieron con verdadera alegría y adoración.

—¡Esto es amor verdadero! —le dijo a Paula, la dueña de la guardería.

Laura volvió a casa. Los perros fueron a olisquear todo como si tras menos de dos días, hubiesen cambiado los olores del revés.

Ella se asomó a la habitación de Andy, llorando. Seguramente ya había recogido todo.

El chico estaba echado encima de la cama, vestido todavía con la ropa de ayer, dormido.

El corazón le dio un vuelco. Se acercó despacito. Estaba durmiendo con el ceño fruncido. Ella le acarició la mejilla y se acercó, como aquella vez en la piscina, a besarle, dormido.

El respondió a su beso, y murmuró.

—Laura...

Ella sintió de repente que esas emociones que le inundaban de pérdida y furia no eran reales, sino que realmente estaba enamorada, pero él, ¿seguía enamorado o solo se había quedado para despedirse?

—Andy, despierta.

—Yo... no podía irme así.

—Andy, lo siento tanto.

El joven se incorporó sentándose y Laura se sentó junto a él.

—Yo sí que lo siento. No sé en qué estaba pensando. No importa que no estés enamorada de mi. Si aún quieres, me gustaría casarme contigo.

Andy soltó todo del tirón sin casi respirar.

—Sí, me gustaría mucho que nos casásemos. Yo también siento algo por ti... pero no sé si es amor. Quiero ser sincera. Creo que nunca me he enamorado de verdad. Y lo que siento por ti es diferente, pero no lo identifico.

—Piensas demasiado. —Sonrió—. Solo siente.

Laura se acercó a Andy y le besó, suavemente. Él se apartó un poco, sorprendiendo a Laura.

—Necesito ducharme y lavarme los dientes. No querrás arrepentirte cuando no tengas un buen sabor.

—El caso es que yo también necesito ducharme, Andy.

Laura tomó de la mano mientras él ya se andaba quitando la camisa con una sola mano. La ropa quedó esparcida por todo el pasillo mientras se besaban, lamían y susurraban en el oído promesas de amor y sexo.

La ducha fría al principio los hizo reír y tiritar, pero el calor del amor retomado comenzó a empañar el espejo del baño. Andy la besó en cualquier centímetro de su piel y ella se dejó querer, mientras acariciaba su torso, su rubio pelo y su barba de un día. El acarició suavemente su zona más íntima preparándola para una inmediata penetración.

Introdujo sus dedos haciéndola estremecer de placer. La tomó apoyado en la pared, mientras ella cruzaba sus piernas tras la espalda del muchacho.

Cerraron la ducha y la llevó en volandas hasta la cama donde terminaron de consumir un apasionado acto de amor y placer a esas tempranas horas de la mañana.

Se taparon con el edredón, desnudos y relajados pensando en pasar toda la mañana encamados.

—¡Andy! —chilló Laura sobresaltando a hombre que casi estaba dormido—. Si Eli lo sabe, puede que lo comente en la prensa. Yo creo que disfrutaría dejándome mal, sobre todo, ahora que no te vas a ir con ella.

—¿Tú crees? En el fondo, cuando le dije que no me casaría con ella, pareció aliviada.

—Hablaré con ella. Intentaré llegar a un acuerdo o algo.

—Si necesitas dinero, puedo sacar hasta nueve mil dólares.

—¡Por favor! Nada de eso. Creo que solo hablando con ella podré convencerla.

—Eso espero. De todas formas, ahora no me parece tan importante entrar en el equipo.

—¿Por qué dices eso? Es por lo que estás aquí.

—Sí, es por lo que estoy aquí, no por lo que me quiero quedar —acarició su mejilla suavemente.

—Andy, tengo que hablar con ella. Quiero pedirle explicaciones y aclarar las cosas. Lo necesito.

Laura se vistió y se fue al apartamento que tenía su hermana en el centro. Vivía normalmente con sus padres, pero a veces alquilaba una habitación en un apartamento, donde se llevaba a sus chicos. El portero le abrió pues la conocía. Tomó el ascensor hasta el piso diez donde estaba el apartamento de su hermana. Durante todo el recorrido iba pensando en si estar enfadada con ella o rogarle que se comportara. Había intentado quitarle su novio, otra vez. Pero la suerte de Andy estaba un poco en sus manos.

Tuvo que tocar dos veces el timbre para que le abriese.

Eli apareció despeinada y con la pintura corrida. Había estado llorando.

—¿A qué vienes, a restregarme que te prefiere a ti?

—No, Eli. Vengo a hablar.

La joven le dejó pasar, llevaba una camiseta suelta y una pinza en la cabeza. Nada que ver con la glamurosa modelo que salía en las revistas de moda.

—Está bien. Habla —dijo tirándose en su sofá.

Laura no se sentó.

—Mira, Eli, no sé por qué quieres joderme siempre la vida. Y no sé por qué has intentado convencer a Andy que se fuera contigo. No entiendo por qué lo haces, si eres mi hermana. Sé que no nos hemos llevado muy bien...

—Tú. Tú y tus cosas. Solo eres tú —gritó Eli mientras se levantaba furiosa—. Siempre te lo has llevado todo, o al menos lo has intentado.

—Pero ¿qué dices? Si tú eres la modelo, la que gana miles de euros, que tienes a todo el mundo a tus pies...

—Ja, miles de euros. ¡No tengo un euro! Y debo mucho dinero. Me iba a casar con él por dinero. No quería quitarte el novio, no esta vez.

Laura se acercó a su hermana y le puso la mano sobre el hombro.

—¿Qué ha pasado?

—No sé. —Se apartó de su hermana llorando.

—Pero si ganas miles de dólares al año. ¿Y tus contratos? ¿No has ahorrado nada?

—Lo he perdido todo, Laura. Demasiadas fiestas, y alcohol y otras cosas. Y malos asesores. Invertí pensando que era toda una mujer de negocios, que os iba a dejar con la boca abierta cuando os demostrara lo inteligente que era y me engañaron.

—¡Puedes denunciarlos!

—No, no puedo. Firmé el consentimiento y de suerte que no me denunciaron ellos. Ahora mismo no tengo nada. Y lo que es peor: mi representante se enteró y no quiere saber más de mí. No creo que me vuelvan a contratar. A menos que sea de puta de alto standing.

—No digas estupideces, Eli. Nos tienes a nosotros. La familia está aquí.

—Si es que soy una estúpida. —Golpeó el cojín del sillón—. Tenía ahorrados más de ciento cincuenta mil euros y ahora debo seis mil. Dejo el apartamento este mes y volveré a casa. ¿Y qué le digo a mamá? ¿Se sentirá avergonzada! Y papá. Pensará que soy tonta y tiene razón.

Eli lloró amargamente manchando el cojín de maquillaje.

—¡Claro que eres estúpida! —la sorprendió Laura con un grito—. Eres estúpida por no confiar en tu propia familia, por no decirnos lo que te pasaba. Por no hablar con nosotros o pedir consejo. Por haberte alejado todos estos años, sobre todo de mí. Yo te admiraba tanto y solo recibía desprecio de ti. Todavía no sé por qué.

—¡Eras tú la que iba a triunfar! ¡Siempre fuiste tú!

—No te entiendo.

—Cuando mamá nos llevó al casting te eligieron a ti para el papel. Sí, ese papel que me llevó a comenzar mi carrera. Pero yo —bajó avergonzada la mirada—, yo te pellizqué en el brazo para que lloraras y no pudieran hacerte las fotos. Por eso me eligieron a mí, pero era a ti a quien querían.

—Eli, yo nunca he querido ser modelo. No hubiera sido. No me gusta.

—Los productores me preguntaban por ti. Porque eras exótica, con esos ojos verdes y la piel morena. Ya tenían muchas rubias con ojos azules, pero yo he rogado y hecho cosas peores por llegar a donde estoy. Mientras que tú lo has tenido todo tan fácil... y ahora te vas a casar con el señor perfecto.

—Eli, me caso por dinero. Porque no tengo trabajo. Acepté porque me iban a desahuciar.

—Somos un par de idiotas, ¿verdad?

—Pues si —suspiró Laura—. Tenemos unos padres que viven en una masía y nosotras haciendo cosas estúpidas por orgullo, por no pedirles ayuda.

—Es verdad. Si lo piensas, qué tontas somos.

De repente, una risa suave comenzó a escaparse por la cara sucia de Eli, acompañada de una sonrisa de Laura que se convirtió en una sonora carcajada. Laura se tiró en el sofá llorando de la risa.

—De todas las cosas que había pensado encontrarme o decirte, esto es lo último que esperaba.

—¿Verdad que soy original? —rió y lloró a la vez Eli—. ¡Cuánto tiempo perdido!

—No pasa nada, piensa en el tiempo que vamos a ganar.

Ambas hermanas se abrazaron como nunca lo habían hecho. Con verdadero afecto. Con amor fraternal.

21. LA DESPEDIDA

Bill tomó nervioso el avión. No le hacía mucha gracia volar, pero por su hermano y por esa españolita con la que había estado hablando toda la semana, haría ese gran esfuerzo.

A sus tíos les dijo que se iba a tomar unas vacaciones y que Andy le enseñaría Barcelona. Su hermana se quedaba bien cuidada y la empresa no se hundiría si pasaba dos semanas fuera.

Además, Andy le había comentado que el padre de Laura tenía una empresa de quesos y que se la iba a enseñar. Lo que no sabía Andy es que él se sumaría a la visita también. Iba a ser una gran sorpresa. No sabía nada. Incluso le había preguntado si podría ir a la boda y él le dijo que era imposible escaparse.

Bill rió para adentro. Sí señor, iba a ser una gran sorpresa.

Bajó del avión y se puso su sombrero de vaquero. Aunque no solía llevarlo en ciudad, sabía que a Elena le gustaba y, de todas formas, era una forma de reconocerse rápidamente. Aunque se habían enviado fotos y habían incluso hablado por video chat, él quería darle ese gusto.

La verdad que en lo poco que la conocía habían congeniado de maravilla. Al principio habían hablado de la boda, de los preparativos. Pero poco a poco, comenzaron a hablar de ellos, de sus intereses, de sus sueños. Bill se miró en el reflejo del ventanal del aeropuerto. Esperaba que ella no se sintiera decepcionada. Viendo a Andy, cualquiera a su lado parecería un desastre. Nunca había sentido envidia por él, pero ahora le gustaría ser un poco más guapo, quizá menos ancho, o menos grande. Su nariz partida le daba un poco el aspecto de boxeador, pero tenía unos bonitos ojos azules y no era calvo, como alguno de sus amigos.

Ahora ya estaba todo hecho. Él era así, no quería hacerse ilusiones pues ella era una mujer preciosa. Pasarían estos días juntos y disfrutaría dándole una sorpresa a su primo y mejor amigo. Y bueno, si la conocía un poco estaría bien.

Ella lo vio enseguida, no solo por su sombrero tejano, sino porque sacaba una cabeza y medio cuerpo a la mayoría de los pasajeros que desembarcaban. Con su bolsa echada al hombro, era como el vaquero de Marlboro, aunque un poco más alto y fuerte. Eso fue precisamente lo que le hizo que le temblaran las piernas.

Casi no le salió la voz.

—*Bill, just here!* ¡Aquí estoy!

Bill vio a la morenita agitando la mano enérgicamente para llamar su atención. Solo que no era a la mano donde miraba. Su cuerpo se agitaba con la misma energía. Tragó saliva.

—¡Elena, aquí me tienes!

—Bienvenido, ¡hablas español muy bien!

Elena le dio dos besos. Se miraron durante unos instantes, reconociéndose. La cámara web no había mentido acerca de ellos. El hombretón de ojos azules y manos enormes, la joven morena de pelo largo y atractiva sonrisa.

Ella le llegaba al pecho, casi al hombro y, sin embargo, todo el mundo que pasaba por allí y acertaba a mirarles, suponía que se trataba de un bonito reencuentro de pareja.

—¡Vamos! ¡Hay mucho trabajo que hacer!

Tomó su mano con la confianza de alguien que ha hablado a diario y que preparaba una sorpresa a amigos comunes. Bill todavía estaba sorprendido. Ella se adelantó y él se sintió perdido entre sus mechones de pelo negro que caían sobre la cazadora blanca.

Supo en ese momento que esa chica le había encandilado con su naturalidad y simpatía. Era tan bonita. Andaba tan enérgicamente que sus tacones cantaban un zapateado alegre. De vez en cuando, se volvía, sonriéndole, para asegurarse que la seguía.

Supo, sin entender por qué, que era ella.

Llegaron a la salida del aeropuerto donde tomaron un taxi. Bill se quitó el sombrero para entrar en el taxi sin golpearse la cabeza.

Elena le sonrió. Le brillaban los ojos.

—Dejaremos tu bolsa en mi casa y de ahí nos iremos a cenar. La despedida que les hemos preparado es una cena de chicos y una de chicas. Te llevaré hasta donde estarán cenando Andy y Jordi. También van un par de compañeros del equipo, el primo de Laura Albert y su novio Robert. ¿No tendrás problema porque sean gays, verdad?

—Por supuesto que no. Tengo algunos amigos allí que son gays. Jamás he tenido problema con ello.

—Genial. —El chico le caía mejor todavía—. Te acercaré al restaurante y allí verás a Andy. Después, hemos preparado una fiesta en una discoteca, donde reuniremos a los dos grupos.

Bill se alegró. Estaba muy bien una cena de chicos, pero él quería estar con ella. La seguiría toda la noche.

Ninguno de los dos tenía ahora relación sentimental así que eran libres de hacer lo que quisieran y él quería hacer cosas con ella. Conocerla, hablar horas mirándola a los ojos y quien sabe, tal vez un beso en esos sonrosados labios.

Llegaron al apartamento de Elena. Era un bonito piso de una habitación, muy ordenado y lleno de libros.

—Tienes tiempo de ducharte si quieres. Me imagino que estarás cansado. ¿Necesitas que te planche algo o lave alguna ropa? Lo metemos a la lavadora y mañana estará.

—Agradeceré la ducha. La ropa, no traje mucha. Quizá pueda comprar alguna aquí. No suelo salir mucho, pero tengo una camisa negra. La tía Kass siempre dice que un chico tiene que tener una camisa negra para ser elegante.

—¡Perfecto! Con los vaqueros estarás estupendo.

Elena fue hacia el armario y le dio una toalla al joven.

—Mira, este es el baño y allí tienes de todo. Llámame si necesitas algo —carraspeó turbada—, quiero decir, si te falta jabón o algo.

—Gracias, Elena. Eres muy amable.

Elena se retiró a su habitación mientras el joven se metía al baño. Era pequeño, pero cabía en la ducha. Una estantería pegada a la pared con ventosas donde se apilaban los botes de jabón le impedía moverse bien, pero el agua salía caliente y desentumecía los músculos tras casi seis horas de viaje. Se estiró levemente y, sin querer, dio con el codo a la estantería que cayó escandalosamente en la bañera.

Por suerte no había botes de cristal, pero estaba todo tirado por el suelo. Bill comenzó a recoger rápidamente cuando entró Elena en el cuarto.

—¿Estás bien?

Bill se levantó avergonzado por su torpeza y, tras un momento, se dio cuenta que estaba desnudo, por lo que se tapó con los botes de champú.

Elena se sonrojó. Hacía mucho que no veía un hombre tan fuerte, sus brazos eran casi como sus piernas. No era el típico tío de gimnasio, si no un hombre de verdad, de los que se hacen así por trabajar duro. Tan grande que era y se había sonrojado hasta las orejas. Le produjo una sonrisa sincera.

—Mmm veo que estás bien. Muy bien, de hecho —bromeó—. No te preocupes por la estantería, se cae a menudo. Voy a seguir vistiéndome.

«No podía haber sido más torpe, qué pensará de mí». Bill le hubiera dado un puñetazo a la dichosa estantería. Acabó rápidamente para no romper nada más. Se puso sus vaqueros limpios, la camisa negra y se echó de la colonia cara que le había comprado Andy para las Navidades. Esa que decía que siempre le funcionaba. Eso le dijo, aunque su primo no la necesitara nunca.

Le había dicho que sentía algo por Laura. Era inesperado, pero en el fondo Bill se alegraba. Que hubiera tenido que cruzar el mundo para encontrar una chica y de la forma más rara, no era sino una casualidad más, como el haber conocido a Elena.

Solo que Geordie le había comentado que ya estaba en conversaciones con el director deportivo de un importante equipo de Estados Unidos, y allí, en el centro de élite donde Andy estaría, no permitían llevar familia. Como mucho, la vería el fin de semana y tendría que ir allí a vivir. Complicado, la verdad.

Últimamente Geordie estaba muy nervioso. No se alegró de que Andy se hubiera colado por la española y le insistía que entrenase duro, lo que el chico hacía, por supuesto.

Salió del baño seguido por una estela de perfume.

—¡Qué bien hueles, Bill! ¡Estás muy guapo!

—Tú estás preciosa.

Ella llevaba un vestido de punto corto, azul oscuro con unos pequeños dibujos en blanco y un gran escote. Un poco atrevido, aunque iban de despedida de soltera. Sus botas de tacón alto le acercaban más a sus labios. Le encantaría besarla, pero no se atrevió.

—Bien, este es el plan. Te acerco al restaurante italiano donde cenarán los chicos y te presentas allí. Luego ya nos veremos. Sobre todo, no le digas nada a Andy de la fiesta.

—De acuerdo, perfecto. Tengo ganas de verlo.

—Es un tío legal, ¿verdad? Quiero decir ¿es buena persona? Mi amiga Laura se merece a alguien que le quiera de verdad. Ella no lo sabe, pero está enamorada de tu primo.

—¿No lo sabe? Sí, Andy es muy buena persona. De verdad.

—No quiere darse cuenta. En el fondo sí lo sabe. Supongo que es autoprotección. Pero se dará cuenta, ya verás. Solo necesita un poco de tiempo.

Elena acompañó a Bill hasta la puerta del restaurante donde iban a cenar ellos. Después se fue hacia donde le esperaban las chicas, que no estaba muy

lejos. Así no tenían que tomar coche o metro para juntarse luego.

Bill entró y enseguida vio a su primo. Estaba rodeado de camareras y era el centro de la habitación. «Como siempre», pensó sonriendo. Los otros cinco componentes de la mesa lo miraban unos con admiración, otros con envidia.

Se acercó a la mesa y puso una mano sobre el hombro de Andy.

—¿Tienes sitio para mí, pequeño Andy?

Andy se levantó de un salto al ver a su primo, muy sorprendido. Miró a los chicos, que por lo visto lo sabían.

Se abrazaron dándose fuertes palmadas y riendo alegres.

Eran todo un espectáculo ver esos dos hombretones abrazándose.

—¡No sabes lo mucho que me alegra verte! ¿Pero cómo?

—Las chicas lo han arreglado, la amiga de Laura contactó conmigo.

—Bueno, fue idea de Elena ¡pero nosotros le apoyamos! —saltó enseguida Jordi—. Bienvenido, Bill, ¿has tenido buen viaje?

—Sí y una chica guapísima me ha venido a recibir.

—Ey, Bill, ¿te ha gustado la morenita? Es buena chica, lo que he llegado a conocerla.

—Y Laura, ¿todo bien?

—Bueno, ahora sí. Casi meto la pata hasta al fondo, pero ya está todo arreglado. Ahora, seguimos con el contrato y, bueno, ya se verá.

La camarera de la mesa de los chicos estaba encantada. Había sido su noche de suerte con esos tíos tan guapos, sobre todo el rubio. Había preparado ya un papelito con su teléfono para pasárselo.

Los chicos comenzaron a cenar y a divertirse. Lo cierto que Andy no esperaba pasarlo tan bien en su despedida de soltero. Jordi hizo fotos para seguir documentando.

Cuando apareció Laura con su hermana Eli, todas sus amigas dieron un respingo. Comenzaron a mirarse incómodamente. Linda frunció el ceño y Elena directamente le dio un pellizco a Laura. Además de ellas dos, habían ido tres amigas comunes, que no conocían mucho la historia de Eli y Laura y que alucinaban que fuera su hermana.

—¿Qué haces? —preguntó Elena a Laura en voz baja—. ¿Por qué la has traído? ¿Estás tonta o es que te ha abducido?

—Está bien, Elena. Hemos hecho las paces.

Linda se acercó.

—No se puede hacer las paces con una serpiente.

—Por favor, dadle una oportunidad, igual que se la he dado yo. Lo está pasando mal.

Elena hizo un gesto de incredulidad, pero no quería chafarle la fiesta a su amiga. Al fin y al cabo era su hermana.

Se sentaron en una mesa redonda las siete. Habían ido a un vegetariano en deferencia a Laura. Al principio estaban un poco tensas, pero pronto comenzaron a reírse y a decir tonterías. Eli al principio estaba callada, tímida, pero después se fue animando, uniéndose a las bromas atrevidas. La verdad que la chica era graciosa y tenía muchas anécdotas con gente famosa, así que incluso Linda y Elena aceptaron con agrado su compañía.

Laura sonreía feliz. Finalmente, los problemas se solucionaban. No tendría que vender su casa, había tenido unos cuantos momentos estupendos de sexo increíble y lo que era mejor, ¡se había reconciliado con su hermana! Todo se lo debía a Linda, que había apostado por ella y, sobre todo, al chico más guapo y amable que había conocido en su vida. Sentiría mucho separarse de él, Pero cada uno tenía su vida y así tenía que ser.

Una leve melancolía le tomó por sorpresa, pero fue rápidamente borrada por las bromas picantes de Elena.

Como en toda despedida de soltera que se precie, intentaron disfrazar a la novia. Intentaron, pero no pudieron. Bastante había hecho con ponerse una minifalda y botas con tachuelas, parecía una auténtica dominadora. Además, Elena la había pintado como si fuera una estrella porno, con el pelo cardado y un escote de vértigo. La verdad que si se hubiera puesto en cualquier esquina, hubiera tenido fila.

Las demás no iban a la zaga. Como no se pudieron disfrazar, porque la novia no lo consentió, se vistieron un poco atrevidas también. Botas altas, cuero negro y eye liner negro hasta la sien.

Al fin terminaron de cenar entre risas y bromas. Todas conocían a Andy y se morían de la envidia, «envidia sana», decían, pero más de una le hubiera encantado pasar una noche con él.

Eli fue encantadora y extremadamente cariñosa con su hermana. Laura no lo acababa de creer, pero estaba encantada. Elena no se lo creía y no hacía más que advertir a Laura que no se fiase.

—Ahora nos vamos a Rose, la discoteca de moda. Son las doce y media, la

hora de las brujas.

—¿Pero no son las doce, la hora de las brujas? —replicó Linda, que ya iba un poco «contenta».

—¡Qué más da!

Las chicas caminaron riéndose por la calle. Eran un grupo llamativo por sus vestidos y la juega que llevaban. Aun a pesar del frío, llevaban los abrigos en la mano y caminaban o correteaban.

Esto llamó la atención de una pandilla de chicos que se salían de otro restaurante, también de celebración, pero por el divorcio de uno de ellos y decidieron seguirlas a la discoteca.

22. AMIGOS, SIEMPRE

Bill silbó al entrar en la discoteca. Se veía de mucho lujo, con asientos de cuero y mesitas bajas. En la zona central había una pista de baile donde se encontraban unas veintitantas personas moviéndose al ritmo de una canción de los *Rollings*.

«Bien, al menos hay buena música.»

—Todavía es pronto para que haya «ambiente» —susurró Albert al oído de Bill—. Esto se empieza a llenar a partir de la una o las dos.

—¿A qué hora se acuesta la gente aquí?

Él se acostaba a las once como muy tarde, solía levantarse a las cinco.

—No se acuestan —contestó mientras tomaba a Robert del brazo y se dirigían hacia el reservado.

El tal reservado no era si no una sala abierta de no más de veinte metros, con sillones y una pequeña pista de baile en el centro. Se podía cerrar con una cortina, pero ellos no la iban a cerrar.

—Quizá encuentres una chica española que te guste aquí, Bill —le dijo su primo, esperanzado.

—Las españolas son muy guapas. Puede ser que sí encuentre a alguien. Quién sabe.

Andy sonrió. ¡Menuda alegría tener a su primo para su boda y para la despedida! Era un gran regalo y cuando viese a las chicas, se lo agradecería a Elena de todo corazón. Aunque Jordi le caía bien y había congeniado bien con los compañeros, Bill era como su hermano.

Pidieron unas copas, gin tonic para todos menos para Jordi que se pidió un whisky con hielo. Ni Andy ni Bill estaban acostumbrados a beber, solo alguna cerveza, pero no tuvieron opción.

La amarga tónica entró por las gargantas de Bill y Andy casi haciéndoles toser. Los combinados estaban muy cargados de alcohol.

Ambos se miraron. «No beberemos mucho más que éste», parecían decirse con la mirada.

Los chicos ya pedían casi el segundo gin tonic, y dos de los compañeros de Andy se habían lanzado a la pista a intentar «ligar» con las chicas que bailaban.

—Deberías probar, Bill.

—Sabes que no me gusta bailar suelto. Si es abrazado a alguien, sí. ¿No te

gustaría bailar con Laura?

—Con Laura me gusta hacer muchas cosas, quiero decir —rectificó—, cocinamos, paseamos, hablamos mucho. Vamos, todo lo que hace una pareja.

—Andy, ¿te has enamorado de ella?

Andy miró a su primo con el rostro serio.

—Puede que sí. Aunque ella no siente lo mismo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Esas cosas se saben, Bill. Cuando una chica está realmente enamorada por ti o solo se lo pasa bien.

—Bueno, concéntrate en el entrenamiento y en mejorar tus marcas. Eso es lo más importante.

Un leve griterío les interrumpió. Habían llegado las chicas. Andy se sorprendió gratamente. Al parecer habían quedado allí. Todas se pusieron a bailar contoneándose al ritmo de *Girls just want to have fun*, de Cindy Lauper, canción que les iba fenomenal.

Laura y Elena estaban en el medio saltando y bailando, mientras las demás las rodeaban.

Nunca había visto a Laura tan salvaje, tan sexy como aquella noche. Sin poder evitarlo, se levantó y se acercó a admirarlas. Bill le siguió. Estaba prendado de Elena, que tenía un aspecto realmente sensual.

Un grupo de unos diez hombres comenzó a rodearlas a todas. Eli también llamaba mucho la atención pues era toda una belleza y Linda estaba realmente sexy con sus botas hasta medio muslo y sus pantalones cortos. Jordi se levantó también. Preveía problemas.

Un par de tipos se pusieron a bailar junto a Laura y Elena. Ellas los ignoraron completamente, siguiendo su propio ritmo.

Los tipos no cejaban en su empeño. Andy se empezó a molestar. Decidió intervenir.

Bill y Jordi le acompañaron.

Una cosa era bailar al lado y otra intentar meterles mano.

Laura se alegró al ver a Andy, que destacaba de entre los demás. Iba junto con otro chico. ¿Bill, su primo estaba aquí? Ella les sonrió y le mandó a Andy un beso, lo que provocó que el hombre que estaba intentado «ligar» con ella se volviera molesto hacia ellos.

Como un estúpido avasallador, la cogió de la cintura sin preguntar, dándole un buen roce en el trasero. Ella se intentó zafar, pero no pudo. El hombre era

bastante más fuerte que ella.

Andy lo apartó de un solo empujón, casi tirándolo al suelo. Su cara de furia no era indicativa de nada bueno. Los otros acompañantes del hombre se volvieron al ver que su amigo gritaba. Y volviéndose contra el rubio dos de ellos, cerraron los puños amenazantes.

Bill se puso delante de Elena rápidamente para protegerla de los posibles golpes. Muy pocas veces había visto furioso a su primo y en esos casos, mejor proteger a los demás. Llevó a las chicas hacia el reservado mientras su primo miraba desafiante a los otros hombres. Se puso a su lado y Jordi, que también era un tipo alto, al otro lado. El primo y Robert también acudieron. Incluso los compañeros de equipo de Andy.

Los hombres se acobardaron y riéndose se largaron hacia la barra a pedir unas consumiciones.

Andy estaba realmente furioso y no quería dejarlo pasar, pero su primo pudo convencerlo.

Volvieron al reservado con las chicas, que estaban enfadadas porque les habían fastidiado la noche los tipos esos.

Albert encargó unas bebidas para todos, para calmar los ánimos. Laura se sentó junto a Andy. Le puso la mano sobre el hombro.

—No pasa nada. Siempre hay graciosos que quieren meter mano. Por eso no me gusta salir de fiesta.

—Debería haberle partido la cara.

—Tranquilo, Andy.

Pero él no se tranquilizaba de ninguna forma. Hasta que, sin saber por qué, Laura lo besó.

Sin escuchar los silbidos y los aplausos de los demás, se fundieron en un apasionado beso que calmó cualquier instinto asesino de Andy y lo cambió por otro tipo de emociones.

Bill miró preocupado a su amigo. En verdad estaba muy enamorado.

Elena se sentó junto a Bill.

—¿Qué tal lo pasas? Excepto por el casi incidente de antes.

—Muy bien. Mi primo se ha puesto muy contento de verme y la cena ha sido muy divertida. Tú estás preciosa.

Elena se sonrojó. No esperaba que él se interesase por ella. O quizá solo estaba siendo amable.

Una música lenta, pedida por Linda comenzó a sonar.

—Está dedicada a los novios, ¡que salgan a bailar!

—¡Que salgan! —corearon los demás.

La canción de Michael Bolton, *How I am supposed to live without you*, le recordó a Andy que pronto estarían casados y divorciados. Decidió simplemente disfrutar del momento.

Comenzaron a bailar en el centro de la pista, mirándose a los ojos. ella rodeaba su cuello y él la tomaba suavemente de la cintura. Verdaderamente hacían una pareja atractiva.

Bill se levantó y ofreció su mano a Elena.

—No vamos a dejarlos solos, ¿no?

Jordi y Linda ya estaban casi en la pista cogidos del brazo. Otras parejas se unieron en la romántica canción.

Bill tomó suavemente a Elena manteniendo una distancia prudente, pero Elena se apoyó en sus hombros y se acercó a él, rozando su cuerpo con el del joven australiano.

La canción acabó y dio paso a otra lenta, muchas parejas ya se habían animado. Ya no se bailaba este tipo de canciones en los bares y hasta para los más jóvenes era toda una novedad poder bailar así con sus parejas.

Ahora era Gloria Stefan que cantaba Don't wanna lose you now. «Quien haya elegido las canciones, tiene poca gracia», pensó Andy.

Besó suavemente la frente de Laura, casi sin darse cuenta. Ella a continuación se recostó sobre su cuello, sintiendo el pulso del joven en su cara.

Bill los miraba preocupado. Parece ser que iban en serio. Pronto dejó de pensar en ellos, para concentrarse en la preciosa mujer de ojos azules que tenía en sus brazos.

El resto de la noche transcurrió tranquila, entre bailes y risas. Bill se quedó a dormir en casa de Laura, aunque Elena le había invitado como por cortesía a dormir en su sofá. De todas formas, la parejita estaba tan acaramelada que seguro que dormirían juntos. En cuanto a Elena, no quería forzar las cosas.

Andy y Laura se retiraron a la habitación de la chica, y Bill, vigilado atentamente por los perros, se fue a dormir. Se quedaron los tres dormidos pesadamente, pues ninguno estaba acostumbrado a beber demasiado. El domingo fue un día casi de dormir, Laura en la cama y los chicos hablando sobre la granja, sentados en el sofá.

El lunes por la mañana iban a comer a casa de los padres de Laura, para

visitar la fábrica de quesos en la que Bill estaba muy interesado. Rápidamente el padre de Laura se brindó a enseñarles todo.

—¿Vais a la fábrica? —preguntó Eli al verlos aparecer por casa de sus padres a los tres.

—Sí. ¿Nos acompañas? —dijo Laura todavía asombrada del cambio de su hermana.

—Claro, además me ha dicho papá que le vendría bien una experta en relaciones públicas. Voy a reunirme con su socio, para hablarlo.

—¿Con Jaume? ¡Qué bien!

—Hace años que no lo veo...

—Ya sabes que estaba coladito por ti. Además, se divorció hace un año, no sé si lo sabías.

—Suena interesante. —Se arregló el pelo—. ¡Vamos a trabajar!

23. VISITA COMERCIAL

Jaume se arregló el nudo de la corbata por tercera vez. Hoy venían a ver la fábrica el esposo de Laura, su primo y *ella* también. A última hora se había sumado al grupo.

Siempre había estado enamorado de ella, de la famosa modelo. Un amor platónico, por supuesto. Además de que ella era famosa, y modelo, él tenía ocho años más. Era un tipo atractivo. Practicaba pádel cuatro días a la semana, cuidaba su alimentación y la naturaleza había sido generosa con él. Pasaba del metro ochenta; su tez morena y nariz ligeramente aguileña, junto con el pelo negro que comenzaba a encanecer en las sienes, le hacían parecer un atractivo latino que vacilaría con todas las mujeres a su alcance, lo cual se alejaba mucho de la realidad.

Tenía bastante fobia a salir, que disimulaba bastante bien y la fama que tenía le hacía sentirse mal. Él no era así, sin embargo, cuando Eli se hizo muy famosa, se dio cuenta que la única manera de tener una posibilidad con ella era cuidándose y haciéndose pasar por un joven y exitoso empresario, un «calavera»; siempre rodeado de bellas jóvenes rubias, como clones de la verdadera Eli, aunque nunca como ella.

Y ahora, quizá se había cansado de su época como modelo y comenzaría a trabajar en la misma empresa. Compartirían momentos, reuniones.

Empezó a sudar copiosamente. Parecía que se acababa de lavar las manos.

«Tranquilo, Jaume. Compórtate como haces siempre con las mujeres y todo saldrá bien».

Eli entró acompañada de Andy y Bill. Andy no tenía excesivo interés, al menos no tanto como Bill, que andaba casi dando saltos, nervioso y excitado, mirando a su alrededor.

Eli sonrió a Jaume quien le correspondió con una sonrisa de suficiencia, según había preparado.

«Será gilipollas», pensó Eli. Ella creía que Jaume era más agradable, pero al parecer era tan estúpido como todos los hombres con los que se había encontrado últimamente.

—Vamos a ver la fábrica, mi padre nos está esperando.

—Lo siento, pero tu padre ha tenido que salir urgentemente. Le han llamado de la oficina del *Conseller* urgentemente y me ha pedido que os enseñe y os explique, si no hay problema.

—No, por supuesto —contestó Andy al ver que Eli se quedaba callada—. Agradecemos tu tiempo.

La visita comenzó en la planta de envasado. Harían la visita en sentido contrario; desde el envasado de los quesos hasta la fabricación y la recepción de la leche de vacas del pirineo de la más alta calidad.

Jaume exponía con todo detalle los procesos. El padre de Eli, también socio, había insistido en contarles todo. ¡Ahora eran familia! Quizá podrían encontrar un negocio común de expansión hacia Australia. Así que amablemente procedió a ello.

Bill escuchaba con mucho detalle e incluso tomaba alguna nota o preguntaba a Andy alguna cosa en inglés si no comprendía el correcto castellano de Jaume.

«La verdad que el hombre se está comportando, les está contando los procesos internos de la empresa. No sé si debería saber papá que dentro de unos meses se van a separar del todo. Quién sabe, aquí el guapetón parece coladito por mi hermana».

Eli iba escuchando atentamente lo que iba contando Jaume, casi fascinada por el tono de voz grave que aclaraba cualquier duda y contestaba amablemente. Los tres hombres miraban el proceso de fabricación y ella los miraba también a ellos. Muy diferentes, pero con un gran atractivo. Incluso el primo Bill tenía algo.

«Creo que necesito, un poco de sexo o un poco de cariño». Eli sacudió la cabeza «Seguramente necesito ambas cosas. Amor verdadero y sexo en el que yo tenga más placer y no hombres que simplemente me llevaban para presumir». Definitivamente, quería enamorarse.

La visita terminó con una comida a la que acudió el padre de Eli. Los chicos parecían muy entusiasmados con la conversación. Incluso Eli, que con la experiencia que tenía en el extranjero y en las costumbres internacionales, aportaba inteligentes comentarios que recibían con toda normalidad. Eso era lo que ella quería, un lugar donde fuera apreciada por su mente y no por su físico.

Bill dijo algo en un castellano regular y Eli rio a carcajadas. Su risa fue tan contagiosa que todos rieron a continuación, incluso Bill que no se había enterado de nada.

Su padre la miró asombrado. Cuánto había cambiado en cuestión de días. Desde el día del cumpleaños de su madre. Algo había pasado entre las

hermanas y sospechaba que era por el joven novio de su hija pequeña. Se sentía tan agradecido, que le hubiera dado la fórmula secreta del queso que elaboraba si se la hubiera pedido.

«Cuando viaje a Australia este verano, la compartiré con él y con su primo».

El hombre estaba tan feliz que se dio cuenta de que hacía años que no estaba con su esposa, que no tomaba vacaciones. Ese mismo día sorprendería con un viaje a Sevilla a su amada esposa, a la que había descuidado por trabajar duramente. Ellos fueron de viaje de novios a Sevilla, a Cádiz y Málaga. Volverían a hacer ese viaje, intentaría salvar su matrimonio.

Se quedarían al mando Jaume y su inteligente hija Eli. Nunca, hasta ahora, había dejado mucho tiempo al mando a nadie hasta que se incorporó el hijo de su socio Jaume, un joven muy inteligente y trabajador. Al ver cómo miraba a Eli, se dio cuenta de que quizá, si la suerte le acompañaba, el negocio quedaría en casa.

Andy y Bill se despidieron de Jaume y de su socio con un fuerte apretón de manos y un abrazo. Eli les llevó en coche al piso de su hermana.

—¿Para cuándo es la boda? — preguntó de sopetón la hermosa conductora.

Andy se sobresaltó un poco. Todavía estaba sorprendido del cambio de la hermana.

—La semana que viene. El viernes tenemos hora con la embajada y el sábado haremos la boda civil.

—Quería pedirte un favor, Andy, —dijo girándose hacia su copiloto— En realidad, dos favores.

—Claro, dime.

—El primer favor, es que me gustaría muchísimo ir a la boda de mi hermana. No sé la idea que llevabais, pero si pudieras interceder para que pueda ir, te lo agradecería mucho.

—Bueno, supongo que sí. Yo le diré a Laura. ¿Y el segundo?

—El segundo favor es mucho, mucho más importante para mi. Quisiera, por favor y te lo pido con todas mis fuerzas, que no le hagas daño a mi hermana. Sé que sientes algo por ella y posiblemente ella por ti, como también sé que en unos meses romperéis. Por eso te pido que no le hagas daño.

—Tienes razón. Siento algo por tu hermana y no querría de ninguna manera hacerle daño. No sé qué pasará el día que decidamos separarnos, pero te aseguro que no será de mi agrado.

Salieron del coche mientras Eli se despedía cariñosamente de ambos.

—Andy, no debiste implicarte tanto. —Los ojos de Bill miraban preocupados a Andy que estaba pensativo.

—No he podido evitarlo, Bill. Maldita sea, no sé qué hare cuando tenga que separarme.

—Geordie te lo dijo claro. Al New York Institute of Technology no vas a poder ir como un hombre casado. Tendrás que elegir. Tu carrera o ella.

—Creo que Laura no está enamorada de mí, Bill. Siente afecto, le gusto, lo sé, y está bien conmigo, pero soy como un compañero de piso con el que de vez en cuando tiene sexo. No me había pasado nunca.

Bill sonrió.

—No estás acostumbrado a que una mujer no beba los vientos por ti y te resulta extraño. Quizá es por eso por lo que te empeñas en decir que estás enamorado. Piensa con la cabeza y no con otras partes de tu cuerpo. —Le dio un puñetazo cariñoso en el hombro mientras abría la puerta del piso.

Walter y Ronin se acercaron contentos a saludar a ambos chicos. Desde el primer momento habían conectado estupendamente con el primo igual que lo hicieron con Andy.

Laura no estaba. Andy preparó café para ambos.

—Te he visto realmente entusiasmado con la fábrica.

—Sí, el padre de Laura es un tipo estupendo y el tal Jaume también. Incluso su hermana. He anotado muy buenas ideas y, si me permites, me voy al cuarto a anotar lo que se me ha ocurrido antes de que se me olvide.

Andy sonrió. Cuando a Bill se le metía algo entre ceja y ceja, no había quien se lo quitase. Se echó en el sofá. La costumbre española de la siesta era muy agradable, aunque más si era en compañía. Cerró los ojos mientras Walter descansaba la cabeza sobre su pierna.

«Quizá Bill tenga razón y solo me siento especialmente atraído por Laura porque ella no está enamorada de mí». La semana pasada había mejorado su marca en todas las especialidades del triatlón y Jordi estaba entusiasmado. Seguramente estas olimpiadas conseguirían una medalla de oro con él. Puede que un par. «No puedo estropear la oportunidad por la que había luchado todos estos años, tantos sacrificios. Decididamente. No lo voy a fastidiar».

Se quedó dormido mientras pensaba y así fue como Laura lo encontró. Venía con Elena, que además de querer ver a Bill, le había acompañado a recoger el vestido y los zapatos. La boda sería en unos días más, y estaban ya con los últimos preparativos. Elena estaba excesivamente nerviosa, más que Laura,

por la boda, por su atracción por Bill, porque tras la boda en un par de días, se irían a Australia, a la fiesta del otoño. Y no la vería en un par de semanas por lo menos.

«Ojalá salga todo bien», pensó Elena. Conocería a su familia, su ambiente, tal y como Andy había hecho con la familia de Laura. Y no había ido nada mal. Los padres de Laura estaban encantados y agradecidos e incluso Eli había cambiado tanto que la familia estaba impresionada.

Elena dejó los paquetes en la habitación de Laura mientras ella preparaba unos cafés. Laura miró al hombre durmiendo. Respiraba suavemente con los labios entreabiertos y la cabeza ladeada sobre el sofá. Sentía el deseo de besarle, de despertarle acariciando su cabello pero estaba Elena ahí y, además, últimamente el chico estaba un poco despegado. Realmente no sabía qué sentía él por ella. Tan pronto aparecía tan enamorado como se separaba de ella y, lo que era peor, ella no sabía qué sentía por él.

24 ¿BODA POR FIN?

Bill terminó de anotar todas las ideas que se le habían ido ocurriendo mientras visitaba la fábrica, desde el diseño de la maquinaria hasta las mezclas adecuadas. Andy también había estado muy atento, al fin y al cabo era un negocio familiar.

Estaba un poco distraído por esa belleza morena de ojos azules que tan amable había sido con él. Habían bailado y se habían divertido, sin llegar a más. Pero cada momento pasado con ella sería algo que nunca olvidaría.

Estaba claro que Elena no se iba a interesar por un tipo tan normal como él. Ella era tan elegante e ingeniosa, tan atractiva, que no tendría ninguna oportunidad.

«Es la primera vez que me gustaría ser un poco como Andy», suspiró con tristeza.

Escuchó a las chicas susurrando en el salón. Andy debía haberse quedado dormido.

Recogió los papeles y cerró el portátil. Valía la pena pasar unos días junto a ellas. Laura era una chica muy agradable. Lástima que tuvieran que separarse, pero sería lo mejor para Andy.

Elena estaba saludando a los dos perrazos en la cocina mientras Laura miraba con dulzura a Andy, echado en el sofá. ¿Se habría equivocado por aconsejar a su primo que se mantuviera distante?

«Después de todo, quizá ella se ha enamorado».

Enseguida desvió la mirada hacia la mujer que le había vuelto loco en esta última semana. Aún se preguntaba qué es lo que esa mujer le había hecho... pero que le había enamorado de tal manera que cuando estaba con ella el resto del mundo desaparecía.

—Hola —saludó en su mejorado castellano.

—Hola, Bill. ¿Qué tal va todo? —Sonrió deslumbrando al joven.

—Bien, estoy muy contento. Hemos visitado la fábrica esta mañana y tengo muchas ideas para cuando vuelva allá.

—Me alegro muchísimo, Bill. —Elena acarició su brazo sin poder evitarlo. Bill se estremeció ligeramente.

—¿Me ayudas a recoger el vestido, Elena? ¡Hola, Bill!

—Claro, ¡vamos a recoger todo lo que hemos comprado! —Se separó con pena del australiano.

Cenaron en el piso. Las chicas habían comprado algo de ensalada, hummus y unas hamburguesas vegetales que Bill juró que parecían de ternera. Pasaron un rato increíblemente agradable, de risas y charlas.

Andy también se había comprado un traje de chaqueta a medida en una sastrería que Jordi le había recomendado y estaba muy contento porque tendría un aspecto muy elegante.

El día de la boda llegó rápido, más de lo que Laura imaginaba. Finalmente, sus padres se habían ido a ese viaje que llevaban años postergando. Así sería más fácil. A la boda solo asistirían Elena, Linda y Eli con Jaume, con quien parecía que empezaba a tener una relación.

Laura se alegraba mucho por Eli. Por fin parecía que se estabilizaba. Ya no iba a hacer pasarela, salvo cosas locales, y se dedicaría a la empresa junto con Jaume. Por Andy vendría Bill y un buen amigo del equipo con el que se llevaba de maravilla, Marc. Sería una boda civil íntima.

El viernes fueron a la embajada de Australia donde el agregado consular les casó. Se vistieron elegantes pero los mejores trajes los guardaron para la boda civil.

Andy fue a casa de Jordi y Linda para arreglarse. Elena insistió en ello.

—Es absurdo, Elena. Esta boda es falsa —discutía Laura—. ¿Qué más da si el novio ve a la novia antes de la boda?

—De eso nada. Hay que seguir la tradición.

Andy tuvo que coger el traje y marcharse a casa de Jordi. Había escuchado lo de la boda falsa y no estaba muy feliz por ello, pero bueno, así sería más fácil.

El sábado amaneció nublado, pero no llovía.

«Un día gris. Si fuera mi boda de verdad no me gustaría. Espero que cuando me case sea verano y el cielo amanezca azul, sin nubes».

Elena miró a Laura que suspiraba. Parecía triste, aunque estaba preciosa con el vestido de su tía. Una amiga maquilladora había venido a su casa y le había hecho también un sencillo pero elegante recogido que podría ser portada de cualquier revista de moda.

Estaba realmente espléndida, mucho más atractiva que su hermana, que tenía lágrimas en los ojos de emoción. Ella llevaba un vestido azul Klein de tirantes y un hermoso abrigo de piel sintética. Jaume hablaba con Bill, quien finalmente acompañaría a Elena a la boda. Irían ya y después, Eli con el coche deportivo de Jaume, llevaría a la novia.

La boda se celebraría en una pequeña finca con playa, habían alquilado la zona que daba al mar para la ceremonia. Cenarían los pocos invitados allí mismo. El lugar era mágico, Elena se había encargado de que lo fuera, con luces suaves y flores blancas. Era la sorpresa que le habían querido dar a su amiga entre Linda, Eli y ella.

«Aunque sea una boda falsa, será inolvidable», decidió Elena.

Se fue para la finca con Bill y Laura se quedó a solas con su hermana.

—Aún estás a tiempo, Laura. ¿De verdad quieres casarte?

—Eli, esta boda es una simple actuación. Es fácil divorciarse hoy en día.

—Eso ya lo sé. Pero de lo que no estoy segura es de tu implicación emocional.

—No pasa nada. Sí, es cierto que me he acostado con él, ¿qué mujer no lo haría si tuviera oportunidad?

Eli bajó la mirada.

—No lo digo por que coqueteaste con él. No estoy enfadada. En realidad, me siento muy agradecida porque te he recuperado. Solo por eso, ya ha sido una buena decisión.

Eli abrazó emocionada a su hermana. Las lágrimas amenazaban con arruinar su maquillaje, así que se repuso rápidamente.

Jaume entró, encontrándolas fundidas en un abrazo fraternal. También él se alegraba del cambio espectacular de Eli. Más, porque habían comenzado a salir, despacio, conociéndose, aunque él estaba completamente enamorado de ella.

—Vamos, chicas, que la novia no puede llegar demasiado tarde.

Eli tomó su bolso; Laura, el precioso ramo de rosas blancas que le había regalado Linda y salieron. Walter y Ronin la miraban como despidiéndola.

Andy estaba nervioso. Paseaba por la entrada de la finca, ajustándose la corbata y levantando la admiración de cualquier mujer que pasaba por allí para acceder a las otras salas de boda de la finca. Alguna incluso le había hecho alguna foto disimuladamente.

Bill ya había llegado, junto a Elena, de la que no se separaba.

—Estaba vestida, así que vendrá. Tranquilo.

—Estoy nervioso, Bill. Aunque no sea una boda real, tal y como ella dijo — susurró al oído de su primo.

Bill arqueó las cejas. Elena le había confesado que estaba preocupada por ellos, porque Laura estaba triste y Andy no estaba mejor. Se les veía

incómodos ante la proximidad de la boda y del viaje a Australia.

Los padres de Andy les habían enviado los billetes sin opción a discutir así que el lunes salían de viaje a conocerlos. Eso preocupaba a Laura pero más a Andy. Él sabía que ella se comportaría perfectamente, tal y como él había hecho con sus padres, pero así como los padres de Laura no habían estado mucho con ellos, en este caso, directamente iban a casa y convivirían al menos diez días.

—Temo que mi madre se dé cuenta de todo, Bill. Ya sabes que no se le escapa nada. ¿Qué pensarán de mi si se enteran?

—Pensarán que estás haciendo todo lo posible por tu carrera, pero no tienen por qué enterarse. Ya verás, todo irá bien. Hoy solo disfruta de tu día.

Andy sonrió torcido mientras miraba el camino por donde tenía que venir el deportivo rojo de Jaume. Al fin apareció.

Paró delante de las escaleras de piedra y Andy bajo deprisa, sin pensar. Abrió la puerta para que saliera Laura y se quedó asombrado. Si pensaba que Laura no podía estar más bonita, se había equivocado.

Laura se sonrojó al ver la mirada apreciativa de su futuro esposo. Él también estaba realmente atractivo, con su traje de chaqueta oscuro.

«Escandalosamente guapo», pensó Laura.

—¡Hacéis una pareja de portada de revista! —exclamó con verdadero afecto Eli.

Andy besó la mano de Laura y la tomó del brazo para subir las escaleras. Allí iban.

La boda pasó tan rápida para Laura que si no fuera por las fotos y el vídeo, apenas la recordaría. Se había centrado en él, sumergida en sus ojos azules. Parecían una pareja realmente enamorada.

«Eso es bueno para el vídeo y las fotos», pensó tristemente Eli. Temía por su hermana. Aunque no lo quisiera reconocer, estaba coladita por el australiano.

Tras la cena, se retiraron al apartamento, cansados y ligeramente bebidos. Iban a estar solos durante su «noche de bodas», ya que Elena había ofrecido a Bill quedarse en su casa.

—Es una oferta interesada —guiñó el ojo a Laura cuando le preguntó por qué.

Habían estado compartiendo la cama mientras Bill estaba con ellos en el apartamento, pero no habían hecho el amor desde la última vez, desde la despedida. Ese día, Andy, su esposo ya, había sido muy amable y atento,

incluso le había besado apasionadamente cuando los invitados lo habían pedido.

Ahora estaban solos, en su noche.

Walter y Ronin les recibieron alegremente.

—¿Quieres que los saque un rato?

—No, Andy, no es necesario. Mi vecino los paseó ya.

—Entonces, me voy a dormir. Mañana tenemos que hacer el equipaje.

—Sí, es muy tarde. Buenas noches.

Laura se dirigió tristemente hacia su habitación y comenzó a quitarse las horquillas del pelo. Le dolía ya la cabeza, por ellas y por el vino. Ya sabía que no era real, pero le hubiera gustado tener mejor recuerdo de aquella noche.

Comenzó a intentar desabrocharse el vestido pero los botones de la espalda estaban fuera de su alcance. O llamaba a Andy, o dormía con él puesto.

Salió descalza de su habitación y llamó a la puerta del joven.

—Perdona que te moleste, ¿puedes ayudarme?

Andy abrió con solo los pantalones puestos y el torso al descubierto. Ya se había comenzado a desvestir. Laura se giró rápidamente para no mirarle.

—Tengo un problema táctico. No llego a los botones.

—Claro.

Andy comenzó a desabrochar los pequeños botones que cerraban el traje por la espalda. Conforme los iba soltando, la suave espalda de Laura aparecía y el encaje blanco de su ropa interior solo le aumentaba su hambre de ella.

Sin poder evitarlo, acarició la espalda produciéndole un escalofrío.

—No, Andy. Es mejor que no sigamos más. Así sufriremos menos.

—Está bien—dijo Andy cerrando la puerta tras él.

25. ¡¡ALLÁ VOY!!

El avión despegó ruidosamente mientras Laura cerraba los ojos. Andy iba sentado en el asiento del medio, hablando animadamente en su inglés más australiano con Bill sobre la granja y los quesos. Aunque al principio le había costado un poco entenderlo, ahora no tenía ningún problema.

Andy le había contado acerca de su madre Kass y su padre Kevin, acerca de la granja y de Newcastle, una preciosa ciudad costera. Le había prometido llevarla a hacer surf. Al menos, antes de que su noche de bodas y los días anteriores fueran tan frustrantes. Suponía que delante de sus padres disimularía un poco y sería algo más cariñoso. De alguna forma, sentía que, ahora que ya estaban casados, había conseguido sus objetivos y ya no había interés en parecer siquiera agradable.

Laura apretó la mano en el reposabrazos del asiento hasta poner los nudillos en blanco. Sus ojos estaban tan fuertemente cerrados que apenas se le veían las pestañas. Una fuerte mano descansó sobre la suya acariciándola.

—¿Miedo a volar? No lo sabía.

Laura miró a Andy agradeciendo su apoyo.

—Solo es al despegar y al aterrizar. Es cuando se producen más accidentes, ¿sabías?

Andy le sonrió.

—Te aseguro que viajar en avión es de lo más seguro. No te creas todo lo que lees en Internet.

Siguió hablando animadamente con Bill pero no retiró su mano de la de Laura lo que ella agradeció de corazón. No solía viajar mucho en avión por lo mismo, pero las veces que había viajado había sido sola, sin nadie que le acompañara en esos momentos de tensión.

Ya en lo alto, Laura se relajó y el viaje transcurrió de forma más rápida.

Los padres de Andy les estaban esperando en el aeropuerto. Allí eran las cinco de la tarde y unos agradables dieciocho grados caldeaban el ambiente. Laura les observó. Andy se parecía mucho a su padre, aunque él no era tan rubio como su esposo.

«Mi esposo», suspiró Laura.

Andy se giró al escuchar el suspiro y la tomó de la mano.

—¡Ánimo! Mis padres son inofensivos.

La madre de Andy estaba seria, expectante. Era una hermosa mujer en sus

cincuenta y algo, con el pelo rojizo y apenas maquillada. Se le veía sencilla pero su presencia era imponente.

Laura se acobardó un poco. Engañar a sus padres que vivían «en otro mundo» fue relativamente fácil, pero los padres de Andy parecían estar muy atentos a su hijo. De hecho, iban a pasar esos diez días en el sótano de la granja, donde habían habilitado un apartamento para ellos. Había sido una sorpresa y Laura detestaba decepcionarlos, todo el dinero que habían gastado por su relación con ella no servirían para nada.

«Bueno, al menos Andy podrá vivir con su siguiente esposa allí».

—¡¡Bienvenidos!! —dijo Kass, dándole un abrazo interminable a su hijo.

—Mamá, esta hermosa mujer es Laura —dijo Andy soltándose de su madre.

Kass miró a Laura y la abrazó, dándole un beso en la mejilla.

—Eres bienvenida, a Australia y a casa. —Le sonrió francamente.

—Bienvenidos —dijo el padre de Andy, sumándose a las sonrisas.

—Vamos, ¡estoy hambriento! En estos aviones no saben cocinar —bromeó Andy.

Bill saludó a sus tíos con un afectuoso abrazo y se dirigieron hacia la enorme *pick up* de cuatro puertas plateada que esperaba aparcada en el enorme aeropuerto de Newcastle. Andy se sentó delante con sus padres y Laura con Bill detrás.

—Bill, imagino que querrás visitar a tu hermana, ¿te dejamos en la residencia?

—Muchísimas gracias, tío Kevin. Sí, tengo ganas de verla. Si no os importa, me va genial.

—Hecho, chaval.

—¿La furgoneta va bien, papá?

—¡Más que bien! Tu padre no hace más que encontrar una excusa para venir al centro y pasearla —rió Kass—. Fuiste muy generoso, mi cielo.

Laura vio el profundo amor que su madre le tenía y pensó que le gustaría que su madre le abrazase así. ¿Cuánto tiempo hacía que su madre no le daba un buen abrazo? No recordaba.

Miró por la ventana mientras el paisaje volaba. Enormes campos verdes rodeaban el aeropuerto. Se desviaron hacia la finca, sin pasar por el centro.

—Andy, tendrás que enseñarle a Laura la ciudad, y ¡prepararos para la fiesta del otoño!

—Claro que sí, y si hace buen día, haremos surf.

—Qué bien que seas deportista Laura, me gustan las chicas sanas —dijo Kass, apreciativamente.

Llegaron a lo que Andy llamaba «su granja», que en realidad era una enorme finca a la que no se veía el final. Una gran casa de dos plantas de estilo rústico, con fachada en madera pintada en blanco, los recibió.

Tres enormes perrazos salieron a recibirles, ladrando alegremente.

—¿No los encerraste, Kevin? ¡No conocen a Laura!

Laura ya había salido del coche y los perros se dirigieron a ella, al principio gruñendo, pero comenzaron a olisquearla amistosamente cuando Andy llegó a su lado.

—Vaya, parece que has pasado su aprobación—sonrió Kevin.

—Yo tengo dos perros enormes también y nada más que vieron a Andy, se los ganó —sonrió Laura.

—A veces los perros son más inteligentes que nosotros —dijo su madre, tomándola del brazo—. Bienvenida a la granja, Laura. Ésta es tu casa también.

Kass la estrechó ligeramente hacia ella y casi hizo emocionar a la joven.

—Tengo muchas ganas de enseñaros el apartamento que os hemos preparado. —Su madre aplaudió, nerviosa—. ¡Espero que os guste!

Bajaron por las escaleras del sótano de la cocina, aunque también tenía una entrada individual por detrás de la casa. Kass bajó primero, seguida de Andy y Laura.

—Wow, esto es impresionante —dijo Andy llevándose las manos a la cabeza.

El apartamento estaba bellamente decorado en tonos claros, con un concepto abierto. La cocina se abría al comedor y a una pequeña salita de estar con un sofá en color gris, con alegres cojines naranjas, delante de una chimenea encendida. Hermosas fotografías en blanco y negro de la finca y de Andy de pequeño adornaban las paredes. Al fondo, una habitación de matrimonio con una enorme cama, y un elegante baño con bañera, jacuzzi y ducha. Entre ellos, un magnífico vestidor de casi diez metros cuadrados que sería el sueño de cualquier mujer.

Laura miraba todo con la boca abierta, haciendo que Kass asintiera satisfecha.

—¡Es todo tan bonito! ¡Qué maravilla de apartamento!

Kass apretó la mano a Kevin, emocionada. Era importante que le gustase a su hijo, pero más a ella. Su hijo se conformaría con su vieja habitación y

estaría tan feliz. Ahora, se le veía orgulloso y feliz.

«Espero que esta chica sea la definitiva», pensó alegremente Kass. No le importaba que fuera de otro país. Ella parecía sencilla y sana. Además, era muy atractiva. Sus nietos serían realmente guapos.

—Bien, os dejamos refrescaros y en un par de horas, hemos reservado mesa en Mason, para celebrar que estáis aquí.

—Sí, me gustará invitaros.

—De eso nada, Andy. Hoy os invitamos nosotros.

Al fin se quedaron solos en el precioso apartamento.

—¿Estás bien? Mi madre puede ser un poco apabullante...

—Tienes mucha suerte, Andy. Tus padres son estupendos. Me dará pena cuando...

—Bueno, no pienses en eso ahora. Creo que deberíamos esforzarnos por hacer que ellos sean felices. Nuestro matrimonio aún tiene que durar hasta abril, por lo tanto, no es necesario aparecer enfadados.

—No, no, por supuesto. Si te parece, me voy a duchar.

Las lágrimas se confundían con el agua caliente de la ducha.

Tomó las esponjosas toallas que la madre de Andy había preparado. Todo era nuevo y maravilloso. Entró en la ducha. Habían puesto hasta jabón, crema, todo. Laura se emocionó de verdad. Las lágrimas se confundían con el agua caliente de la ducha.

«Ya vale, no seas tonta, o al final se te hincharán los ojos. Ya lo sabías», se repetía Laura.

Laura salió de la ducha y se envolvió con la suave toalla, nueva, que amablemente le había preparado la madre de Andy.

—¿Puedo entrar? Me gustaría ducharme.

—Sí, claro, entra—dijo Laura, aunque no se esperaba que entrase completamente desnudo.

Laura se sonrojó y salió corriendo del baño provocando en Andy una leve sonrisa.

Se paseó por la cocina. Tenían de todo. Lavadora, horno, microondas, lavavajillas, secadora... todo lo que se podría necesitar. Abría todas las puertas, como una niña curiosa: estaban llenas de platos, vasos, de todo tipo de utensilios, pequeños electrodomésticos, incluso frascos de conservas; pequeños detalles que hablaban de amor. Laura abrió la nevera para buscar agua y soltó una exclamación.

Andy, que salía del baño envuelto en una toalla, se acercó.

—Mi madre se ha pasado. Creo que quiere sobrealimentarnos.

La nevera estaba más que llena. Fruta, sobre todo, pero también unos cuantos recipientes cerrados con comida preparada.

—Te va a encantar esto. Estoy hambriento —exclamó Andy cuando Laura le miró.

Andy abrió uno de los recipientes que contenía unas deliciosas bolas de tofu rellenas de queso y con una salsa que parecía de calabaza. Le dio a probar un bocado a Laura.

—Mmmm ¡qué delicia!

—Mi madre ha hecho la versión vegetariana de sus bolas de carne de vaca.

—Es todo un detalle, Andy. Tu madre es un amor.

Tomaron unas cuantas bolas. Laura también se animó con una copa de vino australiano.

—Bin Shiraz, está exquisito.

Allí estaban los dos, envueltos en toallas y tomando una pequeña merienda, en un precioso apartamento, solo para ellos.

«Podría haber funcionado, quizá...», pensó Andy mirando a Laura. Ella era justo lo que necesitaba pero Geordie ya le había llamado y al otro día se reunirían para hablar de su futuro en el que no estaba incluida una esposa.

—Bueno, me voy a vestir.

—¿Hay que arreglarse mucho? ¿Es un restaurante de lujo?

—Sí, y es complicado reservar mesa, así que es todo un acontecimiento para mis padres.

—Igual es el momento de decirles que estamos casados.

—Sí, creo que sí. Te pediré, por favor, que estés muy cariñosa conmigo.

—Claro que sí, Andy. Estoy muy feliz y agradecida de cómo te comportaste con mis padres y, por supuesto, yo haré lo mismo. No te preocupes.

—Gracias. De verdad. ¡Vamos a vestirnos o si no pensarán que estamos probando la cama!

Laura bajó la cabeza mientras se sonrojaba ligeramente. Lo cierto es que se le había pasado por la cabeza hacerlo, él estaba increíble con solo una toalla y seguía sin ser consciente de los estragos que le causaba.

Andy se puso el traje de chaqueta de la boda sin corbata, con una camisa color azul brillante que se había comprado con Laura. Y ella se puso un vestido ajustado en degradados azules a juego con su camisa.

Se recogió el ondulado cabello en un moño italiano, mientras Andy le observaba callado.

—¿Te puedo decir algo?

—Claro, dime.

—Estás muy atractiva con tu recogido, pero cuando lo llevas suelto estás preciosa.

Laura se sonrojó ante el halago.

—Está bien, suelto.

Ella se soltó el pelo dejándolo caer sobre la espalda. Los reflejos rojizos y castaños de su cabello ondulado hipnotizaron por un momento a Andy, que deseó poder acariciarlos. Se apartó de su lado con pena.

Un mensaje sonó en el móvil de Andy, avisándole de que sus padres ya estaban listos.

Subieron las escaleras del sótano. El padre de Andy llevaba un elegante traje con camisa blanca y corbata y su madre un vestido estampado en colores verdes y dorados. Estaban muy elegantes.

Kass miró con cariño a la pareja. Estaban muy atractivos, aunque ella notaba que Andy le ocultaba algo.

En el restaurante, Kass observó las miradas admirativas de hombres y mujeres hacia la pareja, que no era consciente de su atractivo.

Habían elegido ese restaurante porque tenía opción vegetariana. Escogieron sus platos y tomaron un ligero vino espumoso.

Andy miró a Laura preguntándose si ése era el momento ideal para decirles todo lo que habían hecho, básicamente, una boda rápida. Estaban conversando animadamente, pero él ya no podía esperar más.

Laura asintió.

—Bueno, quería comentaros algo.

Ambos padres callaron. Podrían ser muchas cosas, así que esperaron.

—Sé que es muy pronto, que llevamos poco tiempo. Quizá os parezca algo precipitado, pero bueno, quería deciros que... ¡nos hemos casado en España!

—¿Cómo? —dijeron ambos a la vez.

—Sí, estamos casados.

Los padres de Andy formaron una gran «O» con sus bocas y se quedaron momentáneamente callados.

26. TE AÑORO

Elena echaba mucho de menos a Bill. Había quedado con Linda para hablar de Laura, sin saber qué tal le estaba yendo por aquellas lejanas tierras. Laura había prometido contarles por videoconferencia, pero una tormenta los había dejado sin internet.

—Hace solo unos días que se han ido y ya los echo de menos.

—¿A quién echas de menos, a Laura o al grandullón?

—No seas mala, Linda —contestó Elena mientras veía como las gemelas devoraban su chocolate con churros.

—Yo también los añoro, tontina. Aunque no veía a Laura a diario, sabía que estaba a dos minutos, y el rubio también me ha caído muy bien, y Bill, ¡te has colado por él!

—Sí, no sé qué ha pasado, pero estoy segura de que es el hombre de mi vida, Linda. ¡¡Y se ha ido a Australia!!

—No te pongas triste, estáis a tiro de avión. Lo importante es, ¿él siente lo mismo por ti?

—La noche de la boda vino a mi casa a dormir, ya sabes, para dar intimidad a la pareja. Allí se me declaró. Dijo que se había enamorado, pero que él no podía pedirme que dejara mi vida aquí por intentar una relación. Dijo que él no podía dejar su casa, por su hermana, y porque allí tenía trabajo. Aquí no lo encontraría.

—Oh, vaya. ¿Se lo comentaste a Laura?

—No, preferí no decírselo a nadie. Te lo cuento a ti ahora.

—O sea que el chico está loquito por ti, pero que no quiere obligarte a irte allí. Resumiendo.

—Así es.

A Elena se le llenaron los ojos de lágrimas. Tricia la vio.

—Tía Elena, no llores, toma el churro con chocolate. Es el último.

—No cariño, no lloro por eso. Come tranquila.

—Te voy a hacer una pregunta, Elena.

—Dime —sorbió la joven.

—¿Qué es lo que te impide largarte allí? Tus padres están bien, tienes un trabajo que aborreces y vives de alquiler. Dime, ¿qué es exactamente lo que te impide irte con él?

—¿Y si no funciona, si lo dejo todo y me voy y luego cuando comencemos a

vivir no nos entendemos? ¿Vuelvo sin más?

—Claro que sí. Cuando yo fui a vivir con Jordi solo nos conocíamos hacía seis meses y dimos el paso. ¡Fíjate qué bien salió! Solo han pasado unos días y estás mustia, como mis macetas.

—Pero, ¿qué dirán mis padres?, ¿realmente él querrá que vaya?

—Pregúntale y prueba. Puedes coger las vacaciones o una excedencia de seis meses y ver qué pasa. Si no lo haces, te vas a arrepentir todos los días de tu vida.

—¿Y si me voy?

—Al final tendremos que irnos nosotros a Australia, si te vas tú también.

—Laura volverá, supuestamente. Yo no lo sé.

—Cariño, ¡lánzate al vacío! Si sale mal, te esperaré aquí con los brazos abiertos pero ¿y si sale bien? Si como dices, es el amor de tu vida, ¿por qué tiene que ir mal?

Elena se revolvió inquieta. Ya estaba calculando todas las posibilidades. Finalmente levantó la cabeza. Su mirada había cambiado, ya no lloriqueaba, sino que tenía su mirada firme, como siempre. Ya volvía a ser la Elena de siempre.

—¿Sabes qué? ¡Que me voy!

Brindaron con el café con leche y Linda le deseo la mejor de las suertes, mientras las dos pequeñas miraban a las dos adultas reírse nerviosas.

El día siguiente fue muy intenso para Elena. Primero habló largo y tendido con Bill, casi durante dos horas. En Australia eran las seis de la mañana, pero él atendió gustosamente la videoconferencia.

El joven estaba realmente ilusionado, casi lloraba de alegría al escuchar la noticia.

—Si me aceptas, voy. Puedo buscar trabajo. No quisiera ser una carga para ti.

—Tonterías. Necesito a alguien en la oficina. Si te gusta el trabajo, es tuyo. Arreglaremos los papeles sin problema. ¿Podrás dejar a tus padres, tu familia, tu vida allí?

—Una buena amiga me ha aconsejado bien. Podemos probar, si no funciona, me vuelvo a España. Ah, no le digas nada a la parejita. Será una sorpresa.

—Casi no los veo. Andy le está enseñando a surfear y están haciendo turismo. Parece que están bien y mis tíos están encantados con ellos, aunque cuando les dijeron que se habían casado, me dijo Andy que su madre se

disgustó.

—¿Qué dices Andy, que os habéis casado? —Kass casi había dejado caer la copa de la impresión.

—¿Pero... cómo ha sido? —preguntó su padre.

—Un impulso, el amor es así —guiñó el ojo a Laura.

Laura se quedó callada. Era mejor que él se lo explicara a sus padres.

—Bueno, entonces, ¿por qué os habéis casado tan rápido? No es que no me gustes, Laura, al contrario. Estoy encantada de que Andy por fin haya escogido a una buena chica. Sin embargo, hoy en día, no es necesario casarse...

—Madre, es una decisión que tomamos y ya está —cortó un poco molesto Andy.

La madre parecía contrariada, pero su padre tomó la copa y pidió un brindis.

—Bienvenida a la familia, Laura, de nuevo. Me alegro de que mi hijo se haya casado contigo y disculpa, el choque ha sido un poco fuerte.

—Sí. Disculpa, querida. Yo solo pensé que cuando se casara mi único hijo, haríamos una ceremonia muy especial. La novia quizá iba a llevar alguna de mis joyas, que era de mi abuela, no sé, esas cosas.

Andy abrazó a su madre que parecía triste.

—Si quieres, tras las Olimpiadas, el invierno que viene, organizamos una boda, ¿de acuerdo? Y Laura podrá llevar tus joyas, lo que tú quieras.

Laura miró a Andy intentando disimular su sorpresa. En el verano ya no estarían juntos. Estaba engañando cruelmente a su madre.

—¡Entonces tendremos que empezar ya a preparar todo!

—No, todavía no. Y además tendremos que hablarlo antes...

Andy miró a Laura que agradeció que contase con ella. De todas formas, daba lo mismo, pero...

Finalmente, Kass sonrió alegre y abrazó a Laura a quien tenía a su derecha.

—Me alegro mucho. Ahora eres mi hija.

—¿No crees que tu madre sufrirá cuando no nos casemos al año que viene?
—preguntó Laura ya en el apartamento del sótano.

—Cuando llegue el momento ya se lo explicaré. Siempre ha tenido mucha ilusión de ser la madrina de mi boda y ahora le he quitado ese momento, así

que lo menos que podía hacer es darle ese capricho. Que ella sea feliz, al menos durante un tiempo.

Laura asintió y se fue a desmaquillar. Se sentía fatal por desilusionar a la mujer, a la que ya adoraba. Se acostó mirando a la pared, mientras Andy veía un poco la televisión. Al poco, él vino y se durmió enseguida. Ella todavía se sentía culpable y casi no durmió.

Los siguientes días fueron muy intensos. Por la mañana Andy fue a hablar con Geordie, pero el resto de los días surfearon, hicieron turismo y se divertieron. Él no quiso decirle a Laura la presión que tenía con su ficha.

—Andy, no puedes bajar el ritmo. Ya te has tomado demasiadas vacaciones, ¡no estás en forma! No deberíais haber venido, sino entrenar sin parar.

—Geordie, quería ver a mis padres. Para ellos es importante que esté en la feria de otoño. Querían conocer a Laura.

—Andy, nos jugamos mucho. Si no estás en forma, no podrás entrar en el equipo olímpico y yo....

—Hay algo que no me cuentas. Te conozco desde hace diez años, y nunca te he visto tan agobiado.

Geordie se levantó de su sillón y se puso a mirar por la ventana de su oficina, Ahora tenía una oficina en el centro de Newcastle, en uno de los mejores edificios. Si no iban las cosas bien, no solo perdería la oficina, también su casa.

—Verás, Andy... —El hombre se giró hacia el chico.

—Puedes contarme lo que sea, hombre. Te ayudaré. —Andy se levantó poniendo una mano en el hombro del atribulado representante.

—Sabes... sabes que me gustaba apostar y que lo dejé. Tuve una buena racha de suerte invirtiendo poco y se me fue la cabeza. Te juro que no pensaba con claridad. Les debo más de sesenta mil dólares a unos hermanos que me romperán las piernas si no se lo devuelvo antes de un mes.

—Es mucho dinero, pero puedo pedir un préstamo. Algo tengo ahorrado, no tanto, pero...

—No, Andy. He hipotecado la casa y la oficina y tengo el dinero. Lo peor es que...

Geordie volvió a mirar por la ventana avergonzado de lo que le iba a decir al chico.

—Les vendí tu ficha, Andy, y ellos quieren que vayas a Rusia o Alemania. Quizá a Estados Unidos, pero no a las Olimpiadas.

—Geordie ¿cómo has podido hacer eso? Tú sabes que mi ilusión era ir a las Olimpiadas, por lo que hemos estado luchando, ¡¡por lo que me he casado!!

—Todavía no está todo perdido. Volveré a hablar con ellos. Tú disfruta de estos días y hablaremos antes de que vuelvas.

—Está bien. Quiero que consultes a Ned, quiero que le cuentes todo. Es el abogado de la familia y será discreto. Él nos ayudará con todo esto. Quizá, si actuaron con coacción...

—No lo hicieron pero sí, hablaré con Ned.

Andy se fue preocupado. Aun así, confiaba en Geordie y suponía que lo arreglaría. Por el momento, no se preocuparía más, si no que disfrutaría del tiempo con Laura. Solo iban a permanecer allí unos días más.

Salió de la oficina distraído, dirigiéndose sin rumbo, paseando por el centro y disfrutando de su ciudad. Si se iba a Rusia, o incluso a Estados Unidos antes de las Olimpiadas, todo lo que había planeado, su vida al completo se iría a la mierda.

Casi tropezó con la joven rubia, que exclamó al verlo.

—¡Andy! Tú por aquí...

—Hola, Sue. ¿Cómo estás?

—No sé qué decirte, Andy. Sorprendida, enfadada...

—Por favor, vamos a tomar un café. Déjame explicarte.

—Explicarme qué, Andy. Que sales con otra chica, que ni siquiera me diste una explicación decente, que me hiciste tener ilusiones contigo...

—Lo siento, Sue. Fue todo tan repentino.

Enormes lágrimas caían por las sonrosadas mejillas de la joven.

Andy sabía que esto ocurriría algún día, pero no imaginaba que se sentiría tan mal por la chica.

—Me hubiera gustado que fuera de otra manera, Sue. Lo siento mucho.

—Te has comportado como un auténtico cabrón, Andy. No me esperaba esto de ti.

La joven se volvió sin dejarle explicar más.

«Lo que me faltaba. Primero Geordie y ahora ella».

Decidió que disfrutaría de estos días con Laura y con sus padres. Más tarde afrontaría los problemas.

27. LA FIESTA DEL OTOÑO

La fiesta del otoño se celebraba en diferentes zonas de la ciudad. Donde vivían los padres de Andy se hacía un baile y se montaba una feria donde los artesanos locales llevaban sus vinos, sus quesos y otros productos de proximidad. Bill montaría un stand para dar a conocer los nuevos quesos que con tanta ilusión estaban fabricando en la granja. Era una gran oportunidad de llegar a su público más inmediato, para que los conocieran, los degustasen y opinaran sobre ellos.

Para Kass era muy importante y además este año era especial. Sus nuevos quesos que con tanta ilusión habían preparado, el etiquetado, los manteles que iban a poner, los bonitos folletos con el nombre del queso. Además, su hijo había vuelto, nada más y nada menos que con una bonita esposa. Aunque se había disgustado al principio por la sorpresa, ya estaba planeando cómo sería la boda allí. Incluso había hablado a escondidas con el Hotel Marriot y le habían asegurado que le reservarían el salón más bonito en cuanto les dijera la fecha en concreto.

La semana que viene hablaría con el Padre Jeremy para que oficiara la boda. Sí, definitivamente sería un buen año.

Bill parecía inesperadamente feliz, tras haber estado deprimido días atrás. Andy supuso que por fin había superado dejar a Elena en España. La emoción por el nacimiento de su producto eclipsaba cualquier otro sentimiento.

Entre todos decoraron el stand. Laura llevaba un delantal a juego con el mantel, igual que el resto de la familia, y conversaba animada con Kevin acerca de los quesos, contándole detalles de la fábrica de su padre.

El pequeño puesto había quedado precioso. Había una pequeña granja en miniatura e incluso habían traído unos pollitos que eran la delicia de los niños. Andy también atraía otro tipo de público; chicas y jóvenes, pero todos probaban el queso y muchos de ellos adquirirían algunas piezas.

Casi no daban abasto para atender a todo el público.

Sue paseaba por el recinto junto a sus padres. Miró con rabia a la mujer morena que reía animada en el puesto junto a la familia. Parecía una más del grupo, totalmente integrada; la madre de Andy reía junto a ella, la abrazaba... como si fuera su hija. Eso era un error, ella era la que debía estar allí. Se hubiera trenzado su cabello para parecer una ingenua granjera, con su camisa a cuadros. Igual que en una postal. Estaba segura de que venderían muchos más

quesos si se desabrochaba un botón, dejando ver su bonito escote de piel translúcida.

En algún momento, Andy y la morena fueron hacia la camioneta. La *pick up* plateada del padre de Andy estaba aparcada debajo de unos árboles que le proporcionaban sombra. Llevaba una lona en la parte trasera, atada fuertemente. Andy la desató para sacar lo que hubieran venido a buscar. Laura se deslizó en el interior gateando, pero pronto pidió ayuda. Andy se arrastró hacia dentro, desapareciendo ambos en el interior del enorme vehículo.

Sue torció el gesto con desagrado, pero siguió mirando, escondida tras unos árboles.

—Andy, si no me ayudas, no podré sacar este enorme queso. Pesa muchísimo.

—Claro, ya te dije que entraba yo a buscarlo —suspiró el chico.

Se arrastró lateralmente hacia dentro de la parte trasera, mientras su hombro rozaba con la lona. Con lo que le había costado ponerla, se negaba a quitarla.

Alcanzó el enorme queso de cinco kilos que Laura no podía arrastrar, en parte por la posición incómoda de estar echada sobre el tapizado trasero.

Andy sonrió al verla colorada del esfuerzo. El móvil de Laura iluminaba la oscuridad y sus ojos sacaban chispas de enojo.

—¿Me vas a ayudar o solo te quedarás mirando?

—¿Sabes? —Acarició su cabello—. Estás preciosa cuando te enfadas.

Laura se sorprendió. Hacía días que no le decía algo tan bonito, al menos a solas. Quizá era porque se había bebido un par de cervezas que le había soltado la lengua, o tal vez era la emoción de la feria que le hacía estar menos tenso, más atento.

Él se acercó lentamente hacia la dulzura de sus labios y la besó. Suave primero, con hambre después. Ella también estaba hambrienta de él. Se acercó arrastrándose hacia el cuerpo del chico que estaba ligeramente atascado y no se podía mover tan libremente como ella.

Los besos se volvieron apasionados, profundos, sus manos posesivas, explorando lo que hacía bastantes días habían abandonado. Andy bajó la mano por su cadera y le subió la falda, estremeciéndose al acariciar la cadera de Laura, que suspiraba al sentir su mano en su piel.

Ella acarició su torso, sintiendo la musculatura que rodeaba a las costillas y bajó por su cadera. Metió la mano por dentro del pantalón, que comenzó a abultarse de forma rápida en su parte delantera.

Andy miró travieso a Laura, que asintió. Rápidamente desapareció una braguita y apareció un miembro erecto en un pantalón medio bajado. Andy se echó boca arriba y ella se subió echada sobre él. Enseguida sus cuerpos se adaptaron al poco espacio bajo la lona, aprovechando al máximo sus movimientos. Ella encima de él, con suaves contoneos de cadera, besos profundos, caricias íntimas, que finalmente llevaron a Laura al orgasmo y que con un gruñido apagado siguió Andy.

Fue un placer compartido, rápido y divertido. Con algo de vergüenza y también de morbo, por estar en medio de la feria, sólo un poco apartados de todo el centro y los visitantes.

Laura bajo de encima de Andy, quedándose echada a su lado. Se sentía un poco avergonzada.

—¡Qué locura!

—Ha sido una deliciosa locura —sonrió Andy que se giró hacia ella y la deslumbró de nuevo.

—Tenemos que volver, qué dirán tus padres si tardamos mucho.

Andy sacó el queso riéndose todavía mientras miraba cómo, aunque Laura intentase arreglarse la ropa, seguía evidenciando que acababa de hacer el amor. Cargaron con varias cosas más y volvieron hacia la plaza.

La cara de Sue era un poema. Estaba roja de furia, todavía más que antes, pero ahora su rostro, desfigurado por la rabia, podría compararse con cualquier psicópata. Los había visto desaparecer bajo la lona, y después había observado el bajar y subir rítmico. Su furioso pataleo al marcharse dejó la hierba completamente aplastada.

La pareja llegó riendo y bromeando al puesto. Era evidente, según observó Kass, que habían estado besándose, quién sabe qué más. Andy tenía el cabello revuelto y el delantal de Laura había desaparecido. Sonrió satisfecha. Su hijo estaba feliz y las miradas que cruzaban eran muy parecidas a las que, de joven, cruzaba con su esposo.

Dejaron el pesado queso sin que sus padres les dijeran nada por tardar, pero Bill le guiñó un ojo a Andy quien sonrió feliz. Un toque en el hombro le sacó de sus pensamientos.

—Andy, por favor. Tenemos que hablar —interrumpió un colorado Geordie.

—¿Qué ocurre?

—Vamos atrás.

Ambos se dirigieron detrás de los puestos, a un lugar apartado donde no

podían oírlos.

—No he podido hacer nada. Andy, lo siento mucho.

—¿Qué ha pasado con los hermanos?

—Han vendido tu ficha a la federación rusa de atletismo, tu contrato, todo. Tendrás que irte para allá.

—¿Qué dices! ¡Eso no puede ser!

—Por favor, Andy. Yo firmé la ficha y el contrato. Si no vas, iremos a la cárcel, y a mí, o a mi familia... me han amenazado, Andy.

—Iremos a la policía o hablaré con ellos.

—No, por favor. Además, le podría pasar algo a tu familia.

Andy miró frustrado a Geordie.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡He destrozado mi vida! ¿Para qué me he casado? Si no hubiera invertido tanto dinero en contratar la boda, y casarme, podría haber pagado tu deuda. ¡Me lo hubieras dicho! ¡Ahora ya está todo perdido!

Laura se quedó paralizada. Se había quedado preocupada por la cara de Geordie y siguió a los hombres, hasta escuchar los últimos gritos de Andy.

Un escalofrío seguido de un temblor la hizo retroceder dos pasos, tropezando con Bill que también había ido detrás de ambos. Laura miró horrorizada a Bill y se fue hacia el stand.

Cogió su bolso y, sin que se dieran cuenta, se alejó de la plaza para tomar un taxi que la llevó a la granja. Entró al sótano y comenzó a recoger sus cosas. Metió rápidamente todo en la maleta y volvió a montarse en el taxi que la estaba esperando.

—Al aeropuerto —sollozó la mujer.

Bill sacudió a su primo, que volvía furioso tras hablar con Geordie.

—¿Qué ha pasado?

—No ha servido para nada. La boda, el dinero invertido, el tiempo, nada. ¿Por qué escucharía a este hombre y me compraría una novia? ¡He perdido todo el dinero ahorrado para nada!

—¿Por qué?

Andy le explicó furioso las pérdidas de Geordie y su contrato con el equipo ruso.

—Me tengo que ir, no queda otro remedio. ¡A la mierda todo!

Se fue furioso hacia el bar, mientras una gata acechaba detrás de un árbol. Una gata rubia con el pelo ondulado, que había visto una nueva oportunidad

tras escuchar al furioso joven.

Laura lloraba amargamente mientras el taxi la llevaba al aeropuerto. No importaba dónde, pero tomaría el primer viaje de vuelta a Europa. Así que ella era una inversión fallida. Siempre había sido así, ¡Y acababan de hacer el amor!

Sentía no haberse despedido de los padres de Andy; seguro que les contaría una agradable mentira como la que habían vivido, o como cuando la acariciaba y le producía estremecimientos difíciles de disimular.

«Se acabó, ahora no lo veré más».

Pronto llegó al aeropuerto. El próximo vuelo salía en tres horas hacia Berlín. Compró el billete y se quedó cerca, para facturar la maleta. «¡Perfecto!, me quedaré allí unos días, antes de volver a casa. No quiero dar explicaciones». Acabó sentándose delante de las salidas de viajeros, en un asiento tapizado en gris, tomando un café doble. Se sentía tan decepcionada que decidió no volver a tener ninguna relación. No era de extrañar. Se había estado engañando pensando que al final la cosa se arreglaría, como en una película romántica.

Se distrajo durante casi una hora mirando los paneles de los aviones, uno de Italia, uno de España, otro de Berlín, estaban llegando.

Los pasajeros somnolientos bajaban mirando la salida de equipajes, buscando sus maletas con preocupación. Por curiosidad levantó la vista hacia el grupo que salía del vuelo de Barcelona. De repente, algo le hizo abrir los ojos como platos. Se levantó y corrió hacia una pasajera morena que miraba a todos los lados.

—¡No puedo creerlo! ¿Elena, qué haces aquí?

—¿Cómo has sabido que venía! ¿Me has venido a buscar? Le dije a Bill que no dijera nada...

—Ahora te cuento, pero primero dime...

—He decidido «quemar mis naves», Laura. Quiero ser feliz y lo voy a intentar con Bill.

—¿Pero él lo sabe?

—Claro que sí, tontuela. ¿Te ha mandado él?, ¿por qué llevas tu maleta?

Laura le contó todo lo que había pasado durante la noche, incluyendo una mención al suceso de la camioneta.

—Pero él estaba furioso, Laura. Ahora no podrá ir a las Olimpiadas. Seguramente se arrepentiría nada más decirlo. Yo creo que está enamorado de ti, como tú de él.

—No, creo que no.

—Vamos, volvamos y hablamos. Todo se soluciona hablando. —Elena consiguió convencer a la joven.

—Está bien. Quizá haya sido una decisión precipitada. Volvamos. Pasaremos primero por casa de sus padres y dejaremos las maletas. Luego iremos a la feria, seguramente todavía estén allí. Todo está precioso y los quesos han sido un éxito.

—Sí, y yo necesitaré cambiarme. Estoy tan emocionada.

Las dos chicas tomaron un taxi mientras Elena le intentaba convencer de la inocencia del chico.

—Andy estaba frustrado, pero estoy segura que con la ayuda de Jordi todo se arreglará, ya verás. Algo podrán hacer en el comité olímpico, pueden contratar a un abogado.

—Mira —señaló Laura al entrar en el terreno—. Andy debe de haber vuelto a la granja.

—Te estará buscando. Ve con él, yo bajo las maletas.

El taxi las dejó en la puerta de la granja. Laura corrió hacia las escaleras para encontrarse con Andy.

Elena se quedó hablando con el taxista, para darles un poco de tiempo para la reconciliación. Además, él era también español y muy simpático.

Laura entró emocionada por volver, pero no esperaba encontrar lo que vio.

La cama no estaba completamente iluminada, pero podía distinguir perfectamente el largo y atlético cuerpo de Andy echado boca arriba con una mujer contoneándose encima de él, gritando y suspirando.

Casi vomitó de horror y salió corriendo del edificio. El taxista no se había ido todavía así que volvió a meter su maleta y, entre lágrimas, besó a Elena y se metió en el coche. Instó al taxista a salir deprisa.

Elena entró en la casa sin saber qué había ahuyentado a su amiga de tal forma que no le había dado tiempo a reaccionar.

—Pero, tío ¿qué coño haces?

Buscó el interruptor y encendió todas las luces. Andy estaba con los ojos semicerrados y una rubia estaba encima de él, besándole. Todavía estaban vestidos así que les había interrumpido del todo.

Andy levantó el cabeza, asombrado, y miró a la mujer que estaba encima de él.

—¿Qué haces aquí, Sue?

—Tú me invitaste. Además, la zorra de tu esposa comprada se ha ido.

Andy apartó sin contemplaciones a la chica.

—Andy, vas bebido. Dime que no has engañado a Laura.

—¡No! No recuerdo ni haber llegado a casa. ¿Dónde está? —Se le había despejado la mente.

—Camino al aeropuerto. Te vio con ella y, peor aún, escuchó lo que le dijiste a Geordie.

—Pero estaba furioso con él, no con ella. No con ella... —sacudió la cabeza.

—No me contesta al teléfono.

—La iré a buscar en la moto. Seguro que llego más rápido.

—Pero, Andy...

Saltó directamente hacia el garaje, sin cazadora, desesperado por buscar a la mujer que amaba y que se iba para siempre.

Se subió en su moto Suzuki y salió volando, sin casco. Elena se echó las manos a la cabeza y llamó a Bill, mientras que Sue se escapaba corriendo de la casa.

28. ADIÓS, ME VOY

Laura pasó las dos primeras horas del viaje a Berlín llorando silenciosamente, hasta quedarse dormida. Ya no se acordaba ni de su miedo a despegar y a aterrizar. El dolor era tan fuerte que pensaba que su corazón se había roto, literalmente. Poco había esperado Andy para acostarse con otra mujer cuando vio que ella no estaba. Encima con su exnovia.

Si ya sabía que iba que era sólo una boda por contrato, ¿por qué su corazón parecía haberse parado? Al menos tuvo suerte y alcanzó a tomar el avión que antes había reservado. Justo por media hora, pero ya estaba dentro.

Aún no se lo creía. Seguía dándole vueltas a la situación sin encontrar nada que pudiera explicarla, hasta que finalmente desechó todo pensamiento. Bajó agotada del avión en el aeropuerto de Berlín. Un taxi la llevó al pequeño hotel que su hermana le había recomendado en otras ocasiones. Dejó la maleta sin ganas de abrirla y se puso a mirar por la ventana. El río Sprea discurría tranquilo y pequeñas barcas con el techo de madera pasaban esquivando a los enormes barcos turísticos que se acercaban lo máximo posible al palacio de Bellevue. La vida continuaba mientras la suya se sentía rota.

Apagó el móvil y se acostó. Ni siquiera tenía hambre, sólo sueño y dolor. Dormiría hasta que el corazón comenzara a recomponerse.

Durmió más de doce horas. Soñó con un laberinto con paredes de espejos, como en las antiguas ferias, que le devolvían su imagen con la cara desencajada. Escuchaba las risas de Andy y su ex, hasta que al final caía en un pozo sin final.

Se despertó y, sin conectar el móvil, salió a la calle. Hacía casi veinticuatro horas que no había probado bocado. Encontró un pequeño restaurante vegetariano en su camino. Decidió tomar algo. Seguro que se sentiría mejor y tendría la cabeza más fría para rehacer su vida.

Lo único que podía hacer es volver y trabajar en Barcelona, seguir su carrera. Lo que más sentía es que su amiga del alma se había quedado allí.

29. DOLOR DE CORAZÓN

—El único avión que salió fue hacia Berlín —explicó Elena que había consultado los vuelos—. Tengo que avisarle.

—No —dijo Kass—. Es mejor así. No queremos que vuelva por obligación.

—Vamos, Elena. Es mejor que nos vayamos a casa —dijo tristemente Bill—. Tía Kass, por favor, mantenme informado.

—Sí, desde luego.

Los dos jóvenes abandonaron el hospital con tristeza. Todo había pasado tan rápido que ni siquiera se habían dado cuenta que ya amanecía.

Bill montó a Elena en su furgoneta, con el resto de las cosas del stand que aún debía guardar. Ahora sólo podían esperar.

Pensó en su primo Andy, tan joven y ahora en la zona de cuidados intensivos, en coma tras la grave operación, y Laura sin saberlo. Siempre tuvo esperanzas que se enamorasen y se quedasen juntos.

Andy había salido corriendo tras su esposa, y por la velocidad, la tensión emocional o por lo que había bebido tras conocer las noticias de Geordie, no pudo reaccionar al paso de un animal nocturno por la carretera. Un pequeño zorro rojo hizo que la moto volase por los aires, junto al joven que, sin casco, se estrelló. Afortunadamente no contra el asfalto, pero sí contra el suelo, quedándose conmocionado, con una hemorragia interna y varios huesos rotos.

Elena había avisado a Bill y lo encontraron en menos de media hora, lo que le salvó, literalmente, la vida.

Tras una operación de urgencia, parecía estable, aunque seguía en coma inducido. Tenía una fuerte hemorragia interna y debían mantenerlo quieto. En cuanto a la conmoción cerebral, todavía no sabían en qué quedaría. Además, la parte izquierda de la cara había quedado afectada y posiblemente el ojo izquierdo. Su fémur izquierdo estaba unido ahora por un clavo y tenía un par de costillas fracturadas. Los colores morados y rojos inundaban su rostro y pecho.

Sus padres no se separaban de su lecho, nerviosos y aguantando las lágrimas.

Varios días de conmoción cerebral no pudieron con su fuerza por vivir. Poco a poco comenzó a recobrar la conciencia. Los recuerdos comenzaron a agolparse en su mente, mientras escuchaba a sus padres hablar en voz baja. Recordaba que había tenido un accidente. No había parte del cuerpo que no le

doliera, hasta las pestañas se sentían pesadas si intentaba abrir los ojos. Intentó retroceder en el tiempo en su memoria para averiguar por qué tuvo el accidente.

Un pequeño zorro rojo se le había cruzado y, a la velocidad que iba, no pudo esquivarlo. Iba tras ella, hacia el aeropuerto. Laura se había ido al pensar, equivocadamente, que estaba follando con Sue. Cuando Geordie le había dado la noticia, tomó el terrible licor de pequeño John, sabía que le sentaba mal, pero quería olvidar el asunto, al menos por esa noche.

Alguien le acompañó a casa, pensó que era Laura. Su esposa, su maravillosa mujer. Cuando consiguió espabilarse vio dos cosas inusitadas: Elena, la amiga que debía estar en España le estaba gritando e insultando, y Sue, con vaqueros y sujetador, estaba sentada encima de él.

Ahora lo recordaba todo. Elena le dijo que Laura lo había visto con la otra encima y que se iba para siempre. Él salió corriendo, en dos segundos se había dado cuenta de que su vida estaría incompleta sin ella. La amaba, importándole una mierda todo lo relativo a las olimpiadas o los equipos.

Se subió a la moto, sin perder tiempo en ponerse el casco, y salió por la carretera hacia el aeropuerto. Lo último que recordaba eran los ojos brillantes del zorro, paralizado por la luz de la moto en medio de la carretera.

—Andy, ¿estás despierto?

El joven gruñó sin fuerzas para hablar.

Kass le acercó un vaso de agua y le ayudó a levantar la cabeza.

—¿Qué tal estás, hijo mío?

Andy entreabrió sus ojos y miró a su alrededor. Sólo estaban su padre y su madre.

—Ella no está. Se volvió a España. Es mejor que la olvides Andy.

El joven volvió a cerrar los ojos. Sólo llevaba un gotero con medicamentos para el dolor, aun así, sentía su cuerpo terriblemente mal. La enfermera entró y sonrió al verlo despierto. Le puso una dosis en el gotero que le hizo quedarse dormido de nuevo. Su último pensamiento fue para ella.

La recuperación fue lenta. Después de una semana salió cojeando del hospital. Quizá cojeando para siempre. El rostro todavía estaba dañado con la abrasión del accidente. Le daba completamente igual. Su padre le tomó del hombro y lo ayudó a subir a la furgoneta.

«Tal vez sea mejor así. Ahora ya estoy en casa y me quedaré aquí para siempre».

Apoyó la cabeza en el asiento del copiloto. Su padre respetaba su silencio.

«Si la hubiera alcanzado, tal vez le habría convencido de que no había pasado nada y, sin embargo, ella se ha ido sin mirar atrás. Sin preguntar ni esperar. Quizá me he engañado y al final todo ha sido por dinero».

—Hijo —interrumpió sus pensamientos, apoyando su mano sobre el hombro—. La vida te ha dado una segunda oportunidad, tal vez puedas aprovecharla.

Andy asintió sin hablar. Después de todo, había vuelto a nacer.

30. *TIME GOES BY*

Laura miró el calendario. Habían pasado seis meses desde que llegó de Australia y aún le echaba de menos. Hoy tocaba conversar con Elena a través de Skype. Cada vez le dolía menos hablar y ver lo feliz que era su amiga. No le molestaba que ella fuera feliz, sino que todavía se sentía mal, aunque el dolor había ido suavizándose, como el clima. Un sonido indicó que Elena ya se había conectado. Pronto aparecería su cara feliz y sonrosada en la pantalla.

Aún recordaba esa solitaria pero esclarecedora semana en Berlín. Aislada del mundo, había podido pensar en su vida, en sus objetivos y en ellos no entraba ningún hombre. Desde que había vuelto, sus padres y su hermana se habían preocupado por ella, atendiéndola y ayudándola en todo momento. Si había conseguido algo bueno, era que su familia estaba más unida que nunca.

Echaba mucho de menos a Elena, pero se escribían largos emails y hablaban siempre que podían a través del ordenador. Por el momento, no hablaban nada de Andy. Su solo recuerdo le removía las entrañas y le humedecía los ojos; le había pedido a Elena que no hablasen de él. Quizá hoy tendría la fuerza para preguntarle. Quizá no.

Ella estaba tan feliz allí. Bill la había contratado para ayudarle con el papeleo de la granja; llevaba la contabilidad y los pedidos de forma muy eficiente, incluso había diseñado una pequeña página web para dar a conocer sus productos. Parecía como si hubiera nacido allí. Los padres de Andy estaban muy contentos con ella, Elena comentaba que a menudo cenaban juntos y que la hermana pequeña de Bill estaba encantada con su nueva *sister*.

Elena se alegraba por ella, por ellos, por todos. Incluso por Andy, aunque ni siquiera se había molestado en llamarle ni un solo día. Ella le devolvió el dinero que le transfirió, el «pago final». No le dijo nada. No quería cobrar por algo que no había salido. Ni siquiera le había enviado los papeles del divorcio, tal vez los necesitaría para ir a Rusia o donde fuera.

Un pitido procedente del ordenador le indicó que Elena se había conectado por fin. Estaba en su oficina, como siempre, a primera hora de la mañana; las diez de la noche en Barcelona. Laura estaba cansada, pero Elena había insistido en hablar con ella.

—Hola, guapísima. ¿Qué tal estás?

—No tan bien como tú, por lo que veo. Te sienta bien el clima australiano.

—Sí. ¿Están todos bien por ahí, tu familia?

—Sí, creo que Jaume se va a decidir pedirle a mi hermana que se casen y mi padre ha decidido que el año que viene se jubilará. Por lo demás, bien.

—¿Y tú?

Laura se quedó callada. Había aprobado las oposiciones y comenzado a trabajar en el colegio inglés, así que tenía poco tiempo para pensar.

—Estoy bien. Pasando el tiempo.

—Te veo distinta, Laura. ¿Sales con alguien?

—¡No! Qué tontería. No quiero saber nada de nadie. Después de la experiencia pasada, no, gracias.

—No puedes generalizar, además, no tienes ni idea...

Elena estaba harta de esos dos cabezas cuadradas. Ni Bill ni Andy querían que le contase a Laura todo lo que el chico había pasado; el accidente, los duros meses de recuperación, su cojera permanente, incluso la buena cicatriz que le había quedado en la cara.

Una dura rehabilitación que Andy, acostumbrado a la disciplina deportiva, había superado y estaba más fuerte que nunca. Trabajaba sin descanso en la granja realizando cualquier tipo de tarea y aunque de vez en cuando se le notaba pensativo, en líneas generales, el buen humor y las ganas de fastidiar a su primo habían regresado.

El problema con los hermanos que los habían extorsionado se había solucionado, aunque Geordie había salido mal parado. Al enterarse de la permanente lesión de Andy, le habían dado una paliza, así que los denunció y estaban en la cárcel, a espera de juicio.

Laura le contaba a Elena contando una anécdota acerca de una de sus alumnas. Estaba feliz con sus clases. Los dos primos entraron en el despacho de la joven, y ella les hizo un gesto discreto para que estuvieran en silencio. Ambos comprendieron con quién estaba hablando. Andy entendía por qué ella ni se había dignado en preguntar por él. Había decidido olvidarla, o al menos intentarlo.

—Mira, Laura, te voy a contar algo que no podía contarte, pero me da igual.

Bill negó con la cabeza.

—Andy ha estado a punto de morir.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

Elena comenzó a contarle todo lo ocurrido durante los últimos seis meses, mientras Laura lloraba y preguntaba por él. Andy comprendió entonces que ella realmente no sabía nada. Se desplomó en una de las sillas de la oficina.

Enterró la cabeza entre las manos mientras escuchaba a Laura llorar por él en los altavoces del portátil.

Habían sido más de seis meses muy duros, con un gran esfuerzo en la rehabilitación, una segunda operación para ponerle un clavo en la rodilla, y una pequeña operación para eliminar la cicatriz de la cara, pero había salido adelante pensando en que tenía que olvidarla, como ella le había olvidado. Comenzaba a acostumbrarse a vivir sin Laura. Incluso creía que ya no le importaba levantarse o dormir solo, pero sólo escuchar su voz le dejó sin fuerza en las piernas. Siempre que Elena hablaba con ella, él desaparecía. Ni se le ocurría preguntar a su amiga. Bill le decía que estaba escondiéndose en el dolor, en el trabajo de la granja, en la rehabilitación, incluso en el deporte. Los días eran agotadores, llenos de actividades y de cansancio. Así no pensaba.

Bill estaba de pie, con la mano en la espalda del muchacho. Quizá no habían hecho bien al ocultarle el accidente a Laura. Ellos habían decidido hacerlo así, por lo menos hasta que ambos se recuperaran emocionalmente.

—Laura, él ha sufrido tanto como tú, por favor, ¿por qué no tomas un avión y vienes?

—No puedo —sollozó ella—. No puedo, aunque quisiera.

—Deja el colegio, encontrarás trabajo aquí, ¡ven a vivir con él! No me negarás que estás enamorada de él.

Elena esperó expectante la respuesta de su amiga, igual que los dos chicos que estaban tras el portátil. Andy levantó la vista esperanzado.

—Sí, le quiero muchísimo, pero no puedo viajar... por esto.

Laura se levantó de la silla y dio un paso atrás, mostrándole a Elena su abultado vientre de ocho meses.

—¡Ay Dios! ¿estás embarazada? ¿De Andy?

—¿De quién sino? No puedo viajar. Prohibido por el médico. Tengo que guardar reposo porque es un niño muy grande.

El joven estaba temblando, intentando asimilar las dos noticias, que ella le amaba, y que iba a ser padre. Se sentó de nuevo en la silla, mientras Bill hacía gestos con la mano de victoria y saltaba animado en silencio.

—Vaya, no sé qué decirte... ¡enhorabuena! Supongo... y ¿qué vas a hacer ahora?

—Tener el niño, y luego ya veré.

Andy no esperó más. Salió corriendo, olvidándose de su lesión en la pierna

y subió al coche. Llegó a casa donde tomó una bolsa pequeña y reservó por Internet un vuelo. Había perdido demasiado tiempo ya, todos esos meses pasándolo tan mal. Era tiempo de reunirse con el amor de su vida. Además, tenía que llegar a ver nacer a su hijo

31. SÓLO LLAMABA PARA DECIRTE QUE TE QUIERO

La radio de los ochenta cantaba *I just call to say I love you*, una de sus canciones favoritas de Stevie Wonder, y pensó que era una señal para llamarle. Elena le había asegurado que él estaba bien, que tenía lesiones que le costaría superar, que lo de su exnovia había sido una venganza de la rubia. Ni siquiera sus padres comprendían qué había pasado hasta que Andy finalmente confesó su boda por contrato.

Kass le dio un cachete en la cabeza, como cuando era pequeño, por haber estropeado la oportunidad de estar con una preciosa e inteligente mujer, le había dicho Elena. Todos sabían ahora que Laura no había estado enterada de la situación del chico. Lo comprendía, lo comprendía perfectamente.

El dolor de pensar que podía haberlo perdido para siempre, la convenció que tenía que sincerarse. Tal vez lo del bebé se lo dijera en otro momento, le había hecho jurar a Elena que no se lo diría. Al menos quería saber si de verdad él seguía sintiendo lo mismo por ella.

Durante todos estos meses se había autoengañado, escondida tras sus prácticos razonamientos, sus excusas, sin dejar abrir su corazón hacia lo que de verdad sentía. Ahora todo lo que había estado reprimido había salido de golpe. Se encontraba con las emociones a flor de piel.

Un fuerte dolor le atravesó el cuerpo de delante atrás. La ginecóloga le había dicho que, por el gran tamaño de su hijo, el parto se adelantaría, así que había decidido trasladarse a la casa de sus padres. Los perros ya estaban allí, sólo le quedaba terminar de recoger sus últimas cosas y la bolsa del hospital.

La canción se terminó y comenzó a sonar una suave melodía de jazz, que le transportó a otros momentos de baile y sueño. Se decidió, le llamaría ahora mismo. La suave brisa de mayo movió su vestido al salir a la terraza. Extendió una toalla sobre la hamaca y se recostó allí, disfrutando del cálido sol que ya había comenzado a tostar sus piernas. Intentaba relajarse y tomar aliento antes de llamarle. Después de lo que le dijo hace unos días su amiga, se extrañaba que no se hubiera puesto de parto esa misma noche, por el disgusto.

Así que Andy no se había ido con su ex y le había ido a buscar en moto, para impedir que subiera al avión. Después tuvo el accidente, pero ¿por qué no le llamó Andy para decirle lo que había pasado? ¿por qué Elena no le contó nada?

—No importa. Voy a llamarle —aseguró a una lagartija que tomaba el sol

feliz de estar libre de ser devorada por dos perrazos.

—Hello.

—Andy, soy yo.

—Hola, Laura. ¿Estás bien?

—Yo, sí, estoy bien. Siento muchísimo no haberte llamado antes, no sabía nada. Pensé que no querías volver a verme. —Sentía un ahogo terrible en la garganta.

—Yo también pensé que no querías verme más. Creo que escuchaste algunas palabras que no eran verdad. Lo siento mucho, siento todo lo que dije, no era real. Fue un momento de enfado. Lo que sí es real es lo que siento por ti. Te amo, Laura, de verdad.

—Oh, Andy. Desearía que estuvieras aquí. Te he echado mucho de menos, ojalá pudiéramos vernos. Te necesito, más ahora.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—¿Qué harías si estuviésemos juntos?

—Te besaría. —Laura sonrió—. Y te abrazaría.

La joven sostuvo el teléfono en su pecho, sin poder seguir hablando más.

Un ruido en el interior de la casa le hizo volver la cabeza.

Allí estaba Andy, sosteniendo todavía con el móvil en la mano y mirándola. Había dejado su bolsa en el suelo y las llaves colgaban de su otra mano. Él aún las conservaba, así que había entrado, sin atreverse a interrumpir la conversación.

Laura abrió los ojos de par en par, y comenzó a levantarse con cuidado. Se quedaron frente a frente, sin hablar, reconociéndose de nuevo, maravillados por verse. Andy mirándola alternativamente entre sus ojos y su barriga, ella contemplando al hombre de su vida. Andy dio un paso hacia ella y se fundieron en un abrazo. Nadie les separaría jamás.

32. EL FINAL

—Oh por Dios, Jamie, levántate de encima de Walter. Este niño es un salvaje —dijo la abuela del niño resignada. Allí en ese lugar perdido era la única que se sentía a disgusto.

Andy sonrió al ver a su suegra mirar al niño de dos años echado encima del lomo de Walter mientras Ronin se sentaba al lado alerta y vigilante. Ninguna niñera hubiera sido tan cuidadosa y, sobre todo, tan protectora como esa pareja de perrazos.

Las cebollas y los calabacines chisporroteaban alegremente en una parrilla, mientras en la de al lado un par de chuletones hacían segregarse jugos gástricos a los dos vigilantes, los dos abuelos, que se turnaban para darles la vuelta o atizar el fuego.

El cálido atardecer y la suave música que salía de una vieja radio creaban un momento único.

Elena estaba echada en una hamaca junto a Laura, que amamantaba a la pequeña Beth.

—Dios mío, cada día estoy más gorda —se quejó la primera.

—No me extraña, es lo que suele pasar cuando se está embarazada de siete meses —sonrió Bill acariciando su cabello—. Y cada día estás más bella.

El joven se sentó apoyando su rostro suavemente en el vientre de Elena, sonriendo arrobado mientras ella le acariciaba el cabello.

Andy contempló a su hermosa familia. Unos padres felices, que se llevaban estupendamente. Gracias al negocio común de los quesos, no le faltaba trabajo y sobre todo, sus dos pequeños soles. Las cosas no habían ido tal y como él había soñado en su juventud. No había competido en las Olimpiadas, ni ganado medallas, y, sin embargo, viendo lo que le rodeaba, había conseguido el mejor premio del mundo.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a algunas personas, a aquellos que me rodean y que me ayudan a ser como soy y a llegar donde he llegado.

En primer lugar, a mi madre M^a Dolores, de donde me viene mi supuesto talento artístico, pues de jovencita pintaba y escribía, aunque lamentablemente no guardó nada.

A mis hermanas Charo y Eva, que suelen ser mis lectoras beta y que son además de mis mayores fans, mis críticas más sinceras. Gracias por estar ahí y por leer cuanto os envío.

A mis otras hermanas Ana y Lola, pues también tengo su apoyo.

A mis amigas, que hacen que mi mundo sea más rico y con las que comparto mis pensamientos acompañados de un té rojo.

A la editora de Bubok, Natalia, y a la editorial, porque han confiado en mí para ganar con este libro el Certamen de Novela Romántica Juvenil de 2018. Creo que puede ser un punto de inflexión en mi vida como escritora; tengo muchas esperanzas de que a partir de ahora, no solo los libros que he publicado antes, sino lo que publicaré, llegarán a más personas.

A mis chicas, Alba y Ruth, porque son excepcionales y es un placer tenerlas cerca.

En general, a las personas que me rodean, mis maestros, mis guías, mis amigos, mis conocidos, todos ellos son parte de mi vida y no sería quien soy sin ellos.

Por supuesto, no me he olvidado de las tres personas más importantes de mi vida y sin las cuales, no sería tan feliz: mi esposo Marcelo y mis hijos Marcelo y Alejandro. Son mis soles, mis estrellas, lo que verdaderamente hace que la vida sea genial y merezca la pena. Son mis compañeros de piso, mis amigos, y a quienes más amo con locura. Desde luego, esto sí es una declaración de amor en toda regla.

Quiero destacar a mi marido en otros aspectos de la vida cotidiana. Además de que es un gran compañero, es un estupendo esposo y me hace sentirme amada a diario. Es gracioso cuando, a veces, me levanto a las dos de la mañana porque se me ha ocurrido algo y él se despierta para preguntarme si estoy bien. Poco a poco se va acostumbrando a mis extraños horarios de inspiración. Siempre ha estado allí, incluso cuando mis sueños han sido más costosos, o más extraños. Es mi pilar y sinceramente aquí estoy, en buena parte

por él. Piensa que, si no sientes amor y no te sientes amada, por mucha imaginación que tengas, creo que sería casi imposible crear relatos románticos que acaben bien.

Mi último agradecimiento es para ti, lector o lectora, porque aquí estás, terminando este libro y espero que disfrutándolo. Me gustan los libros que acaban bien y dejan un bonito sabor de boca, espero que haya sido así en tu caso.

SOBRE MÍ

Soy Anne Aband, o Yolanda para los que me conocéis. Soy informática de profesión, *community manager* y también doy clases de informática para adultos.

Me considero una persona creativa, a veces creo que sufro de hiperfantasía pero de poco tiempo para poder expresarla. Aunque me gusta escribir novela romántica, también fantasía de todo tipo, paranormal y también fantasía épica. Incluso me he atrevido a escribir una novela corta tipo thriller (*Bienvenida al Purgatorio*).

Mis proyectos actualmente son en terminar la novela *Asandala. Las Crónicas de Aricia*, en la que una gran ilustradora, Alba Palacio, me está ayudando a poner los personajes en un dibujo. También he creado una web: www.asandala.com que os invito a visitar porque está llena de pequeños relatos del mundo y de los personajes.

En cuanto a esta novela, te cuento que es una de las más largas que he escrito y espero que te haya despertado un sentimiento de felicidad, por las nuevas oportunidades que surgen cuando menos te lo esperas, y porque el amor, siempre está ahí, esperando.

Si te ha gustado la novela, por favor, te pediré que la valorases positivamente en la plataforma donde la has adquirido, esto me ayudará mucho a tener visibilidad. ¡No sabes lo que me alegro cuando veo los comentarios!

También te invito a pasarte por mi blog www.anneaband.com donde escribo relatos cortos de todo tipo. Contacta conmigo si lo deseas, a través de mi correo anneaband@gmail.com, Facebook o del formulario de mi página web. Estaré encantada de contestarte.

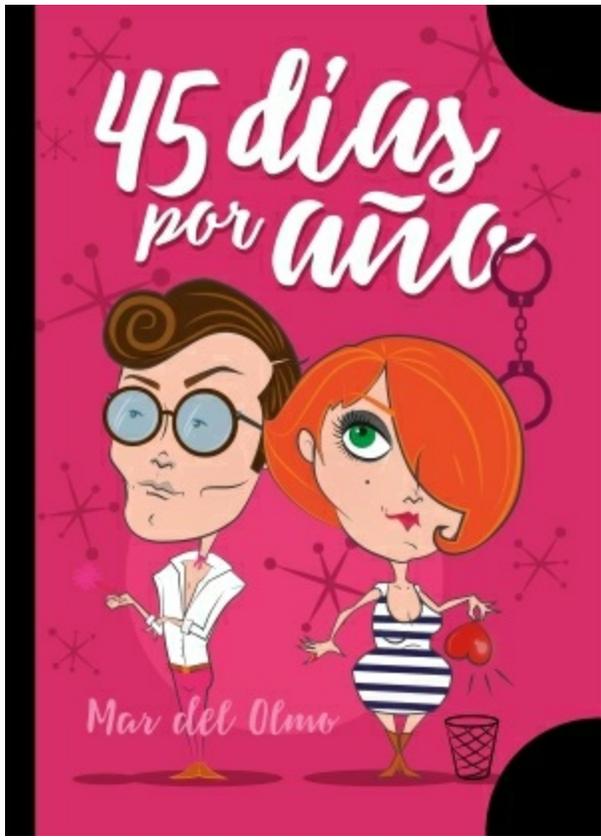
Por último, si te ha gustado esta novela, creo que te gustará *La Espía Enamorada*, otro de mis títulos, que es también novela romántica.

Aquí tienes un extracto:

«Millie se acercó a Harrison sonriendo. A pesar de sus rastas y sus piercings, el militar no había movido un sólo músculo y no parecía

impresionarle, pero ella estaba segura, de que cuando se quitase todo su *disfraz*, entonces sí lograría que la mirase con la boca abierta».

¡Gracias y hasta la próxima!



45 días por año

del Olmo, Mar

9788468517599

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ana es una cuarentona exigente y un poco autodestructiva pasando por todas las crisis. Crisis sentimental, con un marido que le aporta poco. O mejor, que no le aporta lo que ella silenciosamente quiere que le aporte y nunca se atreve a pedirle. El eterno debate femenino. Crisis laboral, agobiada ante las nuevas generaciones que vienen pisando fuerte y esgrimiendo unas armas que a ella se le caen por el propio peso y el efecto de la gravedad y los años. Y crisis personal, porque siente que en ningún sitio está del todo satisfecha. Ana necesita un cambio, lo que no tiene muy claro es qué es lo que quiere cambiar exactamente, entre otras cosas porque nunca tiene tiempo para dedicarse a sí misma y pensar. Tanto, que se dejará llevar hasta que sea la vida la que tome decisiones por ella.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Bailando Sola



Inés Sabater Octavio



Bailando sola

Sabater Octavio, Inés

9788468516899

498 Páginas

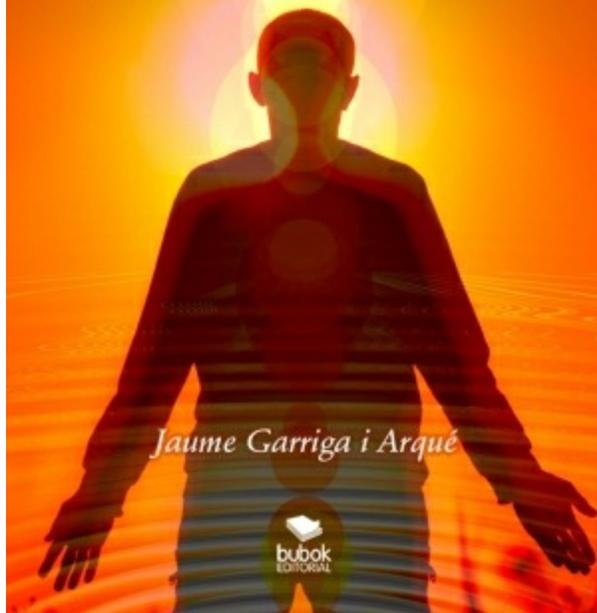
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Esta es la historia de Inés, una mujer fuerte y valiente decidida a compartir sus vivencias. Con el convencimiento de que pasamos la vida esperando a que suceda algo "y lo único que pasa es la vida", en estas páginas Inés lo saca todo fuera: recuerdos de infancia, amores, pérdidas, la crianza de los hijos, retos constantes, tristezas y alegrías. Estas vivencias tejen un relato auténtico, emocionante y tierno.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

DESARROLLO EMOCIONAL

Recursos en inteligencia emocional
para el crecimiento personal
en armonía y equilibrio con el entorno



Desarrollo emocional

Garriga i Arqué, Jaume

9788468690278

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El libro es una guía para el crecimiento personal y el desarrollo de hábitos y habilidades comunicativas y en inteligencia emocional para vivir plenamente. Ello se complementa con las habilidades sociales, planificación de metas futuras, valores, actitudes y hábitos saludables a cultivar para ser una persona sana y feliz. El objetivo del libro es ayudar al lector a organizar su vida haciéndole reflexionar sobre los aspectos más importantes de la misma para que pueda tomar decisiones acertadas, ofreciéndole los recursos para llevarlo a la práctica. En el libro se desarrollan un total de 100 aspectos distintos, complementado cada uno de ellos con un apartado de citas para la reflexión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

GUADALQUIVIR



Carlos Florido Florido

Guadalquivir

Florido, Carlos

9788468646626

100 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

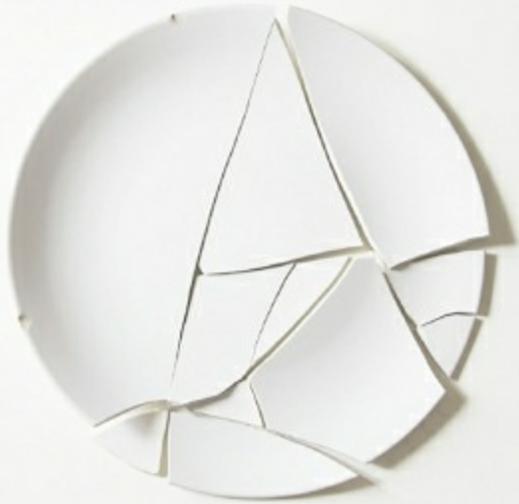
El invierno había sido excepcionalmente lluvioso y el río Guadalquivir estaba desbordado sobre la marisma inundándola por completo y formando un inmenso lago en el que tan solo sobresalían algunas suaves alturas coronadas de maleza. Las primeras lluvias de primavera habían limpiado el cielo de nubes y el ambiente era extremadamente sereno. Amanecía en la marisma aquella mañana resplandeciente de abril cuando se oyeron dos disparos de escopeta procedentes de la casa situada sobre la loma y rodeada de pinos y abundante vegetación. A esa hora y en aquella zona no resultaba extraño el sonido de unos disparos, pues los cazadores furtivos utilizan el vedado para conseguir algunos ánsares sin llamar demasiado la atención de la Guardia Civil. Pero la desenfrenada carrera de aquel hombre hasta alcanzar el todo-terreno, que arrancó velozmente por el camino enfangado en dirección a la carretera comarcal, hubiera cambiado la opinión de cualquier observador sobre la finalidad de ambas detonaciones. El vehículo enfiló la desviación hacia Villamanrique, dejó a la izquierda Pilas, bordeó Aznalcázar y alcanzó la general Huelva-Sevilla a la altura de Benacazón. Hasta ese momento no se había cruzado con vehículo alguno y las pequeñas poblaciones aparecían desiertas, por lo que su ocupante confiaba que nadie se hubiese fijado en él. Respiró hondo y tomó la dirección a Sevilla.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

E

Ni todo tú ni todo hoy

Bea Sánchez



Ni todo tú ni todo hoy

Sánchez, Bea

9788468518732

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este no es un libro de gestión de tiempo al uso. ¿Y si te dijera que lo que hace implementar tu productividad no es el buen uso del tiempo sino de tu voluntad? Con este método de gestión, tres herramientas ordenarán tu vida bajo tres sencillas preguntas. Aprender a manejar el tiempo no es lo prioritario, sino dar voz a tu propósito vital. Bajo el enfoque del minimalismo, te propongo un plan de acción en tu vida que abarca desde minimizar tu armario, mejorar tu alimentación, simplificar tu hogar y establecer fuertes lazos con aquellos que de verdad importan en tu vida. La felicidad es una decisión y tú puedes tomarla con las herramientas que ya posees de serie.

[Cómpralo y empieza a leer](#)